

EDICIONES
ALFAGUARA
S.A.

Chinua Achebe

Todo se derrumba

Traducción de Fernando Santos

Lectulandia

Título original: *Things fall apart*

Chinua Achebe, 1958

Traducción: Fernando Santos

Editor original: Eduardo85 (v1.0)

ePub base v2.0

Okonkwo es un gran guerrero, cuya fama se extiende por toda el África Occidental, pero cuando mata accidentalmente a un prohombre de su clan es obligado a expiar su culpa con el sacrificio de su hijastro y el exilio. Cuando por fin puede regresar a su aldea, la encuentra repleta de misioneros y gobernadores británicos; su mundo se desintegra, y él no puede más que precipitarse hacia la tragedia. Publicada por vez primera en 1958, Todo se desmorona se asocia con las narraciones orales, pero también con la tragedia griega y las grandes novelas del XIX.

Lectulandia

Chinua Achebe

Todo se derrumba

ePUB v1.0

Eduardo85 24.05.12

más libros en lectulandia.com

Girando y girando en órbita creciente
El halcón ya no oye al halconero;
Todo se derrumba; el centro ya no aguanta;
El mundo resume en la mera anarquía.
W. B. YEATS: «El Segundo Advenimiento»

PARTE I

Capítulo I

OKONKWO era muy conocido en las nueve aldeas e incluso más allá. Su fama se basaba en unos éxitos personales considerables. Cuando era un muchacho de dieciocho años había dado honra a su pueblo al vencer a Amalinze El Gato. Amalinze era el gran luchador invicto desde hacía siete años, desde Umuofia hasta Mbaino. Lo llamaban El Gato porque nunca daba con las espaldas en tierra. Ese era el hombre al que derribó Okonkwo en una pelea que los ancianos convenían había sido la más dura desde que el fundador de su pueblo combatió siete días y siete noches con un genio de la espesura.

Los tambores batían, las flautas cantaban y los espectadores contenían el aliento. Amalinze era un luchador muy astuto, pero Okonkwo era más escurridizo que el pez en el agua. En los brazos de ambos resaltaban cada nervio y cada músculo, igual que en las espaldas y los muslos, y casi se podía oír cómo todo se tensaba hasta casi romperse. Al final, Okonkwo derribó al Gato.

Aquello había sido hacía muchos años, veinte años o más, y en todo aquel tiempo la fama de Okonkwo había crecido como un fuego de sabana durante el *harmattan*. Era alto y muy fornido, y con sus cejas tupidas y su nariz anchísima tenía un aspecto muy grave. Respiraba muy hondo, y se decía que cuando dormía sus mujeres y sus hijos, en las casas de al lado, podían oír su respiración. Al andar apenas si tocaba el suelo con los talones y parecía andar sobre muelles, como si estuviera a punto de lanzarse sobre alguien. Y es verdad que muchas veces se lanzaba sobre la gente. Era algo tartamudo, y cuando se enfadaba y no podía decir las cosas tan rápido como quería, empleaba los puños. No soportaba a los fracasados. No soportaba a su padre.

Unoka, pues así se llamaba su padre, había muerto hacía diez años. Toda su vida había sido mal proveedor y perezoso, y era totalmente incapaz de pensar en el mañana. Si tenía algún dinero, cosa nada frecuente, inmediatamente se compraba calabazas de vino de palma, llamaba a los vecinos y se divertía. Siempre decía que cuando le veía la boca a un muerto comprendía lo tonto que era no comer lo que se podía en vida. Unoka, naturalmente, tenía deudas, y le debía algo de dinero a cada uno de los vecinos, desde unos cuantos cauríes hasta cantidades considerables.

Era alto, pero muy delgado y andaba algo encorvado. Tenía siempre un gesto sombrío y apesadumbrado, salvo cuando estaba bebiendo o tocando la flauta. Tocaba muy bien la flauta, y cuando mejor lo pasaba era durante las dos o tres lunas siguientes a la cosecha, cuando los músicos de la aldea bajaban los instrumentos que tenían colgados encima de la chimenea. Unoka tocaba con ellos, con la cara radiante de felicidad y de paz. A veces otra aldea pedía a la banda de Unoka y a sus bailarines *egwugwu* que fueran a pasar unos días con ellos y les enseñaran sus melodías. Se iban a pasar con esos anfitriones hasta tres o cuatro mercados, y hacían música y fiestas. A

Unoka le encantaban la buena comida y la buena compañía, y le encantaba la estación del año en que cesaban las lluvias y el sol salía todas las mañanas con una belleza deslumbrante. Y tampoco hacía calor, porque del norte llegaba el viento frío y seco del *harmattan*. Algunos años el *harmattan* era muy fuerte y el aire se llenaba de una espesa niebla. Entonces los ancianos y los niños se sentaban en torno a las hogueras para calentarse. A Unoka le encantaba todo, y le encantaban los primeros milanos que volvían con la estación seca y los niños que les cantaban canciones de bienvenida. Recordaba su propia infancia, cómo muchas veces se echaba a andar a ver si veía un milano planeando calmadamente en el cielo azul. En cuanto veía uno se ponía a cantar con toda su alma para darle la bienvenida de su larguísimo viaje, y le preguntaba si a su regreso había traído unas varas de paño.

De aquello hacía años, cuando era joven. El Unoka adulto era un fracasado. Era pobre, y su mujer y sus hijos apenas si tenían para comer. La gente se reía de él porque era perezoso, y juraba que nunca le volvería a prestar dinero porque nunca lo devolvía. Pero Unoka era uno de esos hombres que siempre conseguían más préstamos, e iba acumulando las deudas.

Un día un vecino llamado Okoye fue a verlo. Unoka estaba reclinado en un lecho de tierra en su choza, tocando la flauta. Inmediatamente se levantó y le dio la mano a Okoye, quien entonces desenrolló la piel de cabra que llevaba el brazo y se sentó. Unoka fue a la habitación de dentro y volvió en seguida con un disco pequeño de madera que contenía una nuez de cola, unos granos de cubeba y un pedazo de tiza blanca.

— Tengo cola —anunció al sentarse, y le pasó el disco a su huésped.

— Gracias. Quien trae nuez de cola trae la vida. Pero creo que deberías partirla tú —replicó Okoye devolviéndole el disco.

— No, es para ti, creo —y así siguieron discutiendo un rato hasta que Unoka aceptó el honor de partir la nuez de cola. Entre tanto, Okoye tomó el pedazo de tiza, dibujó unas líneas en el suelo y después se pintó el dedo gordo del pie.

Mientras Unoka rompía la nuez de cola rezó a sus antepasados para pedirles larga vida y salud y protección contra sus enemigos. Después de comérsela hablaron de muchas cosas: de cómo las lluvias largas estaban inundando las plantaciones de ñame, de la próxima fiesta de los antepasados y de la guerra inminente con la aldea de Mbaino. Unoka nunca estaba contento cuando se aproximaba una guerra. De hecho, era un cobarde y no podía soportar la vista de la sangre. De manera que cambió de tema y empezó a hablar de música, con el rostro radiante. Podía oír mentalmente los ritmos emocionantes e intrincados del Ekwe y del udu y del *ogene*, y podía oír cómo su propia flauta iba entrando y saliendo en ellos y los adornaba con una melodía llena de color y quejumbrosa. El efecto final era alegre y airoso, pero si se fijaba uno en la flauta a medida que iba subiendo y bajando, y después se quebraba

en períodos cortos, se advertía que allí había penas y pesares.

También Okoye era músico. Tocaba el *ogene*. Pero no era un fracasado como Unoka. Tenía un granero grande lleno de ñames y tenía tres esposas. Y ahora iba a tomar el título de Idemili, el tercero en importancia de la región. Era una ceremonia muy cara y estaba acopiando todos sus recursos. De hecho, ése era el motivo por el que había ido a ver a Unoka. Carraspeó y empezó:

— Gracias por la nuez de cola. No sé si te has enterado del título que me propongo tomar en breve.

Aunque había hablado claramente hasta entonces, Okoye dijo la siguiente media docena de frases en proverbios. Entre los ibos se tiene en mucha consideración el arte de la conversación, y los proverbios son el aceite de palma con el que se aderezan las palabras. Okoye era un gran conversador y habló largo rato, girando en torno al tema, y por fin dio de lleno en él. En resumen, quería pedirle a Unoka que le devolviera los doscientos cauríes que le había pedido prestados hacía más de dos años. En cuanto Unoka comprendió a lo que iba su amigo, rompió en carcajadas. Se rió mucho y en voz muy alta, y la voz le resonaba clara como el *ogene* y se le saltaron las lágrimas. Su visitante, sorprendido, se quedó mudo. Al final Unoka logró dar una respuesta, entre nuevas carcajadas.

— Mira esa pared —dijo señalando a la pared de enfrente de la cabaña, que estaba frotada de tierra roja para que brillase.— Mira esas rayas de tiza —y Okoye vio varias series de rayas perpendiculares cortas dibujadas con tiza. Había cinco series, y la más pequeña tenía diez líneas. Unoka tenía sentido de lo dramático e hizo una pausa, durante la cual tomó un pellizco de rape y aspiró ruidosamente, y después continuó:

— Cada serie representa una deuda con alguien, y cada raya representa cien cauríes. Mira, a ése le debo mil cauríes. Pero no ha venido a despertarme por la mañana para reclamarlos. Te pagaré, pero no hoy. Nuestros ancianos dicen que el sol calentará a quienes están de pie antes que a quienes se arrodillan ante ellos. Primero pagaré mis mayores deudas —y tomó otro pellizco de rapé, como si eso equivaliera a pagar primero sus mayores deudas. Okoye volvió a enrollar su piel de cabra y se fue.

Cuando murió Unoka no había tomado ningún título y tenía muchas deudas. ¿Es de extrañar, pues, que su hijo Okonkwo se avergonzara de él? Por suerte, entre esta gente a cada hombre se lo juzgaba conforme a su propio valor y no al valor de su padre. Era evidente que Okonkwo estaba destinado a grandes cosas. Todavía era joven, pero ya se había hecho famoso como el mejor luchador de las nueve aldeas. Era un agricultor rico y tenía dos graneros llenos de ñames y acababa de casarse con su tercera mujer. Y, por añadidura, había tomado dos títulos y había mostrado un valor increíble en dos guerras intertribales. De forma que, aunque Okonkwo todavía era joven, ya era uno de los hombres más importantes de su época. Su pueblo

respetaba la edad, pero reverenciaba el éxito. Como decían los ancianos, si un niño se lavaba las manos podía comer con los reyes. Evidentemente, Okonkwo se había lavado las manos, de forma que comía con los reyes y con los ancianos. Y así fue como le correspondió cuidar del muchacho condenado que sacrificaron sus vecinos al pueblo de Umuofia para evitar la guerra y el derramamiento de sangre. El malhadado muchacho se llamaba Ikemefuna.

Capítulo II

OKONKWO acababa de apagar la lámpara de aceite de palma y de estirarse en la cama de bambú cuando oyó el *ogene* del pregonero que penetraba el aire de la noche. *Gome, gome, gome, gome*, tronaba el metal hueco. Después el pregonero dijo su mensaje y, al final, volvió a golpear su instrumento. Y el mensaje era éste. Se pedía a todos los hombres de Umuofia que mañana por la mañana se reunieran en la plaza del mercado. Okonkwo se preguntó qué pasaría, pues desde luego estaba seguro de que algo andaba mal. Había percibido un claro tono de tragedia en la voz del pregonero, e incluso ahora lo seguía oyendo mientras se iba apagando lentamente en la distancia.

La noche era muy tranquila. Siempre eran tranquilas, salvo cuando había luna. La oscuridad significaba un vago terror para aquella gente, incluso para los más valientes. A los niños se les advertía que no silbaran de noche, por miedo a los malos espíritus. Los animales peligrosos se hacían todavía más siniestros e impredecibles en la oscuridad. De noche nunca se mencionaba a la serpiente por su nombre, porque lo oiría. Se hablaba de una cuerda. De manera que aquella noche concreta, a medida que la voz del pregonero se iba quedando gradualmente absorbida por la distancia, volvió a reinar en el mundo el silencio, un silencio vibrante intensificado por el chirrido universal de un millón de millones de insectos de la selva.

Las noches de luna todo era diferente. Entonces se oían las voces alegres de los niños que jugaban en los campos abiertos. Y quizá las de quienes no eran tan jóvenes, que jugaban en parejas en lugares menos abiertos, y los ancianos y las ancianas recordaban su juventud. Como dicen los ibos: «Cuando brilla la luna a los cojos les entran ganas de salir a dar un paseo.»

Pero esta noche concreta era oscura y silenciosa. Y en los nueve pueblos de Umuofia un pregonero con su *ogene* pedía que todos los hombres se presentaran mañana por la mañana. Okonkwo, en su cama de bambú, trató de imaginar cuál sería la urgencia: ¿La guerra con un clan vecino? Esa parecía la suposición más razonable, y a él no le daba miedo la guerra. El era un hombre de acción, un guerrero. Al contrario que a su padre, a él no le asustaba la vista de la sangre. En la última guerra de Umuofia él había sido el primero en traer a casa una cabeza humana. Era su quinta cabeza, y todavía no era un viejo. En las grandes ocasiones, como los funerales de un personaje de la aldea, bebía su vino de palma en su primera cabeza humana.

A la mañana siguiente, la plaza del mercado estaba llena. Debía haber allí unos diez mil hombres, todos ellos hablando en voz baja. Por fin se levantó, en medio de ellos, Ogbuef Ezeugo y gritó cuatro veces: «*Umuofia kwenu*», y a cada ocasión lo hizo en una dirección diferente y pareció que golpeaba al aire con el puño cerrado. Y diez mil hombres respondieron: «*¡Yaa!*», a cada vez. Después se produjo un silencio total. Ogbuef Ezeugo era un gran orador y siempre se lo escogía para hablar en

ocasiones así. Se pasó la mano por la cabeza blanca y se acarició la blanca barba. Después se ajustó la túnica, que le pasaba bajo el sobaco derecho y se ataba al hombro izquierdo.

«*Umuofia kwenu*», tronó por quinta vez, y la multitud gritó en respuesta. Y después, de repente, como si estuviera poseído, lanzó de golpe la mano izquierda en dirección a Mbaino, y dijo entre sus dientes blanquísimos y apretados:

— Esos hijos de animales feroces han osado asesinar a una hija de Umuofia — bajó la cabeza de golpe y rechinó los dientes, y permitió que entre la multitud 10 se extendiera un murmullo de ira contenida. Cuando volvió a empezar ya no tenía el gesto airado, y en su lugar se cernía una especie de sonrisa, más terrible y más siniestra que la ira. Y con voz clara y pausada contó a Umuofia cómo la hija de todos ellos había ido al mercado de Mbaino y había muerto. Aquella mujer, dijo Ezeugo, era la esposa de Ogbuefi Udo, y señaló a un hombre que estaba sentado a su lado con la cabeza baja. Entonces la multitud gritó airada y sedienta de sangre.

Hablaron muchos más, y al final se decidió adoptar el rumbo normal de acción. Inmediatamente se envió a Mbaino un ultimátum en el que se le pedía escoger entre, por una parte, la guerra y, por otra, el ofrecimiento de un muchacho y de una virgen en compensación.

Todos sus vecinos temían a Umuofia. Era muy fuerte en la guerra y en la magia, y sus sacerdotes y chamanes eran temidos en todos los alrededores. Su medicina de guerra, más potente, era tan antigua como el propio clan. Nadie sabía de cuándo databa. Pero había algo en lo que todos estaban de acuerdo: el principio activo de aquella medicina había sido una anciana a la que le faltaba una pierna. De hecho, la medicina misma se llamaba *agadi-nwayi*, o sea, la anciana. Tenía su santuario en el centro de Umuofia, en un claro. Y si había alguien tan temerario como para pasar al lado del santuario después del atardecer, siempre veía a la anciana que andaba por allí a la pata coja.

De manera que los clanes vecinos, que naturalmente estaban al tanto de todo ello, temían a Umuofia y no iban a la guerra contra ella sin intentar primero un arreglo pacífico. Y para ser justos con Umuofia debe hacerse constar que nunca iba a la guerra salvo que su derecho estuviera bien claro y, como tal, lo aceptara su Oráculo: el Oráculo de los Cerros y de las Cuevas. Y, efectivamente, había habido ocasiones en las que el Oráculo había prohibido a Umuofia hacer la guerra. Si el clan hubiera desobedecido al Oráculo, no cabe duda de que habría salido derrotado, porque su temible *agadi-nwayi* nunca combatiría en lo que los ibos llaman un combate culpable.

Pero la guerra que amenazaba ahora era una guerra justa. Incluso el clan enemigo lo sabía. De forma que cuando Okonkwo de Umuofia llegó a Mbaino como mensajero orgulloso e imperioso de la guerra se le trató con gran honor y respeto, y dos días después volvió a casa con un muchacho de quince años y una virgen joven

El muchacho se llamaba Ikemefuna, y su triste historia todavía se sigue contando en Umuofia hoy día.

Los ancianos, o *ndichie*, se reunieron para escuchar el informe de Okonkwo sobre su misión. Al final decidieron, como todo el mundo sabía que harían, que la muchacha se destinara a Ogbuefi Udo en sustitución de su esposa asesinada. En cuanto al muchacho, pertenecía al clan como un todo, y no había prisa por decidir su destino. Por eso se le pidió a Okonkwo que, en nombre del clan, se hiciera cargo de él entre tanto. Y por eso, durante tres años, Ikemefuna vivió en la casa de Okonkwo.

Okonkwo llevaba a su familia con mano dura. Sus mujeres, especialmente las más jóvenes, vivían en un temor constante de sus estallidos, igual que sus hijos pequeños. Es posible que en el fondo Okonkwo no fuera cruel. Pero toda su vida estaba dominada por el temor, el temor al fracaso y a la debilidad. Era algo más profundo y más íntimo que el temor a los dioses malignos y caprichosos y a la magia, que el temor a la selva y a las fuerzas de la naturaleza, malévolas, de dientes y garras rojos. Los temores de Okonkwo eran peores que todo eso. No eran externos, sino que yacían en lo más hondo de su ser. Era el temor a sí mismo, a que lo considerasen parecido a su padre. Incluso cuando era niño había detestado el fracaso y la debilidad de su padre, e incluso ahora seguía recordando lo que había sufrido cuando un amigo de juegos le había dicho que su padre era un *agbala*. Entonces fue cuando se enteró Okonkwo de que *agbala* no era sólo otra forma de decir mujer, sino que también podía designar a un hombre que no había tomado ningún título. Y por eso Okonkwo estaba dominado por una sola pasión: la de odiar todo lo que le había gustado a su padre Unoka. Una de las cosas que había que odiar era la amabilidad, y otra era el ocio.

Durante la temporada de la siembra Okonkwo trabajaba todos los días en sus campos desde el canto del gallo hasta que se acostaban las gallinas. Era muy fuerte y raras veces se sentía cansado. Pero sus mujeres y sus hijos pequeños no eran igual de fuertes y sufrían. Pero no se atrevían a quejarse abiertamente. Nwoye, el primogénito de Okonkwo, tenía doce años, pero ya estaba preocupando mucho a su padre por su indolencia incipiente. En todo caso, eso era lo que le parecía a su padre, que trataba de corregirlo con riñas constantes y palizas. Por eso Nwoye se iba convirtiendo en un muchacho de expresión triste.

La casa de Okonkwo era una muestra visible de su prosperidad. Tenía un gran recinto cercado por un muro grueso de tierra roja. Su propia cabaña, u *obi*, estaba inmediatamente detrás de la única puerta abierta en el muro rojo. Cada una de sus tres esposas tenía su propia cabaña, que juntas formaban una media luna detrás del *obi*. El granero estaba construido a uno de los extremos del muro rojo, y como prueba de prosperidad había en su interior grandes montones de ñame. A otro extremo del recinto había un cobertizo para las cabras, y cada una de las esposas había construido

un pequeño anexo junto a su cabaña para las gallinas. Cerca del granero había una caseta, la «casa de la medicina» o santuario donde Okonkwo guardaba los símbolos de madera de su dios personal y de los espíritus de sus antepasados. Les rendía culto con sacrificios de nuez de cola y vino de palma, y les ofrecía oraciones en su propio nombre, en el de sus tres esposas y en el de sus ocho hijos.

De manera que cuando murió en Mbaino la hija de Umuofia, Ikemefuna fue a la casa de Okonkwo. Cuando aquel día lo llevó a su casa, Okonkwo llamó a la esposa más antigua y se lo entregó.

— Pertenece al clan —le dijo—, así que cuida de él.

— ¿Se va a quedar mucho tiempo en nuestra casa? —preguntó ella.

— Mujer, haz lo que te he dicho —tronó Okonkwo, y tartamudeó—. ¿Desde cuándo formas parte de los *ndichie* de Umuofia?

Y así fue cómo la madre de Nwoye se llevó a Ikemefuna a su cabaña y no hizo más preguntas.

En cuanto al propio muchacho, estaba muy asustado. No podía comprender lo que le pasaba ni qué había hecho. ¿Cómo iba a saber que su propio padre había intervenido en el asesinato de una hija de Umuofia? Lo único que sabía era que a su casa habían llegado unos hombres, que habían hablado con su padre en voz baja y que, al final, se lo habían llevado y se lo habían entregado a un desconocido. Su madre había llorado mucho, pero él estaba demasiado sorprendido para llorar. Y entonces el desconocido se lo había llevado, junto con una chica, a mucha, mucha distancia de su casa, por caminos solitarios de la selva. No sabía quién era la chica y nunca la volvió a ver.

Capítulo III

OKONKWO no tuvo las mismas ventajas iniciales que otros muchos jóvenes. No heredó un granero de su padre. No había granero que heredar. En Umuofia se contaba la historia de cómo Unoka, su padre, había ido a consultar el Oráculo de los Cerros y de las Cuevas para averiguar por qué siempre tenía una mala cosecha.

El Oráculo se llamaba Agbala y venían a consultarlo gentes de lejos y de cerca. Venían cuando la mala suerte les seguía los pasos o cuando se peleaban con los vecinos. Venían a descubrir lo que les reservaba el futuro o para consultar los espíritus de sus padres muertos.

Se entraba al santuario por un orificio redondo en la falda del cerro, apenas mayor que las aperturas redondas que hay a la entrada de los gallineros. Los fieles y los que venían a pedir información al dios entraban arrastrándose por el agujero y se encontraban en un espacio oscuro e infinito en presencia de Agbala. Nadie había visto jamás a Agbala, salvo su sacerdotisa. Pero nadie que hubiera entrado en aquel temible santuario había salido de él sin temor a su poder. La sacerdotisa estaba junto al fuego sagrado que hacía ella misma al fondo de la cueva y proclamaba la voluntad del dios. El fuego no tenía llama. Los leños en ascuas no servían más que para iluminar vagamente la figura sombría de la sacerdotisa.

A veces llegaba un hombre a consultar al espíritu de su padre o de un pariente muerto. Se decía que cuando aparecía uno de esos espíritus el hombre lo veía vagamente en la oscuridad, pero nunca oía su voz. Algunos incluso decían que habían oído a los espíritus volar y batir las alas contra el techo de la cueva.

Hacía muchos años, cuando Okonkwo era todavía un niño, su padre había ido a consultar a Agbala. En aquella época la sacerdotisa era una mujer llamada Chika. Estaba penetrada del poder de su dios, y era muy temida. Unoka llegó hasta ella y empezó su historia.

— Todos los años —dijo con tristeza—, antes de echar la semilla a la tierra, sacrifico un gallo a Ani, propietario de toda la tierra. Es la ley de nuestros padres. También mato un gallo en el santuario de Ifejioku, el dios de los ñames. Quito la maleza y la quemo cuando está seca. Siembro el ñame cuando han caído las primeras lluvias y les pongo rodrigones cuando aparecen los primeros tallos. Quito las malas hierbas...

— ¡Cálmate! —gritó la sacerdotisa, con una voz terrible que hizo ecos en el vacío oscuro—. No has ofendido a los dioses ni a tus padres. Y cuando un hombre está en paz con sus dioses y sus antecesores, su cosecha será buena o mala según la fuerza de su brazo. Tú, Unoka, eres famoso en todo el clan por la debilidad de tu machete y de tu azada. Cuando tus vecinos salen con el hacha a talar la selva virgen, tú siembras tus ñames en campos agotados que son fáciles de sembrar. Ellos cruzan siete ríos para

hacer sus campos; tú te quedas en casa y ofreces sacrificios a un suelo desgano. Vete a casa y trabaja como un hombre.

Unoka era hombre de mala suerte. Tenía un chi o dios personal malo, y la mala fortuna lo persiguió hasta la tumba, o mejor dicho, hasta la muerte, porque nunca tuvo una tumba. Murió de la hinchazón que era abominable a los ojos de la diosa Tierra. Cuando a un hombre le afligía la hinchazón del estómago y de los miembros, no se le permitía morir en casa. Se lo llevaban al Bosque del Mal y lo dejaban allí para que se muriese. Se contaba la historia de aquel hombre tan terco que volvió a trompicones a su casa y hubo que volverlo a llevar al bosque y dejarlo atado a un árbol. La enfermedad era una abominación para la tierra, y por eso no se podía enterrar a la víctima en sus entrañas. Tenía que morir y pudrirse sobre la tierra, y no se celebraban su primero ni su segundo entierros. Ese fue el destino de Unoka. Cuando fue su turno, se llevó la flauta al bosque.

Con un padre como Unoka, Okonkwo no tuvo las mismas ventajas que otros muchos jóvenes. No heredó un granero ni un título, ni siquiera una esposa joven. Pero pese a aquellas desventajas, incluso en vida de su padre ya había empezado a sentar los cimientos de un futuro próspero. Fue un proceso lento y trabajoso. Pero se consagró a él como un poseído. Y de hecho estaba poseído por el temor a llevar la misma vida despreciable y tener la misma muerte vergonzosa que su padre.

Había en la aldea de Okonkwo un hombre rico que tenía tres graneros enormes, nueve esposas y treinta hijos. Se llamaba Nwakibie y había tomado el segundo título en orden de importancia que se podía tomar en el clan. Ese fue el hombre para el que trabajó Okonkwo a fin de obtener sus primeros ñames de siembra.

Llevó a Nwakibie un pote de vino de palma y un gallo. Se envió a buscar a dos vecinos ancianos y además estaban presentes en el *obi* de Nwakibie dos de los hijos mayores de éste. Ofreció una nuez de cola y unos granos de cubeba, que fueron pasando de mano en mano para que todos los vieran y después volvieron a él. La rompió diciendo:

— Todos hemos de vivir. Recemos por la vida, hijos, por una buena cosecha y por la felicidad. Tendréis lo que os conviene y yo tendré lo que me conviene. Que el milano vuele y que la garceta vuele también. Si uno dice que no al otro, que se le rompan las alas.

Una vez comida la nuez de cola, Okonkwo trajo su vino de palma del rincón de la cabaña en que estaba colocado y lo puso en el centro del grupo. Se dirigió a Nwakibie con el nombre de «padre nuestro».

— *Nna ayi* —dijo—, he traído esta pequeña cola. Como dice nuestro pueblo, el que muestra respeto a los grandes inicia el camino de su propia grandeza. He venido a mostrarte mi respeto y también a pedir un favor. Pero primero bebamos el vino.

Todo el mundo dio las gracias a Okonkwo y los vecinos sacaron los cuernos de

beber de las bolsas de piel de cabra que llevaban. Nwakibie bajó su propio cuerno, que estaba colgado de las vigas. El menor de los hijos, que además era el más joven del grupo, fue al centro, levantó el pote en la rodilla izquierda y empezó a servir el vino. La primera taza le correspondió a Okonkwo, que debía probar el vino antes que nadie. Después bebió el grupo, primero el más anciano de todos. Cuando todo el mundo se hubo bebido dos o tres cuernos, Nwakibie envió a buscar a sus esposas. Algunas de ellas no estaban en casa, y sólo acudieron cuatro.

— ¿No está Anasi? —les preguntó. Le dijeron que ya llegaba. Anasi era la primera esposa y las otras no podían beber antes que ella, de modo que se quedaron de pie esperándola.

Anasi era una mujer de mediana edad, alta y fuerte. Tenía un porte autoritario y en todo se le veía que era ella quien gobernaba a las mujeres de una familia numerosa y próspera. Llevaba en el tobillo la cadenita con los títulos de su marido, que sólo podía llevar la primera esposa.

Se acercó a su marido y le aceptó el cuerno de vino. Después puso una rodilla en tierra, bebió un poco y le devolvió el cuerno. Se levantó, pronunció su nombre y volvió a su casa. Las otras esposas bebieron del mismo cuerno, por el orden que les correspondía, y se fueron.

Los hombres siguieron bebiendo y hablando. Ogbuefi Idigo estaba hablando del extractor de vino de palma, Obiako, que había dejado repentinamente de trabajar.

— Tiene que tener algún motivo — dijo limpiándose del bigote la espuma del vino con el dorso de la mano—. Tiene que tener algún motivo. Un sapo no se echa a correr a la luz del día sin más ni más.

— Hay quien dice que el Oráculo le advirtió que se caería de una palmera y se mataría —dijo Akukalia.

— Obiako siempre ha sido algo raro —dijo Nwakibie—. Me han contado que hace muchos años, cuando hacía poco de la muerte de su padre, fue a consultar al Oráculo. El Oráculo le dijo: «Tu difunto padre quiere que le sacrifiques una cabra.» Y, ¿sabéis lo que le dijo al Oráculo? Le dijo:

«Pregúntale a mi difunto padre si cuando estaba vivo tuvo alguna vez ni un pollo.» Todos se echaron a reír a carcajadas, salvo Okonkwo, que se rió sin ganas porque, como dice el proverbio, la vieja siempre se siente incómoda cuando se mencionan huesos secos en un proverbio.

Okonkwo se acordaba de su propio padre.

Por fin el muchacho que estaba sirviendo el vino alargó medio cuerno lleno de heces blancas y espesas, y dijo:

— Lo que estábamos tomando se ha acabado.

— Ya lo hemos visto —dijeron los demás. — ¿Quién va a beber las heces? — preguntó el muchacho. — El que tenga un trabajo que hacer —dijo Idigo mirando a

Igwelo, el hijo mayor de Nwakibie con un brillo malicioso en los ojos.

Todo el mundo convino en que Igwelo se bebiera las heces. Aceptó el medio cuerno que le ofrecía su hermanastro y se lo bebió. Como había dicho Idigo, Igwelo tenía un trabajo que hacer, pues hacía uno o dos meses que se había casado con su primera mujer. Se decía que las heces espesas del vino de palma eran convenientes para los hombres que iban a yacer con sus mujeres.

Terminado de beber el vino, Okonkwo expuso sus dificultades a Nwakibie.

— He venido a pedirte ayuda — dijo—. Quizá ya te supongas de qué se trata. He despejado un campo, pero no tengo ñames que sembrar. Ya sé lo que significa pedir a alguien que le confíe sus ñames a otro, especialmente en estos tiempos en que los jóvenes le tienen miedo al trabajo duro. Yo no le tengo miedo al trabajo. El lagarto que saltó del alto árbol de iroko al suelo dijo que si nadie más lo aplaudía se aplaudiría él solo. Yo empecé a ganarme la vida a una edad en que casi todos los demás chicos seguían mamando del pecho de sus madres. Si me das unos ñames que sembrar no te fallaré.

Nwakibie carraspeó:

— Me agrada ver un joven como tú en estos tiempos en que nuestra juventud se ha ablandado tanto. Muchos jóvenes han venido a pedirme ñames, pero se los he negado porque sabía que no iban a hacer más que tirarlos al suelo y dejar que se los comieran las malas hierbas. Cuando les digo que no, creen que tengo mal corazón. Pero no es eso. Eneke, el pájaro, dice que desde que los hombres han aprendido a disparar sin error él ha aprendido a volar sin planear. Yo he aprendido a ser roñoso con mis ñames. Pero en ti puedo confiar. Lo sé con sólo mirarte. Como decían nuestros padres, por su aspecto se sabe cuándo está maduro el maíz. Te daré dos veces cuatrocientos ñames. Adelante, prepara tu campo.

Okonkwo le dio las gracias una vez y otra y se fue a casa sintiéndose contento. Sabía que Nwakibie no le iba a decir que no, pero no había previsto que fuera tan generoso. No había esperado más que cuatrocientas semillas. Ahora tendría que hacer un campo más grande. Esperaba que uno de los amigos de su padre, de Isiuzo, le diera otros cuatrocientos ñames.

El trabajo como aparcerero constituía una forma muy lenta de irse haciendo un granero propio. Después de todo el trabajo, sólo se quedaba uno con un tercio de la cosecha. Pero un muchacho cuyo padre carecía de ñames no tenía otro remedio. Y lo peor en el caso de Okonkwo era que tenía que alimentar a su madre y a sus dos hermanas con aquella magra cosecha. Y el alimentar a su madre significaba también alimentar a su padre. No podía pedirle a ella que cocinara y comiera mientras su marido pasaba hambre. Así que a una edad muy temprana, cuando luchaba desesperadamente por hacerse un granero con la aparcería, Okonkwo también sustentaba la casa de su padre. Era como echar granos de maíz en un saco lleno de

agujeros. Su madre y sus hermanas trabajaban mucho, pero cultivaban cosas de mujeres, como cocos, alubias y cazabe. El ñame, el rey de las plantas, era cosa de hombres.

El año en que Okonkwo aceptó a Nwakibie ochocientas semillas de ñame fue el peor año que se recordaba. Nada vino a su tiempo; todo llegaba demasiado pronto o demasiado tarde. Parecía que el mundo se hubiera vuelto loco. Las primeras lluvias llegaron tarde, y cuando llegaron no duraron más que un momento. Volvió el sol cegador, más ardiente de lo que nadie recordara, y quemó todo el verdor que había aparecido con las lluvias. La tierra quemaba como carbón caliente y recoció todos los ñames que se habían sembrado. Como todos los buenos agricultores, Okonkwo había empezado a sembrar con las primeras lluvias. Ya había sembrado cuatrocientos ñames cuando se fueron las lluvias y volvió el calor. Se pasaba el día mirando al cielo en busca de nubes de lluvia y las noches en vela. Por la mañana volvía a sus campos y veía cómo se iban secando los tallos. Había tratado de protegerlos de la tierra ardiente haciendo círculos de gruesas hojas de sisal en torno a ellos. Pero al anochecer los círculos de sisal estaban quemados y grises. Los cambiaba todos los días y rezaba para que de noche lloviese. Pero la sequía continuó ocho semanas de mercado y los ñames murieron.

Algunos campesinos todavía no habían plantado sus ñames. Eran los tranquilos y perezosos que siempre dejaban el desbroce de los campos hasta lo más tarde posible. Aquel año ésos fueron los inteligentes. Simpatizaban con sus vecinos con muchas sacudidas de cabeza, pero en su interior celebraban lo que interpretaban como su propia previsión.

Okonkwo plantó las semillas de ñame que le quedaban cuando por fin volvieron las lluvias. Tenía un consuelo. Los ñames que había sembrado antes de la sequía eran los suyos la cosecha del año pasado. Todavía le quedaban los ochocientos de Nwabikie y los cuatrocientos del amigo de su padre. De manera que podía volver a empezar.

Pero el año se había vuelto loco. Llovió como jamás había llovido antes. Llovió días y noches, llovió en torrentes violentos que se llevaron los montones de ñames. La lluvia arrancó árboles y por todas partes aparecieron profundas torrenteras. Después la lluvia se hizo menos violenta. Pero continuó días y días sin parar. El intervalo de sol que siempre se daba en medio de la temporada de lluvias no se produjo esta vez. Los ñames echaron unas hojas brillantísimas, pero todos los agricultores sabían que sin sol no crecerían los tubérculos.

Aquel año la recolección fue triste, como un funeral, y muchos agricultores lloraron al extraer los ñames raquíuticos y putrefactos. Hubo uno que ató su túnica en la rama de un árbol y se ahorcó.

Okonkwo recordaría con sudores fríos aquel año durante el resto de sus días.

Cuando pensaba en él después siempre se sorprendía de no haberse hundido bajo tanta desesperación. Sabía que era un buen luchador, pero aquel año hubiera sido suficiente para partirle el corazón a un león.

— Si sobreviví a aquel año —decía siempre—, puedo sobrevivir a todo. Lo atribuyó a su voluntad inquebrantable.

Su padre Unoka, que ya entonces estaba enfermo, le dijo durante aquel terrible mes de la cosecha:

— No te desesperes. Sé que no vas a desesperarte. Tienes un corazón viril y orgulloso. Un corazón orgulloso puede sobrevivir a un fracaso general, porque ese fracaso no afecta a su orgullo. Es más difícil y resulta más amargo cuando se fracasa a rolar.

Así era Unoka en sus últimos días. Su amor a las palabras había aumentado con la edad y la enfermedad. Aquello exasperaba a Okonkwo hasta lo indecible.

Capítulo IV

Si se le mira a un rey en la boca —dijo un anciano— nunca se sospecharía que ha mamado del pecho de su madre. Hablaba de Okonkwo, que había ascendido rápidamente de la mayor pobreza y la desgracia hasta convertirse en uno de los señores del clan. El anciano no le tenía mala voluntad a Okonkwo. De hecho, lo respetaba por su laboriosidad y su éxito. Pero le asombraba, como a casi todo el mundo, la rudeza de Okonkwo en sus tratos con gente de menos éxito. Hacía sólo una semana que uno le había llevado la contraria en una reunión de parientes que se había celebrado para tratar de la próxima fiesta de los antepasados. Sin siquiera mirarlo, Okonkwo había dicho: «Esta es una reunión de hombres.» El que le había llevado la contraria no tenía títulos. Por eso lo había tratado de mujer. Okonkwo sabía cómo desanimar a la gente.

Todos los presentes en la reunión de parientes se pusieron de parte de Osugo cuando Okonkwo lo llamó mujer. El más anciano de los asistentes dijo con voz severa que quienes consiguen que un espíritu benévolo les parta las nueces de palma no deben olvidar la humildad. Okonkwo dijo que lamentaba lo que había dicho y la reunión continuó.

Pero en realidad no era cierto que a Okonkwo le partiera las nueces de palma un espíritu benévolo. Se las partía él solo. Nadie que supiera de su áspero combate contra la pobreza y la desgracia podía decir que hubiera tenido suerte. Si alguien merecía el éxito, ése era Okonkwo. A temprana edad se había hecho famoso por ser el mejor luchador del país. Eso no era suerte. Lo máximo que se podía decir era que su *chi* o dios personal era bueno. Pero los ibos tienen un proverbio según el cual cuando un hombre dice sí, su *chi* también dice sí. Okonkwo decía sí muy fuerte; de manera que su *chi* estaba de acuerdo. Y no sólo su *chi*; sino también su clan, porque juzgaba a un hombre por el trabajo de sus manos. Por eso habían escogido las nueve aldeas a Okonkwo para que llevase el mensaje de guerra a sus enemigos si no aceptaban darles un muchacho y una virgen para expiar el asesinato de la mujer de Udo. Y tan profundo era el temor que tenían sus enemigos a Umuofia que trataron a Okonkwo como a un rey y le llevaron una virgen que se le entregó a Udo como esposa, y al muchacho Ikemefuna.

Los ancianos del clan habían decidido que Ikemefuna pasara un tiempo al cuidado de Okonkwo. Pero nadie pensó que aquello fuera a durar nada menos que tres años. Parecieron olvidarse totalmente de él en cuanto tomaron la decisión.

Al principio, Ikemefuna tenía muchísimo miedo. Trató de escaparse una o dos veces, pero no tenía la menor idea de cómo lograrlo. Pensaba en su madre y en su hermana de tres años y lloraba mucho. La madre de Nwoye era muy amable con él y lo trataba como si fuera uno de sus propios hijos. Pero él no decía más que: «¿Cuándo

me voy a casa?» Cuando Okonkwo se enteró de que no quería comer fue a la cabaña con un garrote en la mano y se quedó vigilándolo mientras se tragaba tembloroso los ñames. Un momento después salió de la cabaña y se puso a vomitar con retortijones. La madre de Nwoye fue a él y le puso las manos en el pecho y en la, espalda. Pasó enfermo tres semanas de mercado y cuando se recuperó pareció que había superado su terror y su tristeza.

El muchacho era de carácter muy animado y gradualmente se fue haciendo popular en la familia de Okonkwo, especialmente entre los niños. Nwoye, el hijo de Okonkwo, que tenía dos años menos que él, se hizo inseparable suyo, porque parecía saberlo todo. Sabía hacer flautas con tallos de bambú e incluso con hierba de guinea. Sabía cómo se llamaban todos los pájaros y hacer trampas muy astutas para los pequeños roedores de la sabana. Y sabía con qué madera se hacían los arcos más fuertes.

Incluso el propio Okonkwo se encariñó mucho con el chico, aunque no se lo dijo a nadie, naturalmente. Okonkwo nunca mostraba ninguna emoción abiertamente, salvo la emoción de la cólera. El mostrar afecto era una señal de debilidad; lo único que merecía la pena mostrar era la fuerza. Por eso trataba a Ikemefuna igual que a todo el mundo: con mano dura. Pero no cabía duda de que el muchacho le agradaba. A veces, cuando iba a las grandes reuniones del pueblo o a las fiestas comunitarias de los antepasados permitía que Ikemefuna lo acompañara, como un hijo, que le llevara el taburete y la bolsa de piel de cabra. Y, de hecho, Ikemefuna le llamaba padre.

Ikemefuna llegó a Umuofia al final de la temporada de ocio, entre la cosecha y la siembra. De hecho, no se recuperó de su enfermedad hasta unos días antes de que empezara la Semana de la Paz. Y aquél también fue el año en que Okonkwo rompió la paz y recibió su castigo, como era costumbre, de Ezeani, el sacerdote de la diosa de la tierra.

Okonkwo se vio provocado a una ira justificable por su esposa más joven, que fue a hacerse las trenzas a casa de su amiga y no volvió a la hora de cocinar la comida de la tarde. Al principio, Okonkwo no se enteró de que la esposa no estaba en casa. Tras esperar en vano el plato que le correspondía a ella fue a su cabaña a ver qué estaba haciendo. En la cabaña no había nadie y la chimenea estaba apagada.

— ¿Dónde está Ojiugo? —preguntó a su segunda esposa, que salió de su cabaña a sacar agua de una cántara gigantesca a la sombra de un arbolito en el centro del recinto.

— Ha ido a hacerse las trenzas.

Okonkwo se mordió los labios y se llenó de ira.

— ¿Dónde están sus hijos? ¿Se los ha llevado? —preguntó con una frialdad y una calma desusadas.

— Aquí están —contestó su primera esposa, la madre de Nwoye. Okonkwo se

inclinó y miró en la cabaña. Los hijos de Ojiugo estaban comiendo con los hijos de su primera esposa.

— ¿Te pidió antes de irse que les dieras de comer?

— Sí —mintió la madre de Nwoye, tratando de minimizar el descuido de Ojiugo.

Okonkwo sabía que no decía la verdad. Se volvió a su *obi* a esperar el regreso de Ojiugo. Y cuando llegó ésta le dio una gran paliza. En su cólera había olvidado que era la Semana de la Paz. Sus dos primeras esposas corrieron alarmadísimas a recordarle que era la semana sagrada.

Pero Okonkwo no era hombre para detenerse a media paliza, ni siquiera por temor de una diosa.

Los vecinos de Okonkwo oyeron los gritos de su esposa y llamaron a voces por encima de los muros del recinto para preguntar qué pasaba. Algunos fueron a verlo por sí mismos. Era inaudito pegar a alguien durante la semana sagrada.

Antes de que anoheciera, Ezeani, que era el sacerdote de la diosa Tierra, Ani, visitó a Okonkwo en su *obi*. Okonkwo sacó una nuez de cola y la puso ante el sacerdote.

— Llévate tu nuez de cola. No voy a comer en casa de un hombre que no respeta a nuestros dioses y antepasados.

Okonkwo trató de explicarle lo que había hecho su esposa, pero Ezeani no pareció hacerle caso. Llevaba en la mano un báculo corto con el que golpeaba en el suelo para subrayar lo que decía.

— Escúchame —dijo cuando terminó de hablar Okonkwo—. No eres un recién llegado a Umuofia. Sabes igual que yo que nuestros antepasados ordenaron que antes de plantar nada en la tierra observáramos una semana en la que no se dice ni una palabra dura al vecino. Vivimos en paz con nuestros vecinos para honrar a nuestra gran diosa de la tierra, sin cuya bendición no crecerán nuestras cosechas. Has cometido una grave falta —gran golpe del báculo en el suelo—. Tu esposa hizo mal, pero aunque entraras en tu *obi* y te encontraras con su amante encima de ella hubieras cometido una gran falta al apalearla —nuevo golpe del báculo en el suelo—. La falta que has cometido puede traer la ruina a todo el clan. La diosa Tierra a la que has insultado puede negarse a darnos su fruto y pereceremos todos —ahora su tono pasó de la ira a la exigencia—. Mañana llevarás al santuario de Ani una cabra, una gallina, una medida de paño y cien cauríes —se puso en pie y salió de la cabaña.

Okonkwo hizo lo que le había dicho el sacerdote. También llevó un pote de vino de palma. Interiormente se sentía arrepentido. Pero no era hombre que fuera diciendo a sus vecinos que había cometido un error. Y por eso la gente decía que no respetaba a los dioses del clan. Sus enemigos decían que la buena fortuna se le había subido a la cabeza. Lo calificaban de pajarito *nza*, que hasta tal punto se olvidaba de todo después de una comida fuerte, que desafiaba hasta a su *chi*.

Durante la Semana de la Paz no se trabajaba en absoluto. La gente visitaba a sus vecinos y bebía vino de palma. Aquel año no se habló de nada más que del nso-ani que había cometido Okonkwo. Era la primera vez en muchos años que un hombre rompía la paz sagrada. Ni los más ancianos del lugar podían recordar más que una o dos ocasiones así en algún momento del remoto pasado.

Ogbuefi Ezeudu, que era el más anciano del pueblo, estaba diciendo a otros dos hombres que habían ido a visitarlo que el castigo por romper la Paz de Ani se había hecho muy blando en su clan.

— No siempre ha sido así —dijo—. Mi padre me dijo que a él le habían contado que en el pasado si un hombre rompía la paz lo arrastraban por todo el pueblo hasta que moría. Pero al cabo de un tiempo cesó esta costumbre porque rompía la paz que se trataba de mantener.

— Ayer me dijo alguien —dijo uno de los más jóvenes— que en algunos clanes es una abominación que muera alguien durante la Semana de la Paz.

— Y es verdad —continuó Ogbuefi Ezeudu—. En Obodoani tienen esa costumbre. Si muere alguien en esta época no lo entierran, sino que lo echan al Bosque del Mal. Es una mala costumbre la de esa gente, porque carece de comprensión. Echan ahí a muchos hombres y mujeres sin enterrarlos. Y, ¿con qué resultado? Su clan está lleno de los malos espíritus de esos muertos sin enterrar, ansiosos de hacer daño a los vivos.

Tras la Semana de la Paz todos los hombres se pusieron a destrozarse terrenos para hacer nuevos campos con sus familias. Se dejó que la maleza cortada se secara y luego se le prendió fuego. Cuando el humo empezó a levantarse hacia el cielo aparecieron de diferentes direcciones milanos que se cernieron sobre los campos en un saludo silencioso. Se aproximaba la temporada de las lluvias, en la que se irían hasta que volviera la temporada seca.

Okonkwo pasó los días siguientes preparando sus ñames para la siembra. Contemplaba cada ñame con mucho cuidado para ver si era bueno para sembrar. A veces decidía que un ñame era demasiado grande para sembrarlo entero y lo partía diestramente con su afilado cuchillo. Su hijo mayor, Nwoye, e Ikemefuna lo ayudaban trayéndole del granero los ñames en cestos alargados y ayudándole a contar las semillas preparadas en grupos de cuatrocientos. A veces Okonkwo le daba a cada uno unos cuantos ñames para prepararlos. Pero siempre advertía errores en su trabajo y se lo decía con muchas amenazas.

— ¿Te crees que estás cortando ñames para la cocina? —le preguntaba a Nwoye—. Si vuelves a partir otro ñame de este tamaño, te rompo la cara. Te crees que todavía eres un niño. Cuando yo tenía tu edad ya empecé a cultivar los campos. Y tú —le decía a Ikemefuna—, ¿es que en tu pueblo no se cultiva el ñame?

En su fuero interno Okonkwo sabía que los dos muchachos eran todavía

demasiados chicos para comprender plenamente el difícil arte de preparar los ñames de siembra. Pero consideraba que nunca era demasiado pronto para empezar. El ñame significaba la virilidad, y el hombre que podía alimentar a su familia con ñame de una cosecha a la siguiente era verdaderamente un gran hombre. Okonkwo quería que su hijo fuera un gran agricultor y un gran hombre. Iba a quitarle los inquietantes indicios de pereza que creía advertir ya en él.

— No estoy dispuesto a tener un hijo que no pueda llevar la cabeza bien alta en las reuniones del clan. Antes lo estrangulo con mis propias manos. Y si te quedas mirándome así —juraba—, ¡Amadiora te va a romper la cabeza!

Unos días después cuando la tierra había quedado ablandada por dos o tres grandes lluvias, Okonkwo y su familia fueron a los campos con cestos de ñames para la siembra, con sus azadas y sus machetes, y empezaron a plantar. Fueron haciendo montoncitos de tierra en línea recta por todo el campo y sembrando los ñames dentro de ellos.

El ñame, el rey de las plantas, era un rey muy exigente. Durante tres o cuatro lunas exigía mucho trabajo y una atención constante desde el canto del gallo hasta que se acostaban las gallinas. Los tallos tiernos estaban protegidos contra el calor de la tierra con círculos de hojas de sisal. Cuando arreciaban las lluvias, las mujeres plantaban maíz, melones y alubias entre los montones de ñames. Después se guiaban éstos, primero con palitos y más tarde con ramas de árboles altas y gruesas. Las mujeres quitaban las malas hierbas tres veces en momentos concretos de la vida de los ñames, ni demasiado temprano ni demasiado tarde.

Y ahora ya habían llegado las lluvias, tan densas y persistentes que incluso el hacedor de lluvia del pueblo dijo que ya no podía intervenir. Ya no podía detener la lluvia, igual que no trataría de provocarla en medio de la temporada seca, sin que su salud corriera grave peligro. El dinamismo personal necesario para contrarrestar las fuerzas de aquellos extremos atmosféricos sería demasiado fuerte para la naturaleza humana.

De manera que en medio de la temporada de lluvias nadie se injería en la naturaleza. A veces caía agua en aguaceros tan grandes que el cielo y la tierra parecían fundidos en una humedad gris. Entonces no se sabía si el gruñido sordo del trueno de Amadiora venía de arriba o de abajo. En aquellos momentos, en cada una de las incontables cabañas techadas de bálago de Umuofia, los niños se quedaban sentados en torno a la cocina de sus madres y se contaban cuentos, o se quedaban con su padre en el *obi* de éste y se calentaban en torno a un fuego de leña y tostaban maíz y se lo comían. Era un breve período de descanso entre la temporada dura y laboriosa de la siembra y la temporada igual de laboriosa, pero animada, del mes de la cosecha.

Ikemefuna había empezado a sentirse parte de la familia de Okonkwo. Seguía acordándose de su madre y de su hermana de tres años, y pasaba por momentos de

tristeza y de depresión. Pero él y Nwoye se habían hecho tan amigos que aquellos momentos se iban haciendo menos frecuentes y menos dolorosos. Ikemefuna poseía una reserva inagotable de relatos populares. Incluso los que ya sabía Nwoye los contaba él con un frescor nuevo y con el sabor local de un clan diferente. Nwoye recordaría aquella época vívidamente hasta el fin de sus días. Incluso recordaba cómo se había reído cuando Ikemefuna le contó que el nombre correcto de una mazorca de maíz, con sólo unos cuantos granos dispersos, era *ezeagadi-nwayi*, o sea, los dientes de una vieja. Nwoye se había acordado inmediatamente de Nwayieke, que vivía cerca del árbol de udala. Tenía más o menos tres dientes y se pasaba la vida fumando en pipa.

Poco a poco las lluvias fueron escampano y haciéndose menos frecuentes, y volvió a distinguirse entre el cielo y la tierra. La lluvia caía en chaparrones ligeros y sesgados en medio del sol y de una brisa leve. Los niños ya no se quedaban en casa, sino que corrían por el pueblo cantando:

*La lluvia está cayendo, el sol está brillando,
Sólo Nnadi está comiendo y cocinando.*

Nwoye siempre se preguntaba quién era Nnadi y por qué vivía solo y comía y cocinaba solo. Acabó por decidir que Nnadi debía vivir en aquel país en que pasaba el cuento favorito de Ikemefuna, donde la hormiga tiene una corte esplendorosa y la arena no para de bailar.

Capítulo V

SE aproximaba el Festival del Nuevo Ñame y Umuofia estaba con ánimo de fiesta. Era una ocasión de dar gracias a Ani, la diosa Tierra y fuente de toda la fecundidad. Ani participaba más en la vida de la gente que ninguna otra deidad. Era la juez final de la moral y la conducta. Y, lo que es más, estaba en estrecha comunión con los padres difuntos del clan, cuyos cadáveres ya se habían entregado a la tierra.

La Fiesta del Nuevo Ñame se celebraba todos los años antes de que empezara la recolección, a fin de honrar a la diosa Tierra y a los espíritus de los antepasados del clan. No se podían comer ñames nuevos hasta haber ofrecido algunos a aquellas fuerzas. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, esperaban el Festival del Nuevo Ñame porque con él se iniciaba la temporada de la abundancia: el año nuevo. La última noche antes del festival todos los que todavía tenían ñames del año pasado se deshacían de ellos. El año nuevo tenía que empezar con ñames nuevos y sabrosos y no con la cosecha seca y fibrosa del año pasado. Todas las ollas, las calabazas y los cuencos de madera se lavaban a fondo, y en especial el mortero de madera en el que se batía el ñame. Las comidas más importantes del festival eran el fu-fú de ñame y la sopa de verduras. Se hacían en tales cantidades que, por mucho que comiera la familia o por muchos amigos y parientes que invitase de los pueblos vecinos, al final del día siempre quedaban cantidades enormes de comida. Siempre se contaba la historia del rico que había puesto a sus invitados un montón de fu-fú tan alto que quienes estaban sentados de un lado no podían ver lo que pasaba del otro, y hasta el atardecer uno de ellos no pudo ver a un cuñado suyo que había llegado durante la comida y le había tocado el otro lado. Hasta entonces no pudieron intercambiar saludos ni darse la mano por encima de lo que quedaba de comida.

O sea, que el Festival del Nuevo Ñame era un motivo de alegría en todo Umuofia. Y todos los hombres de brazo fuerte, como dicen los ibos, habían de invitar a mucha gente de todas partes. Okonkwo siempre invitaba a los parientes de sus esposas, y como ya tenía tres esposas, sus invitados formaban un grupo bastante numeroso.

Pero, Okonkwo, sin saber por qué, nunca se entusiasmaba tanto con las fiestas como los demás. Comía bastante y se podía beber una o dos calabazas bastante grandes de vino de palma. Pero siempre se sentía incómodo cuando se pasaba varios días esperando una fiesta o recuperándose de ella. Hubiera estado mucho más contento trabajando en sus campos.

Ya sólo faltaban tres días para el festival. Las esposas de Okonkwo habían frotado las paredes y las cabañas con tierra roja hasta que reflejaban la luz. Después las habían pintado con dibujos de color blanco, amarillo y verde oscuro. Después se habían puesto a pintarse ellas con madera camote y se habían hecho unos dibujos negros preciosos en el estómago y en la espalda. También los niños iban adornados,

sobre todo en la cabeza, que se habían afeitado haciendo dibujos muy bonitos. Las tres mujeres hablaban nerviosas de los parientes a los que habían invitado, y los niños pensaban encantados en los mimos que les iban a prodigar aquellos visitantes del país de sus madres.

También Ikemefuna estaba nervioso. Le parecía que el Festival del Nuevo Ñame era un acontecimiento mucho más importante aquí que en su propio pueblo, lugar que ya estaba empezando a distanciarse y borrarse en su imaginación.

Y entonces estalló la tormenta. Okonkwo, que había estado paseando sin rumbo en su propio recinto con ira contenida encontró de pronto una salida a ésta.

— ¿Quién ha matado este banano? — preguntó.

Inmediatamente cayó el silencio sobre el recinto.

— ¿Quién ha matado este árbol? ¿O estáis todos sordos y mudos?

De hecho, el árbol estaba perfectamente vivo. La segunda mujer de Okonkwo se había limitado a quitarle unas cuantas hojas para envolver comida, y lo dijo. Sin más argumentos Okonkwo le dio una buena paliza y la dejó llorando con su única hija. Ninguna de las otras esposas osó intervenir, salvo para decir de vez en cuando tímidamente: «Ya basta, Okonkwo», desde una distancia prudente.

Ya calmada su ira, Okonkwo decidió irse de caza. Tenía una vieja escopeta oxidada hecha por un herrero muy hábil que había ido a vivir en Umuofia hacía mucho tiempo. Pero aunque Okonkwo era un gran hombre cuyo valor gozaba de universal reconocimiento, no era cazador. De hecho, no había matado ni una rata con su escopeta. De forma que cuando llamó a Ikemefuna para que le trajera el arma, la esposa a la que acababa de dar la paliza murmuró algo relativo a escopetas que nunca disparan. Por desgracia para ella, Okonkwo la oyó y se fue corriendo furioso a su habitación en busca de la escopeta cargada y se la apuntó mientras ella trataba de saltar el muro bajo del granero. Apretó el gatillo y sonó un fuerte disparo acompañado de los gritos de sus esposas y sus hijos. Tiró la escopeta y saltó al granero y allí estaba la mujer, asustadísima y temblorosa, pero totalmente ilesa. Okonkwo dio un gran suspiro y se marchó con la escopeta.

Pese a aquel incidente, el Festival del Nuevo Ñame se celebró con gran alegría en casa de Okonkwo. De madrugada, mientras Okonkwo ofrecía un sacrificio de ñame nuevo y aceite de palma a sus antepasados, les pidió su protección para él, para sus hijos y para las madres de éstos durante el nuevo año.

A medida que avanzaba el día fueron llegando sus parientes políticos de los tres pueblos vecinos, y cada uno traía consigo un cántaro de vino de palma. Y estuvieron comiendo y bebiendo hasta la noche, cuando los parientes políticos de Okonkwo empezaron a irse a sus casas. El segundo día del año nuevo era el día del gran combate deportivo entre el pueblo de Okonkwo y sus vecinos. Es difícil decir lo que más gustaba a la gente: los festejos y la camaradería del primer día o el combate del

segundo. Pero había una mujer que no tenía la menor duda. Era la segunda esposa de Okonkwo, Ekwefi, a la que casi le había pegado un tiro. No había festival en todas las estaciones del año que le gustara más que el de la lucha. Hacía muchos años, cuando Ekwefi era la belleza del pueblo, Okonkwo había conquistado su corazón al vencer al Gato en el mayor combate en memoria humana. No se casó con él entonces porque Okonkwo era demasiado pobre para pagar su dote. Pero unos años después se escapó de la casa de su marido y se fue a vivir con Okonkwo. Todo aquello había ocurrido hacía mucho tiempo. Ahora Ekwefi era una mujer de cuarenta y cinco años que había sufrido mucho en la vida. Pero la lucha le seguía gustando tanto como hacía treinta años.

Todavía no era el mediodía del segundo día del Festival del Nuevo Ñame. Ekwefi y su hija única, Ezinma, estaban sentadas junto a la chimenea esperando a que hirviera el agua de la olla. En el mortero de madera estaba la gallina que acababa de matar Ekwefi. Empezó a hervir el agua y con un movimiento diestro Ekwefi levantó la olla del fuego y vertió el agua hirviendo sobre la gallina. Volvió a colocar la olla vacía en el redondel del rincón y se miró las palmas de las manos, que estaban negras de hollín. A Ezinma siempre le sorprendía que su madre pudiera levantar una olla del fuego sin protegerse las manos con algo.

— Ekwefi —preguntó—, ¿es cierto que cuando eres mayor no te quema el fuego? —Ezinma, al contrario que casi todos los niños, llamaba a su madre por su nombre.

— Sí —replicó Ekwefi, demasiado ocupada para discutir. Su hija sólo tenía diez años, pero era muy lista para su edad.

— Pero a la madre de Nwoye se le cayó la olla de sopa caliente el otro día y se le rompió en el suelo.

Ekwefi le dio la vuelta a la gallina en el mortero y empezó a desplumarla.

— Ekwefi —dijo Ezinma que la ayudaba a desplumar—, me tiembla el párpado.

— Será que vas a llorar —dijo su madre.

— No —dijo Ezinma—, es el otro párpado, el de arriba.

— Entonces es que vas a ver algo.

— ¿Qué voy a ver? —preguntó.

— ¿Cómo voy a saberlo yo? —Ekwefi quería que lo averiguara por sí sola.

— Ajá —dijo por fin Ezinma—. Ya sé lo que es: la lucha.

Por fin quedó desplumada la gallina. Ekwefi trató de arrancarle el pico, pero era demasiado duro. Se dio la vuelta en el taburete y puso el pico un momento en el fuego. Volvió a tirar y lo arrancó.

— ¡Ekwefi! —llamó una voz de una de las otras cabañas. Era la madre de Nwoye, la primera esposa de Okonkwo.

— ¿Es a mí? —respondió Ekwefi. Así era como respondía la gente a las llamadas que llegaban de fuera. Nunca respondía que sí por miedo a que fuera un espíritu del

mal el que llamaba.

— ¿Quieres darle a Ezinma un poco de fuego pata que me lo traiga? —sus propios hijos e Ikemefuna se habían ido al río.

Ekwefi puso unas brasas en una olla rota y Ezinma atravesó el recinto recién barrido para dárselas a la madre de Nwoye.

— Gracias, Nma —le dijo. Estaba pelando ñames nuevos y en un cesto a su lado había verduras y alubias.

— Déjame que te haga el fuego —ofreció Ezinma.

— Gracias, Ezigbo —contestó. Solía llamarla Ezigbo, que significa «niña buena».

Ezinma salió y trajo unos cuantos palos de un montón enorme de leña. Los hizo astillas con la planta del pie y empezó a soplar para hacer el fuego.

— Te vas a ahogar —dijo la madre de Nwoye al mirar por encima de los ñames que estaba pelando—. Usa el atizador —se levantó y sacó el atizador que estaba puesto en las vigas. En cuanto se puso en pie, la cabra inquieta que había estado comiéndose obediente las peladuras de ñame echó el diente a los ñames de verdad, agarró dos bocados y huyó de la cabaña para ir a masticarlo todo en el redil. La madre de Nwoye la maldijo y volvió a sentarse a pelar. El fuego de Ezinma ya echaba grandes nubes de humo. Siguió dándole aire hasta que aparecieron las llamas. La madre de Nwoye le dio las gracias y ella se volvió a la cabaña de su madre.

En aquel momento empezaron a oír el ritmo distante de los tambores. Llegaba desde la dirección del ilo, (el par) que de juegos del pueblo. Cada pueblo tenía su propio ilo, que era tan antiguo como el propio pueblo y donde se celebraban todas las grandes ceremonias y los bailes. Los tambores tocaban la danza inconfundible de la lucha: rápida, ligera y alegre, y la canción llegaba flotando en el viento.

Okonkwo carraspeó y movió los pies al ritmo de los tambores. Le llenaba de fuego, como había ocurrido siempre, desde que era joven. Temblaba de ganas de vencer y dominar. Era como desear a una mujer.

— Vamos a llegar tarde a la lucha — dijo Ezinma a su madre.

— No empiezan hasta que cae el sol.

— Pero ya están tocando los tambores.

— Sí. Los tambores empiezan al mediodía, pero la lucha espera hasta que empieza a caer el sol. Ve a ver si tu padre ha traído ñames para la tarde.

— Sí. La madre de Nwoye ya está cocinando.

— Entonces vete a traer los nuestros. Tenemos que cocinar en seguida o llegaremos tarde a la lucha.

Ezinma se fue corriendo al granero y se trajo dos ñames del muro bajo.

Ekwefi peló los ñames a toda prisa. La cabra inquieta olisqueó y se comió las peladuras. Ekwefi cortó los ñames en trocitos y empezó a preparar un potaje con parte de la gallina.

En aquel momento oyeron que alguien lloraba justo al lado del recinto. Parecía la voz de Obiageli, la hermana de Nwoye.

— ¿Es Obiageli la que llora? —preguntó Ekwefi a la madre de Nwoye, al otro extremo del patio.

— Sí —contestó—. Se le debe haber roto el cántaro del agua.

El llanto sonaba ya muy cerca y pronto llegaron los niños en fila, cada uno de ellos con un recipiente en la cabeza, de distinto tamaño según sus edades. Ikemefuna iba el primero con el recipiente más grande, seguido de cerca por Nwoye y sus dos hermanos menores. Obiageli iba la última, con la cara bañada en lágrimas. Llevaba en la mano el rodete de paño en el que hubiera debido descansar el cántaro de la cabeza.

¿Qué ha pasado? —preguntó su madre, y Obiageli le contó su triste historia. Su madre la consoló y le prometió comprarle otro cántaro.

Los hermanos menores de Nwoye estaban a punto de contarle a su madre lo que había pasado de verdad cuando Ikemefuna los miró severamente y se callaron. La verdad era que Obiageli había estado haciendo inyanga con su recipiente. Se lo había colocado en la cabeza, había cruzado los brazos y se había puesto a cimbrear la cintura como una chica mayor. Cuando se le cayó el cántaro y se rompió se había echado a reír. No empezó a llorar hasta que llegaron cerca del árbol iroko frente a su recinto.

Seguían sonando los tambores, con su ruido persistente e inmutable. El ruido ya no era algo distinto del pueblo vivo. Era como el latido de su corazón. Vibraba en el aire, en el sol y hasta en los árboles, y llenaba al pueblo de emoción.

Ekwefi puso la parte del potaje que correspondía a su marido en un cuenco y lo tapó. Ezinma se lo llevó a su *obi*.

Okonkwo ya estaba sentado en una piel de cabra comiéndose lo que le había cocinado su primera esposa. Obiageli, que se lo había llevado de la calaña de su madre, estaba sentada en el suelo esperando a que acabara. Ezinma le puso delante el plato de su madre y se quedó sentada con Obiageli.

— ¡Siéntate como una mujer— le gritó Okonkwo. Ezinma cerró las piernas y las estiró ante ella.

— Padre, ¿vas a ir a ver la lucha? —preguntó Ezinma tras un intervalo correcto.

— Sí contestó—. ¿Y tú?

— Sí —y añadió tras una pausa—: ¿Puedo llevarte la silla?

— No, eso es tarea de chicos — Okonkwo sentía especial cariño por Ezinma. Se parecía mucho a su madre, que había sido la belleza del pueblo. Pero no mostraba su cariño sino en raras ocasiones.

— A *obiageli* se le ha roto el cántaro hoy —dijo Ezinma.

— Sí, ya me lo ha dicho —contestó Okonkwo entre bocados.

— Padre —dijo Obiageli—, la gente no debe hablar mientras come o se le puede ir la pimienta por el mal camino.

— Eso es muy cierto. ¿Has oído, Ezinma? Tú eres mayor que Obiageli, pero ella tiene más sentido común.

Destapó el plato de su segunda esposa y empezó a comérselo. Obiageli tomó el primer plato y se lo llevó a la cabaña de su madre. Y entonces llegó Nkechi que traía el tercer plato. Nkechi era hija de la tercera esposa de Okonkwo.

A lo lejos seguían sonando los tambores.

Capítulo VI

TODO el pueblo fue al *ilo*, hombres, mujeres y niños. Formaron un enorme círculo y dejaron libre el centro del terreno de juego. Los ancianos y los grandes del pueblo se sentaron en sus propios taburetes que les traían sus hijos menores o los esclavos. Entre ellos se sentaba Okonkwo. Todos los demás estaban de pie, salvo los que habían llegado lo bastante pronto para conseguir sitio en unas cuantas gradas construidas con troncos alisados colocados sobre pilares en horquilla.

Todavía no habían llegado los luchadores, y los tamborileros dominaban la situación. También ellos estaban sentados frente al gran círculo de espectadores, frente a los ancianos. Detrás de ellos estaba el árbol bómbax, enorme y antiquísimo, que era sagrado. En aquel árbol vivían los espíritus de los niños buenos que esperaban a nacer. En los días de diario las mujeres jóvenes que querían hijos iban a sentarse a su sombra.

Había siete tambores y estaban ordenados por tamaños en un largo cesto de madera. Tres hombres los golpeaban con palillos e iban febrilmente de un tambor a otro. Estaban poseídos por el espíritu de los tambores.

Los jóvenes encargados de mantener el orden en estas ocasiones iban corriendo de un lado a otro, consultándose entre ellos y con los jefes de los dos equipos de luchadores, que seguían fuera del círculo, detrás de la multitud. De vez en cuando dos jóvenes con palmas recorrían el círculo y echaban atrás al público dando golpes en el suelo o, si alguien se ponía terco, le daban en los pies y las piernas.

Por fin entraron bailando en el círculo los dos equipos y el público gritó y aplaudió. El batir de los tambores se hizo frenético. La gente se echó hacia adelante. Los jóvenes encargados de mantener el orden se echaron a correr ondeando sus palmas. Los ancianos movían la cabeza al ritmo de los tambores y recordaban los días en que ellos mismos habían luchado al son de aquel ritmo intoxicante.

El combate empezó con los chicos de quince y dieciséis años. Sólo había tres chicos en cada equipo. No eran los luchadores de verdad; sólo servían de presentación. Los dos primeros combates terminaron en seguida. Pero el tercero creó gran sensación, incluso entre los ancianos, que generalmente no mostraban sus emociones de forma tan abierta. Fue igual de rápido que los otros dos, y quizá incluso más. Pero muy pocos habían visto antes luchar así. En cuanto los dos chicos se aproximaron, uno de ellos hizo algo que nadie podía describir porque había sido rápido como un relámpago. Y el otro chico estaba de espaldas en tierra. La multitud gritó y aplaudió y durante un momento tapó el ruido de los tambores frenéticos. Okonkwo se puso en pie de un salto en seguida se volvió a sentar. Tres muchachos del equipo del vencedor salieron corriendo, lo levantaron en hombros y fueron bailando entre la multitud clamorosa. Pronto supo todo el mundo quién era el

vencedor. Se llamaba Maduka y era el hijo de Obierika.

Los tamborileros pararon a descansar un rato antes de los combates de verdad. Les brillaban los cuerpos de sudor y tomaron abanicos para darse aire. También bebieron agua de unos cantarillos y comieron nueces de cola. Volvieron a transformarse en seres humanos que charlaban entre sí y con los que estaban a su lado. El aire, que había estado tenso de emoción, volvió a calmarse. Era como si se hubiera vertido agua en la piel tirante de un tambor. Mucha gente miró en su derredor, quizá por primera vez, y vio a quienes estaban de pie o sentados a su lado.

— No te había visto —dijo Ekwefi a la mujer que estaba junto a ella desde el principio de los combates.

— Y no me extraña —dijo la mujer—. Nunca he visto un gentío así. ¿Es verdad que Okonkwo casi te mata con su escopeta?

— Sí que es verdad, amiga mía. Todavía no encuentro la lengua para contar la historia.

— Tu *chi* está bien vivo, amiga mía. Y, ¿cómo está mi hija, Ezinma?

— Está muy bien desde hace tiempo. A lo mejor no se nos va.

— Creo que no. ¿Qué edad tiene ya?

— Unos diez años.

— Creo que no se irá. Generalmente se quedan si no mueren antes de los seis años.

— Rezo porque se quede —dijo

Ekwefi con un gran suspiro.

La mujer con la que hablaba se llamaba Chielo. Era la sacerdotisa de Agbala, el Oráculo de los Cerros y de las Cuevas. En la vida normal Chielo era una viuda con dos hijos. Era muy amiga de Ekwefi, con quien compartía un puesto en el mercado. Sentía especial cariño por Ezinma, la única hija de Ekwefi, a quien llamaba «mi hija». Muchas veces compraba pastas de alubia y le daba algunas a Ekwefi para que las llevara a Ezinma. Los que veían a Chielo en la vida normal apenas podían creer que fuese la misma persona que hacía profecías cuando se apoderaba de ella el espíritu de Agbala.

Los tamborileros volvieron a coger sus palillos y el aire tembló y se tensó como un arco.

Los dos equipos se colocaron frente a frente con un espacio entre ambos. Un muchacho de uno de los equipos fue bailando por el centro hasta el otro bando e indicó con quién quería luchar. Volvieron bailando juntos al centro y luego se enfrentaron.

Había doce hombres de cada bando y el desafío oscilaba entre el uno y el otro. Dos jueces iban andando en torno a los luchadores y cuando creían que estaban empatados los detenían. Así terminaron cinco combates. Pero los momentos

realmente emocionantes eran cuando caía un hombre de espaldas. Entonces la enorme voz de la multitud se elevaba hasta el cielo y en todas las direcciones. Se oía incluso en los pueblos cercanos.

El último combate era entre los jefes de los equipos. Estaban entre los mejores luchadores de las nueve aldeas. La multitud se preguntaba cuál vencería al otro este año. Algunos decían que Okafo era mejor; otros decían que no podía compararse con Ikezue. El año pasado ninguno de los dos había logrado poner de espaldas al otro, aunque los jueces habían permitido que el combate durase más de lo habitual. Tenían el mismo estilo y cada uno sabía de antemano lo que planeaba el otro. Podía volver a pasar lo mismo este año.

Se acercaba la noche cuando empezaron a luchar. Los tambores enloquecieron y los espectadores también. Se echaron hacia adelante cuando los dos jóvenes entraron bailando en el círculo. Las palmas del servicio de orden no podían con tenerlos.

Ikezue levantó la mano derecha. Okafo se la agarró y entablaron el combate. Fue una lucha feroz. Ikezue trató de ponerle el talón derecho por detrás a Okafo con objeto de echarle la zancadilla al astuto estilo ege. Pero cada uno sabía lo que pensaba el otro. La multitud había rodeado y sumergido a los tamborileros, cuyo ruido frenético ya no era un mero sonido incorpóreo, no el latido mismo del público.

Los luchadores estaban casi inmóviles, el uno presa del otro. Los músculos de los brazos y de los muslos y de las espaldas resaltaban y se retorcían. Parecía un empate. Los dos jueces ya se estaban adelantando a separarlos cuando Ikezue, desesperado, hincó una rodilla en tierra para tratar de echarse al otro hacia atrás sobre las espaldas. Fue un grave error. Okafo, rápido como el rayo de Amadiora, levantó la pierna derecha y la pasó por encima de la cabeza de su rival. La multitud prorrumpió en un rugido atronador. Sus partidarios levantaron en vilo a Okafo y se lo llevaron a casa en hombros. Cantaron sus elogios y las muchachas aplaudieron, mientras cantaban:

¿Quién combatirá por nuestro pueblo?

Okafo combatirá por nuestro pueblo.

¿Ha derribado a cien hombres?

Ha derribado a cuatrocientos hombres.

¿Ha derribado a cien Gatos?

Ha derribado a cuatrocientos Gatos.

Entonces id a decirle que combata por nosotros.

Capítulo VII

TRES años estuvo Ikemefuna viviendo en casa de Okonkwo y parecía que los ancianos de Umuofia se hubieran olvidado de él. Crecía aprisa, como un tallo de ñame en la estación de las lluvias, y estaba lleno de fuerza vital. Ya estaba completamente asimilado en su nueva familia. Era para Nwoye como un hermano mayor, y desde el principio parecía haber inspirado un nuevo ardor en el muchacho. Le hacía sentirse adulto, y ya no se pasaban las tardes en la cabaña de la madre mientras ésta cocinaba, sino que ahora iban a sentarse con Okonkwo en el *obi* de éste, o lo contemplaban cuando se iba a la palma a extraer el vino de la tarde. Ahora nada agradaba a Nwoye más que el que su madre u otra de las esposas de su padre lo enviaran a buscar para que hiciera uno de esos trabajos caseros difíciles y de hombre, como partir leña o moler alimentos. Cuando uno de los hermanos o de las hermanas menores le daba uno de esos recados, Nwoye fingía irritación y gruñía en voz alta contra las mujeres y sus problemas.

En su fuero interno, Okonkwo se sentía complacido al ver que su hijo iba madurando, y sabía que se debía a Ikemefuna. Quería que Nwoye se convirtiera en un muchacho duro capaz de regir la casa de su padre cuando él muriese y fuera a reunirse con los antepasados.

Quería que gozara de prosperidad y tuviera suficientes provisiones en el granero para alimentar a los antepasados con sacrificios periódicos. De manera que siempre se alegraba cuando le oía gruñir contra las mujeres. Eso demostraba que con el tiempo sería capaz de controlar a las suyas. Por muy próspero que fuera un hombre, si no era capaz de dominar a sus mujeres y sus hijos (y especialmente a sus mujeres) no era un hombre de verdad. Era como el hombre de la canción que tenía diez y una mujeres y no tenía sopa suficiente para su *fu-fú*.

Conque Okonkwo alentaba a los muchachos a venir a sentarse con él en su *obi* y les contaba historias del país: historias masculinas llenas de violencia y de sangre. Nwoye sabía que estaba bien ser viril y violento, pero sin saber por qué seguía prefiriendo las historias que solía contarle su madre antes, y que sin duda seguía contando a sus hijos más pequeños: historias sobre la tortuga y sus astucias, y sobre el pájaro *eneke-nti-oba*, que desafió a todo el mundo a un combate y al final cayó derribado por el gato. Recordaba el cuento que le había contado tantas veces de la pelea entre Tierra y Cielo, hacía mucho tiempo, y cómo Cielo retuvo la lluvia durante siete años, hasta que se agotaron las cosechas y no se podía enterrar a los muertos porque las azadas se rompían en la tierra pedregosa. Por fin se envió a Buitre a exhortar a Cielo y a ablandarle el corazón con una canción sobre los sufrimientos de los hijos de los hombres. Siempre que la madre de Nwoye cantaba aquella canción él se sentía transportado a la escena remota en el cielo donde Buitre, emisario de Tierra,

cantaba pidiendo piedad. Por fin Cielo se sintió conmovido hasta la compasión y le dio a Buitre la lluvia envuelta en hojas de coco-ñame. Pero al volar a casa su largo espolón rasgó las hojas y cayó una lluvia como jamás se había visto antes. Y tanta cayó sobre Buitre que no volvió a entregar su mensaje, sino que se fue volando a un país remoto, donde había visto una hoguera. Y cuando llegó a él vio que era un hombre que hacía un sacrificio. Se calentó en la hoguera y comió las entrañas.

Esos eran los cuentos que le gustaban a Nwoye. Pero ahora sabía que eran para mujeres tontas y para niños, y sabía que su padre quería que él se hiciera hombre. De forma que un día ya no le gustaban las historias de mujeres. Y vio que a su padre le agradaba esa ficción y que ya no lo reñía ni lo pegaba. De manera que ahora Nwoye e Ikemefuna se quedaban escuchando las historias que contaba Okonkwo sobre guerras tribales o sobre cómo, hacía años, había acechado a su víctima, la había dominado y había conseguido su primera cabeza humana. Y cuando les hablaba del pasado seguían sentados en la oscuridad o en el fulgor semiapagado de la leña esperando a que las mujeres terminaran de cocinarles la comida. Cuando acababan, cada una de ellas traía su cuenco de *fu-fú* y su cuenco de sopa al marido. Se encendía una lámpara de aceite y Okonkwo probaba algo de cada cuenco y después pasaba dos partes a Nwoye e Ikemefuna.

Así fueron pasando las lunas y las estaciones. Y después llegaron las langostas. Hacía muchos años que no pasaba aquello. Los ancianos decían que las langostas venían una vez por generación, reaparecían todos los años durante siete años y después volvían a desaparecer por el espacio de una vida. Se volvían a sus cuevas en un país remoto, donde estaban custodiadas por una raza de hombres raquíuticos. Y después, al cabo de otra vida, aquellos hombres volvían a abrir las cuevas y las langostas volvían a caer sobre Umuofia.

Llegaban en la estación fría del *harmattan* después de recogidas las cosechas y se comían toda la hierba que crecía descuidada en los campos.

Okonkwo y los dos muchachos estaban trabajando en los muros exteriores rojos del recinto. Se trataba de una de las tareas más fáciles de la temporada siguiente a la recolección. Se ponía en las paredes una cubierta nueva de gruesas ramas de palma para protegerlas contra la próxima estación de las lluvias. Okonkwo trabajaba por el lado de afuera del muro y los muchachos por el de dentro. En la parte alta del muro había agujeritos que lo traspasaban de un lado al otro, y por esos agujeritos Okonkwo pasaba la cuerda, o *tie—tie*, a los muchachos, que la enrollaban en torno a los postes de madera y luego se la volvían a pasar a él, y así se iba afirmando la cubierta contra el muro.

Las mujeres se habían ido al campo a recoger leña, y los niños pequeños a visitar a sus compañeros de juegos en los recintos vecinos. El *harmattan* estaba en el aire y parecía destilar una sensación neblinosa de sueño por el mundo. Okonkwo y los

muchachos trabajaban en total silencio, que no se rompía más que cuando se levantaba sobre el muro una nueva rama de palma o cuando una gallina inquieta removía las hojas secas en su búsqueda incesante de comida.

Y entonces, de repente, cayó sobre el mundo una sombra y pareció que el sol quedaba escondido bajo una nube densa. Okonkwo levantó la vista de su trabajo y se preguntó si iba a llover en un momento tan raro del año. Pero casi inmediatamente sonó un grito de alegría por todas partes y Umuofia, soñolienta en la neblina del mediodía, despertó a la vida y a la actividad.

— Están bajando las langostas —gritaban alegremente por todos lados, y hombres, mujeres y niños dejaron su trabajo o sus juegos y salieron a terreno abierto a ver aquel espectáculo tan raro. Hacía muchísimos años que no llegaban las langostas, y los ancianos eran los únicos que las habían visto antes.

Al principio fue una nube relativamente pequeña. Eran las exploradoras, llegadas para estudiar el territorio. Y después apareció en el horizonte una masa que avanzaba lentamente, como una sábana interminable de nubes negras que iban a la deriva hacia Umuofia. En un momento taparon la mitad del cielo, y ahora la masa sólida estaba rota por ojos diminutos de luz como un brillante polvo de estrellas. Era un espectáculo enorme, lleno de fuerza y de belleza.

Todo el mundo había salido a la calle y hablaba nervioso y rezaba para que las langostas pasaran la noche en Umuofia. Pues, aunque hacía muchos años que no venían las langostas a Umuofia, todo el mundo sabía instintivamente que eran muy buenas de comer. Y por fin descendieron las langostas. Se posaron en todos los árboles y en todas las briznas de hierba; se posaron en los tejados y taparon el suelo desnudo. Bajo su peso se rompieron las ramas de árboles muy fuertes, y todo el país adquirió el color de tierra parda del enorme enjambre hambriento.

Mucha gente salió con cestos a tratar de cogerlas, pero los ancianos aconsejaron paciencia hasta la caída de la noche.

Y tenían razón. Las langostas se asentaron en los arbustos para pasar la noche y el rocío les mojó las alas. Entonces salió todo Umuofia, pese al frío *harmattan*, y todo el mundo llenó de langostas bolsas y cántaros. A la mañana siguiente las asaron en ollas de barro y después las pusieron al sol hasta que se secaron y se pusieron corruscantes. Y durante muchos días se comió aquel raro manjar sazonado con aceite de palma.

Okonkwo estaba sentado en su *obi* mascando contento con Ikemefuna y Nwoye, y bebiendo cantidades copiosas de vino de palma, cuando entró Ogbuefi Ezeudu. Ezeudu era el más anciano de aquella parte de Umuofia. En sus tiempos había sido un guerrero grande e intrépido, y ahora el clan le tenía mucho respeto. Rechazó participar en la comida y preguntó a Okonkwo si podía hablar una palabra con él fuera. De forma que salieron juntos, el viejo apoyándose en su bastón. Cuando ya no los podía oír nadie, le dijo a Okonkwo:

—Ese muchacho te llama padre. No tengas nada que ver con su muerte — Okonkwo se quedó sorprendido y estaba a punto de decir algo cuando continuó el anciano:

—Sí, Umuofia ha decidido matarlo. El Oráculo de los Cerros y de las Cuevas así lo ha decidido. Se lo llevarán fuera de Umuofia, como es costumbre, y lo matarán allí. Pero no quiero que tengas nada que ver con eso. Te llama padre.

Al día siguiente llegó un grupo de ancianos de los nueve pueblos de Umuofia a casa de Okonkwo a primera hora de la mañana y, antes de empezar a hablar en voz baja, mandaron salir a Nwoye e Ikemefuna. No se quedaron mucho tiempo, pero cuando se fueron Okonkwo se quedó inmóvil muchísimo rato, con la barbilla apoyada en las manos. Más avanzado el día llamó a Ikemefuna y le dijo que al día siguiente lo volverían a llevar a casa. Nwoye lo oyó y rompió en lágrimas, ante lo cual su padre le dio una gran paliza. En cuanto a Ikemefuna, no sabía qué hacer. Con el tiempo, su propia casa se había ido convirtiendo en algo muy vago y distante. Seguía echando de menos a su madre y a su hermana y se alegraría mucho de volver a verlas. Pero sabía, sin saber por qué, que no iba a verlas. Recordaba una vez en que unos hombres habían hablado en voz baja con su padre, y ahora parecía que se repetía lo mismo.

Después, Nwoye fue a la cabaña de su madre y le dijo que Ikemefuna se iba a su casa. Inmediatamente ella dejó caer el almirez con que estaba moliendo pimienta, se cruzó de brazos y suspiró: «Pobre chico.»

Al día siguiente volvieron los hombres con un pote de vino. Todos iban vestidos de punta en blanco, como si fueran a una gran reunión del clan o a hacer una visita al pueblo de al lado. Llevaban las túnicas pasadas bajo el sobaco derecho y las bolsas de piel de cabra y los machetes al hombro izquierdo. Okonkwo se preparó inmediatamente y el grupo se puso en marcha con Ikemefuna, que llevaba el pote de vino. Sobre el recinto de Okonkwo descendió un silencio mortal. Hasta los niños más pequeños parecían saber lo que pasaba. Nwoye se pasó el día entero sentado en la cabaña de su madre con los ojos cuajados de lágrimas.

Al principio de su viaje, los hombres de Umuofia reían y hacían bromas sobre las langostas, sobre sus mujeres y sobre algunos hombres afeminados que se habían negado a ir con ellos. Pero al ir acercándose a las afueras de Umuofia el silencio también descendió sobre ellos.

El sol fue ascendiendo lentamente hasta el centro del cielo, y el camino seco y arenoso empezó a devolver el calor que estaba enterrado en él. En el bosque circundante piaban algunos pájaros. Los hombres pisaban las hojas secas que yacían en el suelo. Ese era el único ruido que se oía. Y después, a lo lejos, llegó el batir leve del Ekwe. Subía y bajaba con el viento un baile pacífico de un clan remoto.

— Es un baile ozo —se dijeron los hombres. Pero nadie estaba seguro de dónde

procedía. Unos decían que de Ezimili, otros que de Abame o Aninta. Discutieron un rato y después volvieron a caer en silencio, y el baile huidizo aumentaba o disminuía con el viento. En alguna parte había un hombre que estaba tomando los títulos de su clan, con música y bailes y una gran fiesta.

El sendero se había convertido ya en una fina raya en el corazón del bosque. El monte bajo y la escasa maleza en torno al pueblo de los hombres empezó a ceder sitio a árboles gigantescos y lianas que quizá estuvieran allí desde el principio de las cosas, sin tocar por el hacha ni por el incendio de la sabana. El sol, al irrumpir entre sus hojas y las ramas, trazaba un juego de luces y de sombras en el sendero de arena.

Ikemefuna escuchó un susurro detrás de él, muy cerca, y se dio la vuelta de golpe. El hombre que había susurrado dio una voz para exhortar a los demás a que fueran más rápido.

— Todavía nos queda mucho camino —dijo. Después él y otro hombre pasaron por delante de Ikemefuna y marcaron un ritmo más veloz.

Así siguieron caminando los hombres de Umuofia, armados con machetes envainados, e Ikemefuna, con un pote de vino de palma en la cabeza, iba en medio de todos ellos. Aunque al principio se había sentido intranquilo, ahora ya no tenía miedo. Detrás de él iba Okonkwo. Le resultaba casi inimaginable que Okonkwo no fuera su padre de verdad. Nunca había querido a su padre de verdad, y al cabo de tres años se sentía muy lejos de él. Pero su madre y su hermana de tres años... claro que ya no tendría tres, sino seis. ¿La reconocería ahora? Debía estar muy alta. Cómo lloraría de alegría su madre, y le daría las gracias a Okonkwo por haber cuidado tan bien de él y por devolvérselo. Querría enterarse de todo lo que le había pasado en tantos años. ¿Podría él recordarlo todo? Le contaría cosas de Nwoye y de su madre y de las langostas... De pronto tuvo una idea. Era posible que hubiera muerto su madre. Trató en vano de expulsar aquella idea de la cabeza. Después trató de solucionar la situación como hacía cuando era niño. Todavía recordaba la canción:

¡Eze elina, elina!

Sala

Exe ilikwa ya

Ikwaba akwa oligholi

Ebe Danda nechi eze

Ebe Uzuzu vete egwu

Sala

La cantó mentalmente y se puso a andar a su ritmo. Si la canción terminaba con el paso del pie derecho, su madre estaba viva. Si terminaba con el del izquierdo, había muerto. No, no había muerto, pero estaba enferma. Terminó con el del pie derecho. Estaba viva y con buena salud. Volvió a cantar la canción y terminó con el paso del

pie izquierdo. Pero la segunda vez no contaba. La primera voz va a Chukwu, o la casa de Dios. Esa era una de las cosas que les gustaba decir a los niños. Ikemefuna volvió a sentirse como un niño. Debía ser la idea de volver a casa con su madre.

Uno de los hombres que iban detrás de él carraspeó. Ikemefuna miró hacia atrás y el hombre le gruñó que siguiera y no se quedara parado mirando hacia atrás. La forma en que lo dijo hizo que a Ikemefuna le recorriese la espalda un escalofrío de miedo. Le temblaron vagamente las manos en el pote negro que llevaba en la cabeza. ¿Por qué se había retirado Okonkwo hacia la retaguardia? Ikemefuna sintió que se le doblaban las piernas. Y le dio miedo mirar hacia atrás.

Cuando el hombre que había carraspeado sacó el machete y lo atravesó. Le daba miedo que lo considerasen débil. Ikemefuna gritaba: «¡Padre, me han matado!», mientras corría hacia él. Ciego de miedo, Okonkwo sacó el machete y lo atravesó. Le daba miedo que lo considerasen débil.

En cuanto volvió su padre aquella noche, Nwoye comprendió que habían matado a Ikemefuna, y pareció que algo se hundía en su interior, como cuando cede un arco tenso. No lloró. Se quedó impasible. No hacía mucho tiempo que había tenido el mismo tipo de sensación, durante la última recolección. A todos los niños les encantaba la temporada de la recolección. Los que eran lo bastante mayores para llevar, aunque fuera sólo unos pocos ñames en un cestito, se iban a los campos con los mayores. Y si no podían ayudar a sacar los ñames, podían ir juntos a buscar leña para asar los que se iban a comer directamente en el campo. Aquel ñame asado y empapado en aceite rojo de palma y comido en campo abierto sabía mucho mejor que cualquier comida hecha en casa. Fue al cabo de uno de aquellos días en el campo, durante la última cosecha, cuando Nwoye había sentido por primera vez una sensación interna de ruptura como la que sentía ahora. Volvían a casa con cestos llenos de ñames desde un campo distante al otro lado del río cuando oyeron la voz de un niño pequeño que gritaba en la selva. Cayó un silencio repentino sobre las mujeres, que habían estado hablando, y aceleraron el paso. Nwoye había oído decir que cuando había gemelos se los metía en cántaros de cerámica y se los tiraba al bosque, pero nunca se había encontrado con ellos. Se apoderó de él un vago temblor y pareció que se le hinchaba la cabeza, como le ocurre a quien anda solo por la noche y se encuentra en el camino con un espíritu maligno. Después algo se hundió en su interior. Esa sensación volvió a invadirlo aquella noche, cuando volvió su padre después de matar a Ikemefuna.

Capítulo VIII

OKONKWO no comió nada durante los dos días siguientes a la muerte de Ikemefuna. Estuvo bebiendo vino de palma desde la mañana hasta la noche, y tenía los ojos rojos y enfurecidos, como los ojos de una tata cuando se la agarraba por la cola y se la aplastaba en el suelo. Llamó a su hijo, Nwoye, para que fuera a sentarse con él en su *obi*. Pero el muchacho le tenía miedo y se marchó de la cabaña en cuanto vio que dormitaba.

No lograba dormir de noche. Trataba de no pensar en Ikemefuna, pero cuanto más lo intentaba, más pensaba en él. Una vez se levantó de la cama y se puso a recorrer su recinto. Pero estaba tan débil que las piernas apenas si lo soportaban. Se sentía como un gigante borracho que anduviera con patas de mosquito. De vez en cuando le llegaba a la cabeza un sudor frío que le iba recorriendo todo el cuerpo.

El tercer día pidió a Ekwefi, su segunda esposa, que le asara unos plátanos. Se los preparó como le gustaban a él: con alubias y rajas de pescado.

— Hace dos días que no comes —le dijo su hija Ezinma cuando le llevó la comida—, de forma que esto te lo tienes que acabar —se sentó y alargó las piernas frente a ella. Okonkwo comió abstraído.

«Esta debería haber sido un chico», pensó mientras miraba a su hija de diez años. Le pasó un pedazo de pescado.

—Vete a traerme un poco de agua fría —dijo. Ezinma salió corriendo de la cabaña, masticando el pescado, y volvió poco después con un cuenco de agua fría de la cántara de piedra que había en la cabaña de su madre.

Okonkwo tomó el cuenco y se bebió el agua de un trago. Comió unos trozos más de plátano y dejó el plato a un lado.

— Tráeme la bolsa —dijo, y Ezinma le trajo la bolsa de piel de cabra del otro lado de la cabaña. Okonkwo buscó su frasquito de rapé en el interior. Era una bolsa muy grande y tuvo que meter el brazo casi entero. Contenía otras cosas, además del frasquito de rapé. Había un cuerno de beber, además de una calabaza de beber, y se golpeaban entre sí mientras él buscaba. Cuando sacó el frasquito dio unos cuantos golpes sobre la rodilla antes de ponerse algo de rapé en la palma de la mano izquierda: Después recordó que no había sacado la cucharita del rapé. Volvió a buscar en la bolsa y sacó una cucharita; plana de marfil con la que se llevó la materia marrón a la nariz.

Ezinma tomó el plato vacío en una mano y el cuenco vacío de agua en la otra y se volvió a la cabaña de su madre. «Debería haber sido un chico», se repitió Okonkwo. Volvió a acordarse de Ikemefuna y tembló. Si pudiera encontrar algo que hacer, podría olvidarse. Pero era la temporada de descanso entre la recolección y la siembra siguiente. El único trabajo que hacían los hombres en aquellas fechas consistía en

recubrir los muros de sus recintos con tamos nuevos de palma. Y Okonkwo ya lo había hecho. Lo había acabado el mismo día que llegaron las langostas, cuando él había estado trabajando en un lado del muro e Ikemefuna y Nwoye en el otro.

«¿Desde cuándo te has convertido en una vieja lloricona?», se preguntó Okonkwo. «¿Tú, a quien se conoce en las nueve aldeas por tu valor en la guerra? ¿Cómo puede un hombre que ha matado a cinco hombres en combate caerse en pedazos porque ha añadido un muchacho a su cuenta personal? Okonkwo, la verdad es que te estás poniendo como una mujer.»

Se puso en pie de un salto, se echó la bolsa de piel de cabra al hombro y se fue a visitar a su amigo Obierika.

Obierika estaba sentado al aire libre a la sombra de un naranjo, preparando bardas con hojas de la palma de tafia. Cambió saludos con Okonkwo y le fue a abrir el *obi*.

— Iba a ir a verte en cuanto terminara las bardas —dijo quitándose los granos de arena que tenía pegados en los muslos.

— ¿Todo va bien? —preguntó Okonkwo.

— Sí —replicó Obierika—. Hoy va a venir el pretendiente de mi hija y espero que dejemos arreglada la cuestión del precio de la novia. Quiero que estés presente.

En aquel momento llegó de la calle Maduka, el hijo de Obierika, que saludó a Okonkwo y se volvió hacia el recinto.

— Ven a darme la mano —dijo Okonkwo al muchacho—. La forma en que luchaste el otro día me pareció estupenda —el muchacho sonrió, le dio las gracias a Okonkwo y se fue al recinto.

— Va a ser un hombre magnífico — dijo Okonkwo—. Si yo tuviera un hijo como él sería feliz. Me preocupa Nwoye. En una lucha podría vencerlo cualquier cosa, hasta un cuenco de ñame molido. Sus dos hermanos menores prometen más. Pero te aseguro, Obierika, que mis hijos no se me parecen. ¿Dónde están las semillas que van a crecer cuando muera el viejo plátano? Si Ezinma hubiera sido un chico, me alegraría. Ella sí que entiende.

— Te preocupas por nada —dijo Obierika—. Los niños son muy pequeños todavía.

— Nwoye ya tiene edad para preñar a una mujer. A su edad yo ya me defendía solo. No, amigo mío, no es demasiado joven. Al pollo que cuando crezca va a ser un gallo se le ve desde que sale del cascarón. Yo ya he hecho todo lo posible por hacer que Nwoye se haga hombre, pero se parece demasiado a su madre.

«Demasiado a su abuelo», pensó Obierika, pero no lo dijo. La misma idea se le ocurrió a Okonkwo. Pero hacía mucho tiempo que había decidido dejar en paz a aquel fantasma. Cada vez que pensaba en la debilidad de su padre y en su fracaso y se preocupaba, se deshacía de la idea pensando en su propia fuerza y sus propios éxitos. Y eso fue lo que hizo entonces. Recordó su última muestra de virilidad.

— No puedo entender por qué te negaste a venir con nosotros para matar a aquel muchacho —le dijo a Obierika.

— Porque no quería —contestó malhumorado Obierika—. Tenía mejores cosas que hacer.

— Parece como si pusieras en duda la autoridad y la decisión del Oráculo, que dijo que tenía que morir.

— No. ¿Por qué iba a dudar? Pero el Oráculo no me pidió que fuera yo quien ejecutara su decisión.

) — Pero alguien tenía que hacerlo. Si todos tuviéramos miedo a la sangre, nadie lo haría. Y, ¿qué te crees que iba a hacer entonces el Oráculo?

— Sabes perfectamente, Okonkwo, que no le tengo miedo a la sangre, y si alguien dice que se lo tengo, miente. Y permíteme que te diga una cosa, amigo mío. En tu lugar, yo me hubiera quedado en casa. Lo que has hecho no va a agradarle a la Tierra. Es el tipo de acto por el que la diosa elimina a familias enteras.

— La Tierra no puede castigarme por obedecer a su mensajero —dijo Okonkwo—. A un niño no le quema los dedos el pedazo de ñame caliente que le pone su madre en la palma de la mano.

— Es verdad —convino Obierika—. Pero si el Oráculo dijera que hay que matar a mi hijo ni se lo discutiría ni sería yo quien lo hiciera.

Habrían seguido discutiendo si en aquel momento no hubiera llegado Ofoedu. Por la forma en que le brillaban los ojos era evidente que traía noticias importantes. Pero hubiera sido descortés meterle prisa. Obierika le ofreció un pedazo de la nuez de cola que había partido con Okonkwo. Ofoedu comió lentamente y habló de las langostas. Cuando terminó su pedazo de nuez de cola, dijo:

— Hoy día pasan cosas muy raras.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Okonkwo.

— ¿Conoces a Ogbuefi Ndulue? — preguntó Ofoedu.

— Ogbuefi Ndulue del pueblo de Ire —dijeron juntos Okonkwo y Obierika.

— Ha muerto esta mañana —dijo Ofoedu.

— Eso no tiene nada de raro. Era el más anciano de Ire —comentó Obierika.

— Tienes razón— convino

Ofoedu—. Pero deberías preguntar por qué no han tocado el tambor para decirle a Umuofia que ha muerto.

— ¿Por qué? —preguntaron al unísono Obierika y Okonkwo.

— Eso es lo raro del asunto. ¿Conocéis a su primera esposa, la que anda con bastón?

— Sí. Se llama Ozoemena.

— Así es —dijo Ofoedu—. Como ya sabéis, Ozoemena era demasiado vieja para atender a Ndulue durante su enfermedad. De eso se encargaban sus esposas más

jóvenes. Cuando se murió, esta mañana, una de ellas fue a la cabaña de Ozoemena y se lo dijo. Se levantó de la cama, agarró el bastón y se fue al *obi*. Se puso de rodillas y de manos en el umbral y llamó a su marido, que estaba tendido en una estera: «Ogbuefi Ndulue», lo llamó tres veces, y se volvió a su cabaña. Cuando la esposa más joven volvió a llamarla para que asistiera al lavado del cadáver, se la encontró tendida en la estera, muerta.

— Eso es raro, en verdad —dijo Okonkwo—. Tendrán que aplazar el funeral de Ndulue hasta que hayan enterrado a su mujer.

—Por eso no han tocado el tambor para advertir a Umuofia.

— Siempre se dijo que Ndulue y Ozoemena eran como una sola persona — dijo Obierika—. Recuerdo que cuando yo era un muchacho había una canción sobre ellos. El no podía hacer nada sin decírselo a ella.

— No lo sabía —comentó Okonkwo—. Creía que de joven había sido un hombre fuerte.

— Y sí que lo era —dijo Ofoedu.

Okonkwo meneó la cabeza en señal de duda.

— En aquellos tiempos era el jefe de

Okonkwo estaba empezando a volver a sentirse como en los viejos tiempos. Lo único que necesitaba era algo que le ocupara la cabeza. Si hubiera matado a Ikemefuna durante la atareada estación de la siembra o la de la recolección no hubiera sido tan malo; habría tenido la cabeza ocupadísima con el trabajo. Pero, a falta de trabajo, lo mejor era pasar el tiempo de charla.

Poco después de que se marchara Ofoedu, Okonkwo tomó su bolsa de piel de cabra para irse.

— Tengo que irme a sajar las palmas para la tarde —dijo.

— ¿Quién te saja las palmas altas? — preguntó Obierika.

— Umezulike —replicó Okonkwo.

— A veces lamento haber tomado el título de ozo —dijo Obierika—. Me duele el corazón cuando veo a esos muchachos que matan las palmas y dicen que es por la extracción.

— Es verdad, tienes razón —afirmó Okonkwo—. Pero hay que obedecer las leyes del país.

— No sé cómo nos vino esa ley —dijo Obierika—. Hay muchos otros clanes en los que a un hombre con título no le está prohibido trepar a la palma. Aquí decimos que no puede trepar al árbol alto, pero que puede sajar los bajos si se queda en tierra. Es como Dimaragana, que no quería prestar su cuchillo para cortar carne de perro porque cortar carne de perro era tabú para él, pero se brindó a despedazarlo con los dientes.

— A mí me parece bien que nuestro clan tenga en gran estima el título de ozo —

dijo Okonkwo—. En esos otros clanes de los que hablas el ozo es tan bajo que lo toman todos los mendigos.

— Estaba hablando en broma —comentó Obierika—. En Abami y Aninta el título vale menos de dos cauríes. Todo el mundo lleva la cinta del título en el tobillo y no lo pierde, aunque sea un ladrón.

— Verdaderamente han manchado el título de ozo —dijo Okonkwo al ponerse en pie para irse.

— Ya falta poco pata que lleguen mis

— Vuelvo en seguida —dijo Okonkwo mirando la posición del sol.

Cuando volvió Okonkwo había siete hombres en la cabaña de Obierika. El pretendiente era un joven de unos veinticinco años, y con él estaban su padre y su tío. Al lado de Obierika estaban sus dos hermanos mayores y Maduka, su hijo de dieciséis años.

— Dile a la madre de Akueke que nos mande unas nueces de cola —dijo Obierika a su hijo. Maduka desapareció en el recinto como un relámpago. Inmediatamente la conversación se centró en él y todo el mundo convino en que era más listo que el hambre.

—A veces creo que es demasiado listo — dijo Obierika, con una cierta indulgencia—. Casi nunca anda a paso normal. Siempre va a toda prisa. Si lo envías a un recado, se echa a correr antes de oír la mitad del encargo.

—Tú también eras así —dijo su hermano mayor—. Como dice nuestro proverbio: «Cuando la vaca madre rumia, las terneras le miran la boca.» Maduka te ha estado mirando la boca.

Mientras hablaba volvió el muchacho, seguido de su hermanastra Akueke, que llevaba un plato de madera con tres nueces de cola y granos de cubeba. Dio el plato al hermano mayor de su padre y después, muy tímida, dio la mano a su pretendiente y a los parientes de éste. Tenía unos dieciséis años y ya estaba lista para el matrimonio. Su pretendiente y sus parientes examinaron aquel cuerpo joven con ojos expertos, como pata asegurarse de que era guapa y estaba madura.

Llevaba el pelo peinado de tal forma que terminaba en una cresta en medio de la cabeza. En la piel se había frotado un poco de madera de camote, y por todo el cuerpo tenía dibujos negros hechos con *uli*. Llevaba un collar negro que le daba tres vueltas justo encima de los pechos, llenos y turgentes. En los brazos llevaba pulseras rojas y amarillas, y a la cintura cuatro o cinco filas de *jigida*, o cuentas de cinturón.

Cuando les hubo estrechado la mano a todos, o mejor dicho, alargado la mano para que se la estrechasen, se volvió a la cabaña de su madre para ayudar en la cocina.

— Primero quítate las *jigida* —le advirtió su madre cuando se acercó a la chimenea para llevarle la mano de almirez, que estaba apoyada en la pared—. Todos

los días te digo que las *jigida* y el fuego no se llevan bien. Pero nunca me escuchas. Tienes las orejas de adorno, no para escuchar. Un día de éstos tus *jigida* se te van a incendiar en la cintura y entonces te vas a enterar.

Akueke se fue al otro extremo de la cabaña y empezó a quitarse las cuentas de la cintura. Había que hacerlo con calma y cuidado, levantando cada tira por separado, porque si no se rompían y había que volver a enfilar las mil cuentas diminutas con que estaban hechas. Fue frotando hacia abajo cada una de las tiras hasta que le pasaron por debajo de las nalgas y cayeron al suelo, a sus pies.

En el *obi* los hombres ya habían empezado a beber el vino de palma que había traído el pretendiente de Akueke. Era un vino muy bueno y fuerte, pues pese a la fruta de palma colgada de la boca del cántaro para contener la fuerza del licor, salía espuma blanca que caía al suelo.

— Este vino es obra de un buen extractor —dijo Okonkwo.

El joven pretendiente, que se llamaba Ibe, lanzó una gran sonrisa y le dijo a su padre:

— ¿Has oído? —después dijo a los demás—: Nunca reconoce que me sale muy bien.

— Ha matado tres de mis mejores palmas con sus extracciones —dijo su padre, Ukegbu.

— Eso fue hace unos cinco años — dijo Ibe, que había empezado a servir el vino —, antes de que aprendiera a hacerlo bien —llenó el primer cuerno y se lo pasó a su padre. Después sirvió a los demás. Okonkwo sacó su gran cuerno de la bolsa de piel de cabra, sopló en él para eliminar el polvo que pudiera quedar y se lo dio a Ibe para que se lo llenara.

Mientras bebían, los hombres hablaron de todo excepto del asunto para el que se habían reunido. Hasta que no se vació el cántaro no carraspeó el padre del pretendiente para anunciar el objeto de su visita.

Entonces Obierika le pasó un montoncito de palillos.

Ukegbu los contó.

— ¿Hay treinta? —preguntó. Obierika asintió.

— Por fin estamos llegando a alguna parte —dijo Ukegbu, y después, volviéndose a su hermano y su hijo, dijo—: Vamos fuera a susurrar juntos.

Se levantaron los tres y salieron. Cuando volvieron, Ukegbu le volvió a dar los palitos a Obierika. Este los contó; sólo había quince, en lugar de treinta. Se los pasó a su hermano mayor, Machi, quien también los contó, y dijo:

— No habíamos pensado en bajar de treinta. Pero como dijo el perro: «Si yo caigo por, ti y tú caes por mí, entonces es que estamos jugando.» El matrimonio debe ser un juego y no una pelea; por eso volvemos a caernos —después de decir lo cual añadió diez palillos a los quince y le dio el montón a Ukegbu.

Así, el precio de novia de Akueke acabó por convenirse en veinte bolsas de cauríes. Cuando las dos partes llegaron a este acuerdo ya había caído el sol.

— Ve a decirle a la madre de Akueke que ya hemos terminado —dijo Obierika a su hijo Maduka. Casi inmediatamente llegó la mujer con un gran cuenco de fufú. Siguió la segunda mujer de Obierika con una olla de sopa, y Maduka traía un cántaro de vino de palma.

Mientras los hombres comían y bebían el vino de palma hablaron de las costumbres de sus vecinos.

— Nada más que esta mañana —dijo Obierika estábamos hablando Okonkwo y yo de Abama y Aninta, donde los hombres se suben a los árboles y les preparan el fufú a sus mujeres.

— Todas sus costumbres son muy extrañas. No deciden el precio de la novia como nosotros, con palillos. Discuten y regatean como si estuvieran comprando una cabra o una vaca en el mercado.

— Eso está muy mal —dijo el hermano mayor de Obierika—. Pero lo que está bien en un sitio está mal en otro. En Umunso no regatean en absoluto, ni siquiera con palillos. El pretendiente sigue llevando bolsas de cauríes hasta que sus parientes políticos le dicen que basta. Es una mala costumbre porque siempre lleva a peleas.

— El mundo es muy grande —dijo Okonkwo—. Hasta he oído decir que en algunas tribus los hijos de los hombres pertenecen a las mujeres y sus familias.

— Eso es imposible —dijo Machi—. Es como decir que la mujer se pone encima del hombre cuando están haciendo los hijos.

— Es como la historia de los hombres blancos, que, según dicen, son tan blancos como este trozo de tiza —dijo Obierika, levantando el trozo de tiza que todo hombre tenía en su *obi* y con el cual sus invitados trazaban rayas en el suelo antes de comer las nueces de cola—. Y dicen que esos hombres blancos no tienen dedos en los pies.

— ¿Y nunca los has visto? —preguntó Machi.

— ¿Y tú? —preguntó Obierika.

— Hay uno que pasa por aquí muchas veces —dijo Machi—. Se llama Amadi.

Los que conocían a Amadi se echaron a reír. Era un leproso, y la forma cortés de designar la lepra era «piel blanca».

Capítulo IX

OKONKWO durmió por primera vez en tres noches. Se despertó una vez en medio de la noche y volvió a recordar los últimos tres días sin que el recuerdo le hiciera sentirse intranquilo. Empezó a preguntarse por qué se había sentido incómodo en absoluto. Era como un hombre que se pregunta a plena luz del día por qué le había parecido tan terrible el sueño que tuvo de noche. Se estiró y se rascó el muslo donde le había picado un mosquito mientras dormía. Otro le zumbaba cerca de la oreja izquierda. Se dio un cachete y esperó haberlo matado. ¿Por qué siempre le buscan las orejas a uno? Cuando era niño su madre le había contado un cuento al respecto. Pero era tan tonto como todas las historias de mujeres. El Mosquito, le dijo, había pedido a la Oreja que se casara con él, y ante eso la Oreja se cayó al suelo sin poder controlar la risa. «¿Cuánto tiempo te crees que vas a vivir?», le preguntó. «Ya estás hecho un esqueleto.» El Mosquito se marchó humillado y cada vez que pasaba por allí hacía saber a la Oreja que seguía vivo.

Okonkwo se dio la vuelta y volvió a dormirse. A la mañana lo despertó alguien que llamaba a la puerta.

— ¿Quién es? —gruñó. Sabía que debía ser Ekwefi.

De sus tres esposas, Ekwefi era la única que tendría la audacia de llamar a la puerta.

— Ezinma está muriéndose —le contestó, y en aquellas palabras se resumían todas las tragedias y las penas de su vida.

Okonkwo saltó de la cama, descorrió el cerrojo de la puerta y fue corriendo a la cabaña de Ekwefi.

Ezinma yacía tiritando en una estera junto al fuego que su madre había mantenido encendido toda la noche.

— Es *iba* —dijo Okonkwo, y agarró el machete y se fue a la sabana a cortar las hojas y las hierbas y las cortezas del árbol que hacían falta para hacer la medicina contra el *iba*.

Ekwefi se arrodilló junto a la niña enferma tocándole de vez en cuando la frente húmeda y ardiente con la palma de la mano.

Ezinma era hija única y el centro del mundo de su madre. Muchas veces era Ezinma la que decidía qué comida debía preparar su madre. Ekwefi incluso le daba golosinas, como huevos, que raras veces se permitía comer a los niños porque los tentaban al robo. Un día que Ezinma estaba comiéndose un huevo entró Okonkwo inesperadamente en la cabaña. Se sintió escandalizado y juró que le daría una paliza a Ekwefi si osaba volverle a dar huevos a la niña. Pero a Ezinma era imposible negarle nada. Después de la regañina de su padre se aficionó todavía más a los huevos. Y lo que más le gustaba era que ahora se los comía en secreto. Su madre siempre la

llevaba al dormitorio y cerraba la puerta.

Ezinma no llamaba a su madre *Nne*, como todos los niños. La llamaba por su nombre, *Ekwefi*, igual que hacían su padre y otros adultos. La relación que tenían no era sólo la de madre e hija. Contenía un elemento de compañerismo entre iguales, que se reforzaba con pequeñas conspiraciones como la de irse al dormitorio a comer huevos.

Ekwefi había sufrido mucho en la vida. Había tenido diez hijos y nueve de ellos habían muerto en la infancia, por lo general antes de cumplir los tres años. A medida que iba enterrando a un hijo tras otro, su pena fue convirtiéndose en desesperación y, por último, en una resignación sombría. El nacimiento de sus hijos, que debería ser la mayor gloria de una mujer, se convirtió para *Ekwefi* en una mera agonía física carente de toda promesa. La ceremonia de ponerles el nombre al cabo de siete semanas de mercado se convirtió en un ritual huero. Su creciente desesperación encontró expresión en los nombres que ponía a sus hijos. Uno de ellos era un grito patético, *Onwumbiko* —«¡Muerte, te suplico!»—. Pero la Muerte no hizo caso y *Onwumbiko* murió al decimoquinto mes. La siguiente fue una niña, *Ozoemena* —«Que no vuelva a ocurrir otra vez»—. Murió en su undécimo mes, y después de ella otros dos. Entonces *Ekwefi* se puso desafiante y llamó a su siguiente hijo *Onwuma* —«Que la muerte haga lo que quiera»—. Y lo hizo.

Tras la muerte del segundo hijo de *Ekwefi*, *Okonkwo* fue a ver a un chamán que además era adivino del Oráculo *Afa* y le preguntó qué era lo que pasaba. Aquel hombre le dijo que el niño era un *ogbanje*, uno de esos niños malvados que cuando mueren regresan a los vientres de sus madres para volver a nacer.

— Cuando vuelva a quedarse embarazada tu mujer —le dijo—, que no duerma en su cabaña. Que se vaya a quedar con su familia. Así escapará a su perverso torturador y romperá su maléfico círculo de nacimiento y muerte.

Ekwefi hizo lo que le decían. En cuanto se quedó embarazada se fue a vivir con su anciana madre en otro pueblo. Allí fue donde nació su tercer hijo y donde lo circuncidaron al octavo día. No volvió al recinto de *Okonkwo* hasta tres días antes de la ceremonia del nombre. Era el niño llamado *Onwumbiko*.

A *Onwumbiko* no lo enterraron normalmente cuando murió. *Okonkwo* llamó a otro chamán famoso en el clan por sus conocimientos sobre los niños *ogbanje*. Se llamaba *Okagbue Uyanwa*. *Okagbue* era un hombre imponente, alto. Con una gran barba y la cabeza calva. Tenía la piel clara y los ojos rojos y ardientes. Siempre rechinaba los dientes al escuchar a quienes venían a consultarlo. Hizo varias preguntas a *Okonkwo* acerca del niño muerto. Todos los vecinos y los parientes que habían venido al duelo se agruparon en torno a ellos.

— ¿Qué día de mercado nació? — preguntó.

— Oye —respondió *Okonkwo*.

— ¿Y murió esta mañana?

Okonkwo dijo que sí y hasta aquel momento no advirtió que el niño había muerto en el mismo día de mercado en que había nacido. También los vecinos y los parientes advirtieron la coincidencia y se dijeron entre sí que era muy significativo.

— ¿Dónde te acuestas con tu mujer, en tu *obi* o en su cabaña? — preguntó el chamán.

— En su cabaña.

— En adelante, dile que venga a tu *obi*.

Entonces el chamán ordenó que no se celebrara duelo por el niño muerto. Sacó una navaja muy afilada de la bolsa de piel de cabra que llevaba colgada al hombro izquierdo y empezó a mutilar al niño. Después se lo llevó para enterrarlo en el Bosque del Mal, agarrado por el tobillo y arrastrándolo por el suelo detrás de él. Tras un trato así se lo pensaría dos veces antes de volver, salvo que fuera uno de esos tercos que volvían i con la huella de su mutilación: un dedo menos o quizá una raya oscura donde los había cortado la navaja del chamán.

Cuando murió Onwumbiko, Ekwefi se convirtió en una mujer muy amargada. La primera esposa de su marido ya había tenido tres hijos varones, todos ellos sanos y robustos. Cuando dio a luz a su tercer hijo varón seguido, Okonkwo había matado una cabra adulta en su honor, como era costumbre. Ekwefi le deseaba todo lo mejor. Pero estaba tan amargada con su propio chi que no podía celebrar) con todos los demás la buena fortuna familiar. Y por eso, el día en que la madre de Nwoye celebró el nacimiento de sus tres hijos varones con una fiesta y música, Ekwefi fue la única persona de toda la alegre compañía que andaba con el ceño fruncido. La esposa de su marido lo interpretó como indicio de malevolencia, como solía ocurrir con las otras esposas de los maridos. ¿Cómo iba a saber que la amargura de Ekwefi no fluía hacia afuera, hacia los demás, sino hacia adentro, hacia su propia alma, que no reprochaba a los demás su buena suerte, sino a su propio chi malvado, que se la negaba a ella?

Por fin nació Ezinma, y aunque era enfermiza, parecía estar decidida a vivir. Al principio Ekwefi la aceptó igual que había aceptado a los anteriores: con una resignación sin esperanza. Pero cuando sobrevivió hasta cumplir los cuatro, los cinco y los seis años, la madre volvió a recuperar el sentido del amor y, con el amor, la preocupación. Decidió cuidar a su hija hasta que se pusiera sana, y se entregó a ello en cuerpo y alma. Su recompensa fueron breves temporadas de buena salud durante las cuales Ezinma rebosaba de energía, como el vino de palma nuevo. En aquellos momentos parecía estar fuera de peligro. Pero de pronto volvía a dar un bajón. Todo el mundo sabía que era una ogbanje. Aquellos altibajos repentinos de salud y de enfermedad eran típicos de su especie. Pero había vivido tanto tiempo que quizá hubiera decidido quedarse. Algunos de ellos se cansaban efectivamente de aquellas rondas constantes de nacimiento y muerte o se compadecían de sus madres y se

quedaban. Ekwefi creía en el fondo de su alma que Ezinma había venido para no volverse a ir. Lo creía porque aquella fe era lo único que le daba algún sentido a su propia vida. Y aquella fe se había visto reforzada como hacía más o menos un año un chamán había sacado a la superficie el *iyi-uwa* de Ezinma. Entonces todo el mundo comprendió que iba a vivir, porque se había roto su vínculo con el mundo de los *ogbanje*. Ekwefi se sintió segura. Pero tal era la ansiedad que sentía por su hija que no podía deshacerse totalmente de sus temores. Y aunque creía que el *iyi-uwa* extraído era verdadero, tampoco podía pasar por alto que algunos de los niños verdaderamente malvados engañaban a veces a la gente para que se extrajera uno falso.

Pero el *iyi-uwa* de Ezinma parecía efectivamente verdadero. Era un canto rodado envuelto en un trapo sucio que lo había extraído era el mismo Okagbue, famoso en todo el clan por su conocimiento de estas cosas. Al principio, Ezinma no había querido cooperar con él. Pero aquello era previsible. Ningún *ogbanje*, iba a revelar sus secretos fácilmente, y casi ninguno de ellos lo hacía, porque morían demasiado jóvenes, antes de que se les pudieran hacer preguntas.

— ¿Dónde enterraste tu *iyi-uwa*? — había preguntado Okagbue a Ezinma. Entonces ésta tenía nueve años y acababa de recuperarse de una grave enfermedad.

— ¿Qué es *iyi-uwa*? —preguntó en respuesta.

— Ya sabes lo que es. Lo has enterrado en la tierra no se sabe dónde para poderte morir y volver a atormentar a tu madre una vez más.

Ezinma miró a su madre, que tenía la mirada, triste e implorante, clavada en ella.

— Responde inmediatamente a la pregunta que te han hecho —rugió Okonkwo, que estaba a su lado. Estaba presente toda la familia y también algunos de los vecinos.

— Déjamela a mí —dijo el chamán a Okonkwo con voz fría y confiada. Se volvió otra vez a Ezinma—: ¿Dónde enterraste tu *iyi-uwa*?

— Donde se entierra a los niños —replicó ella, y los espectadores murmuraron en voz baja entre ellos.

— Entonces, ven a enseñarme el sitio —dijo el chamán.

La multitud se puso en marcha, con Ezinma abriendo camino y Okagbue siguiéndola muy de cerca. Después iba Okonkwo y detrás de él Ekwefi. Cuando Ezinma llegó al camino principal giró a la izquierda como si fuera al arroyo.

— Pero, ¿no dijiste que era donde se entierra a los niños? —preguntó el chamán.

— No —dijo Ezinma, cuyo sentimiento de importancia se advertía en su forma animada de andar. A veces se echaba a correr y luego se paraba de repente. La multitud la seguía en silencio. Las mujeres y los niños que venían del río con cántaros de agua en la cabeza se preguntaban qué pasaba hasta que vieron a Okagbue y supusieron que tendría algo que ver con los *ogbanje*.

Y todos conocían muy bien a Ekwefi y su hija.

Cuando Ezinma llegó al gran árbol udala giró a la izquierda, hacia la espesura y la multitud la siguió. Como era bajita se abrió camino entre los árboles y las lianas a mayor velocidad que sus seguidores. La espesura hormigueaba con las pisadas en las hojas secas y los palitos caídos y al apartarse las ramas de los árboles. Ezinma siguió adentrándose y la multitud la siguió. Después Ezinma se dio la vuelta de repente y empezó a volver sobre sus pasos hacia el camino. Todo el mundo se hizo a un lado para dejarla pasar y después la fue siguiendo.

— Si nos has hecho recorrer todo este camino para nada, te voy a dar una paliza que te vas a acordar —amenazó Okonkwo.

— Te he dicho que la dejes en paz. Yo sé lo que hay que hacer con éstos — recordó Okagbue.

Ezinma los llevó otra vez al camino, miró a derecha e izquierda y torció a la derecha. De forma que volvieron todos a casa.

— ¿Dónde has enterrado tu *iyi-uwa*? —preguntó Okagbue cuando por fin se detuvo Ezinma al lado del *obi* de su padre. A Okagbue no le había cambiado la voz. Hablaba en tono calmado y confiado.

— Al lado de aquel naranjo —dijo Ezinma.

— ¿Y por qué no lo has dicho, hija malvada de Akalogoli? — juró furioso Okonkwo. El chamán no le hizo caso.

— Ven a enseñarme el sitio exacto — dijo en voz baja a Ezinma.

— Aquí es —dijo la niña cuando llegaron al árbol.

— Señala el sitio exacto con el dedo —dijo Okagbue.

— Aquí es —dijo Ezinma, tocando la tierra con el dedo. Okonkwo se quedó a su lado, gruñendo como el trueno en la estación de las lluvias.

— Que me traigan una azada —dijo Okagbue.

Cuando Ekwefi trajo la azada, Okagbue ya había puesto en el suelo su bolsa de piel de cabra y su túnica y estaba en paños menores, una tira de paño larga y estrecha enrollada en torno a la cintura como un cinturón y que luego le pasaba entre las piernas y se anudaba por la parte trasera del cinturón. Inmediatamente se puso a cavar donde había indicado Ezinma. Los vecinos se quedaron sentados y observando cómo iba ahondándose el pozo. Al cabo de poco tiempo el suelo de arriba, rojo oscuro, dejó aparecer una tierra de color rojo claro con la que las mujeres frotaban los pisos y las paredes de las cabañas. Okagbue trabajaba incansable y en silencio, con la espalda reluciente de sudor. Okonkwo se quedó al lado del pozo. Pidió a Okagbue que subiera y descansara mientras él echaba una mano. Pero Okagbue dijo que todavía no estaba cansado.

Ekwefi se fue a su cabaña a cocinar unos ñames. Su marido había traído más ñames que de costumbre porque había que darle de comer al chamán. Ezinma se fue

con ella y la ayudó a preparar los tubérculos.

— Hay demasiada verdura —comentó.

— ¿No ves que la olla está llena de ñames? —preguntó Ekwefi—. Y ya sabes que las hojas se encogen cuando se cocinan.

— Sí —dijo Ezinma—, por eso mató a su madre el lagarto-serpiente.

— Es verdad —dijo Ekwefi.

— Le dio a su madre siete cestos de verduras que guisar y al final no quedaban más que tres. Y por eso la reató — dijo Ezinma.

— El cuento no acaba ahí.

— Ajá —dijo Ezinma—. Ahora recuerdo. Trajo otros siete cestos y se los guisó él. Y no volvieron a quedar más que tres. Y entonces fue cuando él mismo se suicidó.

Al lado del *obi*, Okagbue y Okonkwo seguían excavando el pozo para averiguar dónde había enterrado Ezinma su *iyi-uwa*. Los vecinos seguían sentados, observándolos. El pozo era tan profundo ya que no se veía a los que cavaban. No se veía más que la tierra roja que formaba un montón cada vez más alto. Nwoye, el hijo de Okonkwo, estaba al lado del borde del pozo, porque quería enterarse de todo lo que pasaba.

Okagbue había vuelto a hacerse cargo de la excavación después de Okonkwo. Como de costumbre, trabajaba en silencio. Ahora los vecinos y las esposas de

Okonkwo se habían puesto a charlar. Los niños se habían aburrido y se habían puesto a jugar.

De pronto, Okagbue saltó a la superficie con la agilidad de un leopardo.

— Ya nos acercamos —dijo—. Lo he sentido.

Todo el mundo se puso muy nervioso, y los que estaban sentados se pusieron en pie de un salto.

— Llama a tu mujer y a tu hija —dijo Okagbue a Okonkwo. Pero Ekwefi y Ezinma habían oído el ruido y se acercaban corriendo a ver qué pasaba.

Okagbue volvió al pozo, que ya estaba rodeado de espectadores. Tras unas cuantas azadas más de tierra dio con el *iyi-uwa*. Lo levantó cuidadosamente con la azada y lo tiró a la superficie. Algunas mujeres se echaron a correr de miedo cuando lo sacó. Pero en seguida volvieron y todo el mundo se puso a contemplar el trapo desde una distancia prudente. Okagbue salió del pozo y, sin decir una palabra, ni siquiera mirar a los espectadores, fue a donde estaba su bolsa de piel de cabra, sacó de ella dos hojas y empezó a mascarlas. Después de tragárselas, cogió el trapo con la mano izquierda y empezó a desatarlo. Y entonces cayó el canto rodado reluciente. Lo recogió.

— ¿Es tuyo esto? —preguntó a Ezinma.

— Sí —replicó ésta. Todas las mujeres gritaron de alegría porque por fin habían terminado las penas de Ekwefi.

Todo aquello había ocurrido hacía más de un año, y desde entonces Ezinma no había vuelto a ponerse enferma. Y después, de pronto, aquella noche había empezado a tiritar. Ekwefi la había llevado junto a la cocina, le había puesto una estera en el suelo y había encendido el fuego. Pero cada vez estaba peor. Mientras se arrodillaba a su lado, tocándole con la palma de la mano la frente húmeda y ardiente, rezó mil veces. Aunque las esposas de su marido decían que no era más que *iba*, ella no las oía.

Okonkwo volvió del bosque trayendo un gran montón de hierba y de hojas, de raíces y de cortezas de árboles y arbustos medicinales al hombro izquierdo. Fue a la cabaña de Ekwefi, dejó su carga y se sentó.

— Dame una olla —dijo— y deja a la niña en paz.

Ekwefi se levantó a traerle la olla y Okonkwo seleccionó lo mejor que había en el montón, en las proporciones debidas, y lo fue cortando. Lo puso todo en la olla y Ekwefi puso algo de agua.

— ¿Basta así? —preguntó después de verter casi la mitad del agua del cuenco.

— Un poco más... He dicho un poco. ¿Estás sorda? —le gritó Okonkwo.

Entonces ella puso la olla en el fuego y Okonkwo recuperó su machete para volver a su *obi*.

— Tienes que estar muy atenta a la olla —le dijo d! irse—, y no dejar que recueza. Si se sale se le irá la fuerza —se fue a su cabaña y Ekwefi empezó a cuidar de la olla de la medicina casi como si la misma olla fuera una niña enferma. No cesaba de mirar a Ezinma, a la olla, y volver a Ezinma.

Okonkwo regresó cuando pensó que la medicina ya llevaba bastante tiempo de cocción. La miró y dijo que ya estaba.

— Trae un taburete bajo pata Ezinma —dijo—, con una estera bien gorda.

Sacó la olla del fuego y la puso frente al taburete. Después despertó a Ezinma y la sentó en el taburete, encima de la olla hirviente. Puso la estera gruesa por encima. Ezinma trató de escapar del vapor que la envolvía y la ahogaba, pero no se lo permitieron. Se echó a llorar.

Cuando por fin le quitaron de encima la estera, estaba bañada en sudor. Ekwefi la secó con un paño, la puso en una estera seca y en seguida se quedó dormida.

Capítulo X

EN el *ilo* del pueblo empezó a congregarse el gentío en cuanto empezó a bajar un poco el calor del sol y ya no picaba en el cuerpo. La mayor parte de las ceremonias comunitarias se celebraban a aquella hora del día, de manera que incluso cuando se decía que una ceremonia empezaría «después de la comida del mediodía» todo el mundo sabía que empezaría mucho después, cuando remitiera el calor del sol.

Por la forma en que la multitud aguardaba de pie o sentada se advertía que se trataba de una ceremonia para hombres. Había muchas mujeres, pero miraban desde fuera, como ajenas a lo que pasaba. Los hombres con títulos y los ancianos estaban sentados en sus taburetes esperando a que empezaran las pruebas. Frente a ellos había una fila de taburetes sin ocupar. Había nueve de éstos. A una distancia considerable de los taburetes había dos grupitos de gente. Estaban frente a los ancianos. En un grupo había tres hombres y en el otro tres hombres y una mujer. La mujer era Mgbafo y los tres hombres que estaban con ella eran sus hermanos. En el otro grupo estaban su marido, Uzowulu, y los parientes de éste. Mgbafo y sus hermanos estaban inmóviles como esas estatuas en cuyas caras el artista ha esculpido el desafío. En cambio, Uzowulu y sus parientes hablaban en susurros. Parecían susurros, pero en realidad hablaban a voz en cuello. Todos los asistentes estaban hablando. Era como en el mercado. A lo lejos, el ruido era como un zumbido sordo que se llevaba el viento.

Sonó un gong de hierro que despertó una enorme expectativa en la multitud. Todo el mundo miró en dirección de la casa de los *egwugwu*. *Gome, gome, gome, gome*, dijo el gong, y una flauta muy fuerte lanzó unas notas altísimas. Entonces llegaron las voces de los *egwugwu*, guturales y espantosas. Su ola rompió en las mujeres y los niños y se produjo una estampida hacia atrás. Pero fue momentánea. Ya estaban lo bastante lejos y quedaba sitio para echarse a correr si alguno de los *egwugwu* venía hacia ellos.

Volvió a sonar el tambor y a pitar la flauta. Ahora la casa de los *egwugwu* era un pandemónium de voces temblorosas. Los *¡Aru oyim de de de de dei!* llenaron el aire cuando los espíritus de los antepasados, recién surgidos de la tierra, se saludaron los unos a los otros en su idioma esotérico. La casa de los *egwugwu* de la que salían estaba frente al bosque, del otro lado de la multitud, que no veía más que la trasera con los dibujos multicolores y los trazos hechos por mujeres especialmente elegidas a intervalos periódicos. Aquellas mujeres nunca veían el interior de la cabaña. No podía entrar ninguna mujer. Limpiaban y pintaban las paredes exteriores bajo la supervisión de hombres. Si se imaginaban lo que había en el interior se guardaban sus suposiciones. Ninguna mujer hacía preguntas acerca del culto más importante y más secreto del clan.

¡Aru oyim de de de dei!, resonó en torno a la oscura cabaña cerrada como si lo pronunciaran lenguas de fuego. Los espíritus ancestrales del clan habían salido.

El gong de metal golpeaba ahora continuamente y la flauta, aguda y fuerte, flotaba sobre el caos.

Y entonces aparecieron los *egwugwu*. Las mujeres y los niños lanzaron grandes gritos y pusieron pies en polvorosa. Era algo instintivo. En cuanto aparecía un *egwugwu* todas las mujeres huían. Y cuando, como ocurrió aquel día, salían juntos nueve de los mayores espíritus enmascarados del clan, era un espectáculo aterrador. Hasta Mgbafo se echó a correr y sus hermanos tuvieron que retenerla.

Cada uno de los nueve *egwugwu* representaba a uno de los pueblos del clan. Su jefe se llamaba Bosque del Mal. De la cabeza le salía humo.

Los nueve pueblos de Umuofia habían sido fundados por los nueve hijos del primer padre del clan. El Bosque del Mal representaba al pueblo de Umueru, o los hijos de Eru, que era el mayor de los nueve hijos.

— *¡Umuofia kwenu!* —gritó el primer *egwugwu*, dando golpes al aire con brazos de rafia. Los ancianos del clan respondieron:

— *¡Yaa!*

— *¡Umuofia kwenu!*

Yaa!

Entonces el Bosque del Mal clavó en tierra la punta de su báculo con cascabeles. Y el báculo empezó a agitarse y a resonar, como algo agitado por una vida metálica. Tomó el primero de los taburetes vacíos y los otros ocho *egwugwu* empezaron a sentarse tras él por orden de antigüedad.

Las esposas de Okonkwo, y quizá también otras mujeres, podrían haber advertido que el segundo *egwugwu* tenía el paso ágil de Okonkwo. Y quizá también hubieran advertido que Okonkwo no figuraba entre los hombres con títulos y los ancianos que estaban sentados tras la fila de *egwugwu*. Pero si lo pensaban se lo tuvieron callado. El *egwugwu* de paso ágil era uno de los padres muertos del clan. Tenía un aspecto terrible, con el cuerpo de rafia ennegrecida al humo, una careta enorme de madera pintada de blanco salvo los ojos redondos ahuecados y los dientes quemados que tenían el tamaño de los dedos de un hombre. En la cabeza llevaba dos grandes cuernos.

Cuando todos los *egwugwu* estuvieron sentados y fue bajando el ruido de tantos cascabeles y carracas como llevaban en el cuerpo, el Bosque del Mal dirigió la palabra a los dos grupos de gente que estaban frente a ellos.

— Cuerpo de Uzowulu, te saludo —dijo. Los espíritus siempre calificaban a los seres humanos de «cuerpos». Uzowulu se inclinó y tocó la tierra con la mano derecha como signo de sumisión.

— Padre nuestro, he tocado el suelo con la mano —dijo.

— Cuerpo, ¿me conoces? —preguntó el espíritu de Uzowulu.

— ¿Cómo puedo conocerte, padre? Estás más allá de nuestro conocimiento.

El Bosque del Mal se volvió entonces al otro grupo y se dirigió al mayor de los tres hermanos.

— El cuerpo de Odukwe, te saludo —dijo. Y Odukwe se inclinó y tocó la tierra. Entonces comenzó la audiencia.

Uzowulu dio un paso al frente y expuso su caso.

— Esa mujer que está de pie ahí es mi esposa, Mgbafo. La desposé con mi dinero y mis ñames. No debo nada a mis parientes políticos. No les debo ñames. No les debo cocos. Una mañana vinieron tres de ellos a mi casa, me dieron de golpes y se llevaron a mi mujer y mis hijos. Eso pasó en la estación de las lluvias. Esperé en vano a que volvieran mi mujer y mis hijos. Por fin fui a ver a mis parientes políticos y les dije: «Os habéis llevado a vuestra hermana. Yo no la repudié. Os la habéis llevado vosotros. La ley del clan es que tenéis que devolver el precio que pagué por ella.» Pero los hermanos de mi mujer dijeron que no tenían nada que decirme. Por eso he expuesto mi caso a los padres del clan. He dicho. Os saludo.

— Has dicho bien —dijo el jefe de los *egwugwu*—. Vamos a escuchar a Odukwe. Es posible que también diga bien.

Odukwe era bajo y fornido. Dio un paso al frente, saludó a los espíritus e inició su narración.

— Mi pariente político os ha dicho que fuimos a su casa, le dimos una paliza y nos llevamos a su mujer y sus hijos. Todo eso es cierto. Os ha dicho que vino a recuperar lo que había pagado por su mujer y que nos negamos a dárselo. Eso también es cierto. Mi pariente político Uzowulu es un animal. Mi hermana ha vivido nueve años con él. En esos años no hubo un solo día del cielo en el que no diera de golpes a su mujer. Tratamos de resolver sus peleas incontables veces y en cada ocasión Uzowulu era culpable de...

— ¡Es mentira! —gritó Uzowulu.

— Hace dos años —continuó Odukwe—, cuando estaba embarazada le dio una paliza que le hizo abortar.

— Es mentira. Tuvo un aborto después de acostarse con su amante.

— Cuerpo de Uzowulu, te saludo — dijo el Bosque del Mal callándolo—. ¿Qué clase de amante se va a acostar con una mujer embarazada? —lo que produjo un murmullo de aprobación entre la multitud. Odukwe continuó.

— El año pasado, cuando mi hermana estaba recuperándose de una enfermedad, le volvió a dar tal paliza que si no hubieran acudido los vecinos la habría matado. Nos enteramos e hicimos lo que os ha dicho. La ley de Umuofia es que si una mujer se escapa de casa de su marido hay que devolver el precio que se pagó por ella. Pero en este caso escapó para salvar la vida. Sus dos hijos pertenecen a Uzowulu. No lo

discutimos, pero son demasiado pequeños para separarlos de su madre. En cambio, si Uzowulu se recuperase de su locura y viniera como procede a pedir a su esposa que volviera, ella volvería, en el entendimiento de que si jamás vuelve a darle una paliza le cortaremos los genitales.

La multitud rugió de risa. El Bosque del Mal se puso en pie e inmediatamente se restableció el orden. De la cabeza le brotaba constantemente una columna de humo. Se volvió a sentar y llamó a dos testigos. Ambos eran vecinos de Uzowulu y ambos estaban de acuerdo en lo de las palizas. Entonces el Bosque del Mal se puso en pie, sacó el báculo de la tierra y lo volvió a clavar en ella. Dio unos pasos rápidos en dirección a las mujeres; todas ellas se echaron a correr aterradas, pero inmediatamente volvieron a sus sitios. Entonces los nueve *egwugwu* se fueron a consultar en su casa. Se quedaron largo rato en silencio. Después sonó el gong de metal y tocó la flauta. Los *egwugwu* habían vuelto a salir de su casa subterránea. Se saludaron los unos a los otros y volvieron a aparecer en el ilo.

— *¡Umuofia kwenu!* —rugió el Bosque del Mal frente a los ancianos y los grandes del clan.

— *¡Yaa!* —replicó atronadora la multitud, y después cayó el silencio desde el cielo y se tragó el ruido.

El Bosque del Mal empezó a hablar y durante todo el tiempo que estuvo hablando todos guardaron silencio. Los otros ocho *egwugwu* estaban inmóviles, como estatuas.

— Hemos oído a ambas partes en el caso —dijo el Bosque del Mal—. No estamos obligados a acusar a unos ni a elogiar a otros, sino a solventar la disputa —se volvió hacia el grupo de Uzowulu e hizo una breve pausa.

— Cuerpo de Uzowulu, te saludo — dijo.

— Padre nuestro, he tocado el suelo con la mano —replicó Uzowulu tocando la tierra.

— Cuerpo de Uzowulu, ¿me conoces?

— ¿Cómo puedo conocerte, padre? Estás más allá de nuestro conocimiento — replicó Uzowulu.

— Yo soy el Bosque del Mal. Yo mato a un hombre el día que la vida le parece más dulce.

— Eso es cierto —replicó Uzowulu.

— Ve a ver a tus parientes políticos con un cántaro de vino y ruega a tu esposa que vuelva contigo. No es valeroso el hombre que pelea con una mujer —se volvió hacia Odukwe e hizo una breve pausa.

— Cuerpo de Odukwe, te saludo — dijo.

— Tengo la mano en la tierra —replicó Odukwe.

— ¿Me conoces?

— No hay hombre que pueda conocerte —replicó Odukwe.

— Yo soy el Bosque del Mal. Soy Carne—seca—que llena—la—boca. Soy Fuego-que-arde-sin-leña. Si tu pariente político te lleva vino, deja que su mujer vaya con él. Te saludo —sacó el báculo de la dura tierra y volvió a clavarlo en ella.

— ¡*Umuofia kwenu!* —rugió, y la multitud le respondió.

— No entiendo por qué hay que llevar una nadería así ante los *egwugwu* —dijo un anciano a otro.

— ¿No sabes qué género de hombre es Uzowulu? No querría escuchar la decisión de nadie más —respondió el otro.

Mientras hablaban, otros dos grupos de gente habían sustituido a los primeros ante los *egwugwu* y se inició un importante caso de tenencia de tierras.

Capítulo XI

LA oscuridad de la noche era impenetrable. La luna iba saliendo más tarde cada noche y ahora sólo se la veía al amanecer.

Y siempre que la luna estaba ausente al atardecer y salía con el canto del gallo las noches eran negras como el carbón.

Ezinma y su madre se sentaron en una estera tras comerse la cena de fu-fú de ñame y sopa de hojas amargas. Una lámpara de aceite de palma emitía una luz amarillenta. Sin ella hubiera sido imposible comer; no se sabría ni dónde tenía uno la boca en la oscuridad de aquella noche. En cada una de las cuatro cabañas del recinto de Okonkwo lucía una lámpara de aceite, y cada cabaña, vista desde las otras, parecía un ojo suave de media luz amarillenta destacado en la solidez impenetrable de la noche.

El mundo estaba en silencio salvo por los gritos agudos de los insectos, que formaban parte de la noche, y el ruido del mortero y la mano mientras Nwayieke molía su fu-fú. Nwayieke vivía cuatro recintos más allá y era famosa por dejar siempre la cocina para el final. Todas las mujeres del vecindario conocían el ruido del mortero y la mano de Nwayieke. También formaba parte de la noche.

Okonkwo había comido los platos de sus esposas y ahora estaba recostado con la espalda apoyada en la pared. Buscó en la bolsa y sacó el frasquito del rapé. Lo volcó en la palma izquierda, pero no salió nada. Golpeó el frasquito en la rodilla izquierda para sacudir el rapé. Eso era lo que pasaba siempre con el rapé de Okeke. En seguida se ponía húmedo y tenía demasiado salitre. Hacía mucho tiempo de Okonkwo no le compraba rapé. El que sabía hacer buen material era Idigo. Pero hacía poco se había puesto enfermo.

Okonkwo oyó voces bajas, interrumpidas de vez en cuando por canciones, que llegaban de las cabañas de sus esposas, donde las mujeres y los niños contaban cuentos populares. Ekwefi y su hija Ezinma estaban sentadas en una estera en el suelo. Le tocaba el turno a Ekwefi de contar un cuento.

— Érase una vez —empezó— que se invitó a todos los pájaros a una fiesta en el cielo. Estaban contentísimos y empezaron a prepararse para el gran día. Se pintaron las alas de camote rojo y se hicieron unos dibujos preciosos en ellas con *uli*.

»La Tortuga vio todos aquellos preparativos y en seguida descubrió de qué se trataba. Nunca se le escapaba nada de lo que pasaba en el mundo de los animales; era muy astuta. En cuanto se enteró de la gran fiesta en el cielo le empezó a picar la garganta nada más que de pensar en ella. Era una época de hambre y hacía dos lunas que la Tortuga no comía bien. En el caparazón vació el cuerpo le claveteaba como un palo seco. De manera que empezó a pensar en cómo iría al cielo.»

— Pero no tenía alas —dijo Ezinma.

— Ten paciencia —contestó su madre—. Ese es el cuento. La Tortuga no tenía alas, pero se fue a ver a los pájaros y les pidió que la dejaran ir con ellos.

»—Ya te conocemos —dijeron los pájaros cuando la oyeron—. Eres muy astuta y eres desagradecida. Si te dejamos venir con nosotros en seguida empezarás a hacer maldades.

»—No me conocéis —dijo la Tortuga—. He cambiado mucho. He comprendido que quien crea problemas a los demás acaba por creárselos a sí mismo.

»La—Tortuga sabía hablar muy bien y al cabo de poco rato los pájaros quedaron convencidos de que había cambiado mucho, y cada uno de ellos le prestó una pluma con las que se hizo dos alas.

»Por fin llegó el gran día y la Tortuga fue la primera en llegar al punto de la reunión. Cuando se juntaron todos los pájaros, se marcharon en un gran grupo. La Tortuga estaba muy contenta y charlaba mucho mientras volaba entre los pájaros, y pronto la eligieron para que fuese la oradora de la fiesta, porque hablaba muy bien.

»—Hay una cosa muy importante y que no debemos olvidar —dijo, mientras iban volando—. Cuando se invita a la gente a una fiesta así, toman nombres nuevos para la ocasión. Nuestros anfitriones del cielo esperarán que sigamos la costumbre.

»Ninguno de los pájaros había oído hablar de esa costumbre, pero sabían que la Tortuga, pese a sus defectos en otros sentidos, había viajado mucho y conocía las costumbres de diferentes pueblos. De forma que cada uno de ellos tomó un nombre. Cuando todos lo tuvieron, la Tortuga también tomó uno. Se iba a llamar *Todos Vosotros*.

»Por fin llegó el grupo al cielo y sus anfitriones se alegraron mucho de verlos. La Tortuga con su plumaje multicolor, se puso en pie y les dio las gracias por la invitación. Su discurso fue tan elocuente que todos los pájaros celebraron haberla traído y asintieron con las cabezas para mostrar su aprobación a todo lo que decía. Sus anfitriones creyeron que) era el rey de los pájaros, sobre todo porque parecía distinguirse en algo de los demás.

»Después de sacar y comer nueces de cola, las gentes del cielo pusieron ante sus invitados los platos más deliciosos que jamás había visto ni soñado la Tortuga. Trajeron una sopa caliente del fuego y en la misma olla en la que se había hecho. Estaba llena de carne y de pescado. La Tortuga empezó a resoplar muy hondo. Había ñame molido y además potaje de ñame cocinado con aceite de palma y pescado fresco. También había cántaros de vino de palma. Cuando estuvo todo puesto ante los invitados, uno de los anfitriones del cielo se adelantó a probar un poco de cada olla. Después invitó a los pájaros a comer. Pero la Tortuga se puso en pie de un salto y preguntó:

»—¿Para quién habéis preparado todo esto?

»—Para todos vosotros —respondió el anfitrión.

»La Tortuga se volvió hacia los pájaros y les dijo:

»—Recordad que ahora me llamo *Todos Vosotros*. Aquí la costumbre es servir primero al orador y después a todos los demás. Os servirán a vosotros cuando haya terminado yo de comer.

»Empezó a comer y los pájaros empezaron a gruñir enfadados. La gente del cielo pensó que debían tener la costumbre de darle toda la comida a su rey. De manera que la Tortuga se comió casi toda la comida y después se bebió dos ollas de vino de palma, así que se llenó de comida y de bebida y el cuerpo se le infló y le llenó la concha.

»Los pájaros se reunieron a comer lo que quedaba y a picotear los huesos que la Tortuga había dejado por el suelo. Algunos de ellos estaban tan enfadados que no quisieron comer. Prefirieron volver volando con el estómago vacío. Pero antes de marcharse cada uno recuperó la pluma que le había prestado a la Tortuga. Esta, que era una tortuga macho, pidió a los pájaros que le llevaran un recado a su esposa, pero todos se negaron. Al final, el Loro, que había estado más enfadado que los demás, cambió de pronto de opinión y aceptó llevar el recado.

»—Dile a mi esposa —dijo la Tortuga— que saque todas las cosas blandas que hay en mi casa y que las ponga por todo el recinto, de forma que pueda llegar de un salto desde el cielo y no hacerme daño.

»Y el Loro prometió llevar el recado y se echó a volar. Pero cuando llegó a la casa de la Tortuga le dijo a su esposa que sacara todas las cosas más duras que había en la casa. De forma que la esposa sacó las azadas, los machetes, las lanzas, las escopetas y hasta el cañón de su marido. La Tortuga miró desde el cielo y vio que su esposa sacaba cosas, pero estaba demasiado alto para ver lo que eran. Cuando le pareció que ya había sacado todo dio el salto. Cayó y cayó y cayó hasta que empezó a temer que se iba a pasar la vida cayendo. Y después cayó en el recinto con un ruido como el de su cañón.»

— ¿Y se murió? —preguntó Ezinma.

— No —respondió Ekwefi—. Se le hizo pedazos la concha. Pero en el vecindario había un gran chamán. La esposa de la Tortuga envió a buscarlo y él recogió todos los trozos de concha y los pegó. Por eso tiene tantos pedazos la concha de la Tortuga.

— En este cuento no hay canciones —señaló Ezinma.

— No —dijo Ekwefi—. Ya pensaré otro que tenga canciones. Pero ahora te toca a ti.

— Érase una vez —empezó Ezinma— que la Tortuga y el Gato se pusieron a pelear con los Ñames... No, no empieza así. Érase una vez que había una gran hambre en el reino de los animales. Todo el mundo estaba muy flaco, menos el Gato, que estaba muy gordo y tenía el cuerpo lustroso como si se lo hubiera frotado con aceite de palma...

Se interrumpió porque en aquel mismo momento una voz alta y aguda rompió el silencio exterior de la noche. Era Chielo, la sacerdotisa de Agbala, que hacía una profecía. Aquello no era nada nuevo. De vez en cuando, Chielo quedaba poseída por el espíritu de su dios y empezaba a profetizar. Pero aquella noche dirigía su profecía y sus saludos a Okonkwo, de modo que todos los de su familia escucharon atentos. Se interrumpieron los cuentos populares.

— ¡Agbala do-o-o-o! ¡Agbala ekeno-o-o-o-o! —llegaba la voz que cortaba la noche como un cuchillo bien afilado—. ¡Okonkwo! ¡Agbala ekenegio-o-o-o! ¡Agbala cholu ifu ada ya Ezinmao-o-o-o!

Al oír el nombre de Ezinma, Ekwefi dio un respingo, como un animal que ha olfateado la muerte en el aire. Le dio un salto el corazón.

La sacerdotisa ya había llegado al recinto de Okonkwo y estaba hablando con éste a la puerta de la cabaña. Repetía una vez tras otra que Agbala quería ver a su hija, Ezinma. Okonkwo le rogaba que volviera por la mañana, porque Ezinma ya estaba dormida. Pero Chielo no hacía caso de lo que le decía y siguió gritando que Agbala quería ver a su hija. Tenía una voz clara como el metal y las esposas y los hijos de Okonkwo oían desde sus cabañas todo lo que decía. Okonkwo seguía argumentando que la niña había estado enferma hacía poco y ya se había dormido. Ekwefi se la llevó inmediatamente al dormitorio y la puso en la cama alta de bambú.

De pronto la sacerdotisa gritó:

— ¡Cuidado, Okonkwo! —advirtió— ¡Cuidado con cambiar palabras con Agbala! ¿Osa un hombre hablar cuando habla un dios? ¡Cuidado!

Pasó por la cabaña de Okonkwo y salió al círculo del recinto y marchó directamente a la cabaña de Ekwefi. Okonkwo iba tras ella.

— Ekwefi —llamó la sacerdotisa—. Agbala te saluda. ¿Dónde esta mi hija, Ezinma? Agbala quiere verla.

Ekwefi salió de su cabaña con la lámpara de aceite en la mano izquierda. Soplaba un leve viento, por lo que ahuecó la mano derecha para proteger la llama. La madre de Nwoye, también con una lámpara de aceite en la mano, salió de su cabaña. Sus hijos estaban en la oscuridad fuera de su cabaña y contemplaban el extraño acontecimiento. También salió la esposa más joven de Okonkwo y se unió a los demás.

— ¿Dónde quiere verla Agbala? — preguntó Ekwefi.

— ¿Dónde va a ser, más que en su casa de los cerros y de las cuevas? — respondió la sacerdotisa.

— Entonces también voy yo — dijo firmemente Ekwefi.

— ¡Tufia-a! —maldijo la sacerdotisa, con voz restallante como el rugido airado del trueno en la estación seca—. ¿Cómo osas, mujer, ir ante el poderoso Agbala por tu propia decisión? Ten cuidado, mujer, no sea que te golpee en su ira. Tráeme a mi

hija.

Ekwefi entró en su cabaña y volvió a salir con Eziruna.

— Ven, hija mía —dijo la sacerdotisa—, te voy a llevar a hombros. Un niño que va a hombros de su madre no se entera de que el camino es largo.

Ezinma se echó a llorar. Estaba acostumbrada a que Chielo la llamara «hija mía». Pero la Chielo que ahora veía en la media luz amarillenta era diferente.

— No llores, hija mía —dijo la sacerdotisa—, o si no Agbala se enfadará contigo.

— No llores —dijo Ekwefi—, que pronto volverás con ella. Te voy a dar un poco de pescado para que lo vayas comiendo —volvió a entrar en la cabaña y sacó el cesto negro como el humo en el que guardaba el pescado seco y otros ingredientes para hacer la sopa. Rompió un pedazo en dos y se lo dio a Ezinma, que se aferró a ella.

— No tengas miedo —dijo Ekwefi acariciándole la cabeza, que estaba afeitada por algunas partes para dejar un dibujo geométrico en el pelo. Volvieron a salir. La sacerdotisa puso una rodilla en tierra y Ezinma se le subió a hombros, con el puño izquierdo centrado en torno a su trozo de pescado y los ojos llenos de lágrimas.

— *¡Agbala do-o-o-o! ¡Agbala ekeneo-o-o-o!* —Chielo volvió a entonar saludos a su dios. Se dio media vuelta de golpe y pasó por la cabaña de Okonkwo inclinándose para no dar en el alero. Ezinma estaba empezando a llorar muy fuerte y a llamar a su madre. Las dos voces desaparecieron en la oscuridad impenetrable.

Una debilidad extraña y repentina invadió a Ekwefi mientras se quedaba mirando en la dirección de las voces, como una gallina a la que un milano le acaba de arrebatar su único polluelo. Pronto se desvaneció la voz de Ezinma y no se oyó más que a Chielo, que iba alejándose cada vez más.

— ¿Por qué te quedas ahí como si la hubieran secuestrado? —preguntó Okonkwo al volverse a su cabaña.

— Pronto te la traerá —dijo la madre de Nwoye.

Pero Ekwefi no oyó aquellos consuelos. Se quedó inmóvil un rato y después, de repente, se decidió. Cruzó corriendo por la cabaña de Okonkwo y se fue afuera.

— ¿Dónde vas? —le preguntó Okonkwo.

— Voy a seguir a Chielo —replicó ella, y desapareció en la oscuridad. Okonkwo carraspeó y sacó el frasquito de rapé de la bolsa de piel de cabra que tenía al lado.

La voz de la sacerdotisa ya se estaba perdiendo en la distancia. Ekwefi salió corriendo al camino principal y giró a la izquierda en la dirección de la voz. Los ojos no le valían de nada en aquella oscuridad. Pero se abrió camino fácilmente en el sendero de arena bordeado a ambos lados por ramas y hojas húmedas. Empezó a correr, sosteniéndose los pechos con las manos para que no hicieran ruido al golpearle en el cuerpo. Se dio un golpe en el pie izquierdo con una raíz saliente y se apoderó de ella el pánico. Era un mal augurio. Pero la voz de Chielo seguía sonando muy lejos. ¿Iría corriendo también ella? ¿Cómo podía ir tan rápido con Ezinma a hombros?

Aunque la noche era fresca, Ekwefi empezaba a sentir calor de tanto correr. Tropezaba constantemente con las abundantes hierbas y lianas que bordeaban el camino. Una vez tropezó y se cayó. Hasta entonces no se dio cuenta, sobresaltada, de que Chielo había dejado de entonar cánticos. Le latía violentamente el corazón y se detuvo. Entonces llegó un nuevo aullido de Chielo a sólo unos pasos de distancia. Pero Ekwefi no podía verla. Cerró los ojos un momento y los volvió a abrir, esforzándose por ver algo. Pero era inútil. No podía ver más allá de su nariz.

No había estrellas en el cielo porque las tapaba una gran nube. Circulaban luciérnagas con sus diminutos puntos de luz, que sólo servían para hacer que la oscuridad resultara más profunda. Entre los aullidos de Chielo la noche era algo vivo, con el zumbido agudo, de los insectos del bosque que se entretejían en la oscuridad.

— ¡*Agbala do-o-o-o!*... ¡*Agbala ekeneo-o-o-o!* — y Ekwefi avanzaba a la zaga, sin acercarse ni retrasarse demasiado. Creía que debían ir en dirección a la cueva sagrada. Ahora que podía andar más despacio, tenía tiempo para pensar. ¿Qué hacer cuando llegara a la cueva? No se atrevería a entrar. Se quedaría esperando a la entrada, totalmente sola en aquel lugar terrible. Pensó en todos los terrores de la noche. Recordó aquella noche, hacía mucho tiempo, en la que había visto a *Ogbu-agali-odu*, una de esas terribles esencias infligidas al mundo por las potentes medicinas que la tribu había hecho en el remoto pasado contra sus enemigos, pero que ahora había olvidado cómo controlar. Ekwefi volvía del río con su madre en una noche oscura igual que ésta cuando vieron que brillaba hacia donde iban ellas. Tiraron al suelo sus cántaros de agua y se tumbaron junto al camino, esperando a que la luz siniestra descendiera sobre ellas y las matara. Aquella fue la única vez que Ekwefi había visto a *Ogbu-agali-odu* en su vida. Pero aunque hacía tanto tiempo de aquello, todavía se le helaba la sangre cuando recordaba aquella noche.

Ahora la voz de la sacerdotisa llegaba a intervalos más largos, pero sin que disminuyera su vigor. El aire estaba fresco y húmedo del rocío. Ezinma estornudó. Ekwefi murmuró: «Salud.» Al mismo tiempo, la sacerdotisa decía también: «Salud, hija mía.»

La voz de Ezinma en la oscuridad tranquilizó el corazón de su madre.

) Siguió adelante lentamente.

Y entonces la sacerdotisa gritó: «¡Alguien viene andando detrás de mí!», y dijo: «¡Seas un espíritu o un hombre, que Agbala te afeite la cabeza con una cuchilla roma! ¡Que te retuerza el cuello hasta que puedas ver los talones!»

Ekwefi se quedó inmóvil como una) estatua. Una parte de sí le decía: «Mujer, vete a casa antes que Agbala te haga daño.» Pero no podía. Se quedó allí hasta que Chielo aumentó la distancia entre ellas y después volvió a seguirlas. Ya había andado tanto que empezó a sentir un cierto embotamiento en las piernas y en la cabeza. Después se le ocurrió que quizá no se estuvieran dirigiendo a la cueva. Debían

haberla pasado hacía mucho rato. Debían ir en dirección a Umuachi, el pueblo más lejano del clan. Ahora la voz de Chielo llegaba al cabo de largos intervalos.

A Ekwefi le pareció que la noche había aclarado algo. Se había ido la nube y habían salido algunas estrellas. La luna debía estar preparándose para salir, pasado su mal humor. Cuando la luna salía muy avanzada la noche, la gente decía que rechazaba la comida, igual que un marido enfadado rechaza la comida de su esposa cuando se han peleado.

— *¡Agbala do-o-o-o! ¡Umuachi! ¡Agbala ekene unuo-o-o!* —era exactamente lo que se había imaginado Ekwefi. La sacerdotisa saludaba ahora al pueblo de Umuachi. Era increíble, la distancia que habían recorrido. Al salir al pueblo abierto desde el sendero estrecho del bosque se suavizó la oscuridad y resultó posible ver la forma oscura de los árboles. Ekwefi apretó los ojos en una tentativa de ver a su hija y a la sacerdotisa, pero siempre que creía ver su silueta ésta se disolvía inmediatamente, como una masa oscura que se disuelve. Siguió andando embotada.

Ahora la voz de Chielo se elevaba constantemente, igual que cuando se habían puesto en marcha. Ekwefi tuvo una sensación de un gran espacio abierto y supuso que estarían en el *ilo* o parque de juegos del pueblo. Y se dio cuenta con un respingo de que Chielo ya no seguía avanzando. De hecho, se estaba dando la vuelta. Ekwefi se apartó rápidamente de su camino de vuelta. Chielo pasó a su lado y empezaron a desandar el camino que habían recorrido.

Fue un viaje largo y cansado y durante casi todo el camino Ekwefi se sintió como una sonámbula. Ya no cabía duda de que estaba saliendo la luna, y aunque todavía no había aparecido en el cielo, su luz ya empezaba a disipar la " oscuridad. Ekwefi podía discernir ahora la figura de la sacerdotisa y su carga. Aminoró el paso con objeto de aumentar la distancia entre ellas. Temía lo que podría ocurrir si Chielo se daba la vuelta de repente y la veía.

Había rezado para que saliera la luna. Pero ahora la media luz de la luna incipiente le parecía más aterradora que la oscuridad. Ahora el mundo estaba poblado de siluetas vagas y fantásticas que se disolvían cuando las miraba fijamente y después volvían a reagruparse en nuevas formas. Hubo un momento en que Ekwefi pasó tanto miedo que casi llamó a Chielo para pedirle compañía y solidaridad humana. Lo que había visto tenía la forma de un hombre que trepaba por una palmera, con la cabeza hacia la tierra y las piernas hacia el cielo. Pero en aquel mismo momento volvió a elevarse la voz de Chielo en su cántico de posesa, y Ekwefi se echó atrás, porque aquello no tenía nada de humano. No era la misma Chielo que se sentaba a su lado en el mercado y a veces compraba pastas de alubias para Ezinma, a la que llamaba hija suya. Era otra mujer: la sacerdotisa de Agbala, el Oráculo de los Cerros y de las Cuevas. Ekwefi siguió adelante, debatiéndose entre dos temores. El ruido de sus pasos embotados parecía proceder de otra persona que anduviera detrás de ella.

Llevaba los brazos cruzados sobre el pecho 15 desnudo. Estaba cayendo mucho rocío y el aire era frío. Ya no podía pensar, ni siquiera en los terrores de la noche. Se limitaba a seguir trotando medio dormida, sin despertarse del todo más que cuando Chielo cantaba.

Por fin tomaron una curva y empezaron a dirigirse hacia las cuevas. A partir de aquel momento, Chielo no cesó en sus cánticos. Saludaba a su dios con una multitud de nombres: el propietario del futuro, el mensajero de la tierra, el dios que aniquilaba a un hombre cuando más dulce era su vida. También Ekwefi se despabiló y se renovaron sus temores embotados.

La luna ya estaba alta y veía claramente a Chielo y Ezinma. Era un milagro que una mujer pudiera llevar con tanta facilidad y tanto tiempo a una niña de su estatura. Pero Ekwefi no pensaba en eso. Aquella noche Chielo no era una mujer.

— *¡Agbala do-o-o-o! ¡Agbala ekeneo- o-o-o! ¡Chinegbu madu ubori ndu ya nato ya uto daluo-o-o-o!...*

Ekwefi podía ver los cerros que se levantaban en la luz de la luna. Formaban un anillo circular con una apertura en un punto por el que el sendero llevaba al centro del círculo.

En cuanto la sacerdotisa entró en el círculo de cerros su voz no sólo se redobló, sino que encontró eco por todas partes. Verdaderamente era el santuario de un gran dios. Ekwefi se abrió camino cautelosa y silenciosamente. Ya estaba empezando a dudar que hubiera sido prudente seguir las. No le iba a pasar nada a Ezinma, pensó. Y si le pasaba algo, ¿podía ella impedirlo? No se atrevería a entrar en las cuevas subterráneas. Era totalmente inútil que hubiera venido, pensó.

Mientras le pasaba todo aquello por la cabeza, no se dio cuenta de lo cerca que estaban de la boca de la cueva. Y por eso, cuando la sacerdotisa con Ezinma a hombros desapareció por un agujero por el que apenas si podía pasar una gallina, Ekwefi se echó a correr como para frenarlas. Se quedó inmóvil contemplando la oscuridad circular que se las había tragado y le brotaron torrentes de lágrimas, y juró para sus adentros que si oía llorar a Ezinma entraría corriendo en la cueva para defenderla contra todos los dioses del mundo. Moriría con ella.

Tras hacer aquel juramento se sentó en una piedra lisa y se puso a esperar. Se le había pasado el miedo. Podía oír la voz de la sacerdotisa, carente ya del tono metálico, que suavizaba el enorme vacío de la cueva. Enterró la cabeza en el regazo y esperó.

Nunca supo cuánto tiempo esperó. Debió ser mucho. Estaba de espaldas al sendero por el que se salía de los cerros. Debió oír un ruido a sus espaldas y se dio la vuelta rápidamente. A su lado había un hombre con un machete en la mano. Ekwefi dio un grito y se puso en pie de un salto.

— No seas boba —dijo la voz de Okonkwo—. Creí que ibas a entrar en el

santuario con Chielo —se burló.

Ekwefi no contestó. Se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud. Sabía que su hija estaba a salvo.

— Vete a dormir a casa —dijo Okonkwo—. Yo espero aquí.

— Yo también me quedo. Casi ha amanecido. Ya ha cantado el primer gallo.

Mientras seguían esperando juntos, Ekwefi recordó los días en que ambos eran jóvenes. Ekwefi se había casado con Anene porque Okonkwo era demasiado pobre entonces para casarse. Dos años después de su matrimonio con Anene no pudo seguir soportándolo y se escapó para irse con Okonkwo. Se había fugado a primera hora de la mañana. Brillaba la luna. Ekwefi iba al arroyo a coger agua. La casa de Okonkwo estaba camino del arroyo. Fue a llamar a su puerta y se la abrió él. Incluso en aquella época no era hombre de muchas palabras. Se limitó a llevarla a la cama y en la oscuridad empezó a buscarle el nudo de la falda que llevaba a la cintura.

Capítulo XII

A la mañana siguiente todo el vecindario tenía aire de fiesta porque Obierika, el amigo de Okonkwo, celebraba la *uri* de su hija. Era el día en que su pretendiente (tras haber pagado ya la mayor parte del precio de la novia) no sólo llevaría vino de palma para sus padres y sus parientes cercanos, sino para todo el gran grupo de parentela extendida llamado *umunna*. Estaban invitados todos: hombres, mujeres y niños. Pero en realidad era una ceremonia para las mujeres, y las figuras centrales eran la novia y su madre.

En cuanto rompió el día se comió a toda velocidad el desayuno y las mujeres y los niños empezaron a reunirse en el recinto de Obierika para ayudar a la madre de la novia en la tarea, difícil pero feliz, de cocinar para todo un pueblo.

La familia de Okonkwo estaba muy agitada, igual que todas las demás familias del vecindario. La madre de Nwoye y la esposa más joven de Okonkwo estaban dispuestas a ponerse en marcha hacia el recinto de Obierika con todos los niños. La madre de Nwoye llevaba un cesto de coco-ñames, una pella de sal y pescado ahumado que regalaría a la esposa de Obierika. Ojiugo, la esposa más joven de Okonkwo, también llevaba un cesto de plátanos y coco-ñames y una ollita de aceite de palma. Los niños llevaban cántaros de agua.

Ekwefi estaba agotada y soñolienta tras la agotadora experiencia de la noche anterior. No hacía mucho que habían vuelto. La sacerdotisa, con Ezinma dormida a la espalda, había salido reptando del santuario, sobre el vientre, como una serpiente. No había ni mirado a Okonkwo y Ekwefi ni mostrado sorpresa alguna al encontrarlos a la salida de la cueva. Miraba recto al frente y se volvió al pueblo. Okonkwo y su esposa la seguían a una distancia respetuosa. Creían que la sacerdotisa se iría a su propia casa, pero fue al recinto de Okonkwo, cruzó por el *obi* de éste y fue a la cabaña de Ekwefi y se metió en su dormitorio. Puso a Ezinma cuidadosamente en la cama y se marchó sin decirle una palabra a nadie.

Ezinma seguía dormida mientras todo el mundo iba de acá para allá, y Ekwefi pidió a la madre de Nwoye y a Ojiugo que explicaran a la esposa de Obierika que iba a llegar tarde. Ya había preparado su cesto de cocoñames y pescado, pero tenía que esperar a que se despertara Ezinma.

— Tú también tienes que dormir algo —dijo la madre de Nwoye—. Tienes aspecto de estar muy cansada.

Mientras hablaban salió Ezinma de la cabaña, frotándose los ojos y estirando su cuerpecillo delgado. Vio a los demás niños con sus cántaros para el agua y recordó que iban a buscar agua para la esposa de Obierika. Volvió a entrar en la cabaña y sacó su cántaro.

— ¿Has dormido bastante? —le preguntó su madre.

— Sí —respondió—. Vámonos.

— Pero antes tienes que tomarte el desayuno —dijo Ekwefi. Y entró en la cabaña a calentar la sopa de verduras que había preparado la noche antes.

— Nosotras nos vamos —dijo la madre de Nwoye—. Le digo a la esposa de Obierika que vas a llegar tarde —y se fueron todos a ayudar a la esposa de Obierika: la madre de Nwoye con sus cuatro hijos y Ojiugo con los dos suyos.

Mientras pasaban todos por el *obi* de Okonkwo, éste preguntó:

— ¿Quién me va a preparar la comida de la tarde?

— Volveré yo para hacértela —contestó Ojiugo.

Okonkwo también estaba cansado y soñoliento, porque, aunque no lo sabía nadie, tampoco él había dormido aquella noche. Había estado muy preocupado, pero no lo había demostrado. Cuando Ekwefi siguió a la sacerdotisa él dejó que pasara lo que consideró un intervalo razonable y varonil y después se fue con su machete al santuario, donde creía que debían estar. Hasta llegar allí no se le ocurrió que la sacerdotisa quizá hubiera decidido hacer primero la ronda de los pueblos. Okonkwo se había vuelto a casa a esperar. Cuando creyó que ya había esperado suficiente, volvió otra vez al santuario. Pero los Cerros y las Cuevas estaban silenciosos como la muerte. Hasta su cuarto viaje no se encontró con Ekwefi, y para entonces estaba muy preocupado.

El recinto de Obierika parecía un hormiguero. Había trípodes provisionales de cocina erigidos en todos los espacios disponibles, para lo cual se reunían bloques de adobe secado al sol y se hacía un fuego en medio de ellos. Las ollas subían y bajaban en los trípodes y en cien morteros de madera se machacaba el fu-fú. Algunas de las mujeres cocinaban ñames y el cazabe, y otras preparaban sopa de verduras. Los muchachos machacaban el fu-fú o partían leña. Los niños más pequeños hacían constantes viajes al arroyo.

Tres muchachos ayudaron a Obierika a matar las dos cabras con las que se iba a hacer la sopa. Las cabras estaban muy gordas, pero la más gorda de todas estaba atada a un palo cerca de la pared del recinto. Era del tamaño de una ternera. Obierika había mandado a uno de sus parientes que fuera hasta Umuike a comprar aquella cabra. Era la que iba a regalar viva a sus parientes políticos.

— El mercado de Umuike es un sitio maravilloso —dijo el muchacho al que había enviado Obierika a comprar la cabra gigante—. Hay tanta gente que si tiras un grano de arena no encuentra sitio para volver a caer en tierra.

— Eso es resultado de una gran medicina —dijo Obierika—. La gente de Umuike quería que su mercado creciera y se tragara los mercados de sus vecinos. Entonces hicieron una medicina muy fuerte. Cada día de mercado, antes de que cante el primer gallo, se pone esta medicina en la plaza del mercado en forma de una vieja con un abanico. Con ese abanico mágico llama al mercado de todos los clanes vecinos. Hace

el llamamiento por delante, por detrás, a su derecha y a su izquierda.

— Y entonces viene todo el mundo — dijo otro hombre—, los honrados y los ladrones. En ese mercado te pueden hasta quitar la falda que llevas.

— Sí —dijo Obierika—. Ya le advertí a Nwankwo que tuviera bien abiertos los ojos y los oídos. Una vez hubo un hombre que fue a vender una cabra. La llevaba atada de una cuerda gruesa que se ató él a la cintura. Pero al ir recorriendo el mercado advirtió que la gente lo señalaba como si fuera un loco. No podía comprenderlo hasta que miró atrás y vio que lo que llevaba a la espalda no era una cabra, sino un leño muy grande.

— ¿Tú crees que un ladrón puede hacer algo así por sí solo?

— No —dijo Obierika—, usan una medicina.

Después de cortarles el cuello a las cabras y recoger la sangre en un cuenco, las pusieron encima de una hoguera para quemarles el pelo, y el olor a pelo quemado se mezcló con los olores de cocina. Después las lavaron y las despedazaron para las mujeres que estaban haciendo la sopa.

Toda aquella actividad de hormiguero iba perfectamente cuando se produjo una interrupción repentina. Era un grito en lontananza: *¡Oji odu achu ijiji-o-o!* (¡La que usa la cola para espantarse se acaba de escapar!) Inmediatamente todas las mujeres abandonaron lo que estaban haciendo y se echaron a correr en la dirección de la voz.

— No podemos echarnos a correr todas y dejar que lo que estamos cocinando se quede a quemar en los fuegos —gritó Chielo la sacerdotisa—. Tienen que quedarse tres o cuatro.

— Es verdad —dijo otra mujer—. Hay que dejar aquí tres o cuatro mujeres.

Se quedaron cinco mujeres para cuidar de las ollas, y todas las demás se fueron corriendo a ver la vaca que se había soltado. Cuando la encontraron se la devolvieron a su propietario, que pagó inmediatamente la dura multa que imponía el pueblo a todos los que dejaban una vaca suelta en los campos de sus vecinos. Cuando las mujeres cobraron la multa se contaron para ver si alguna de ellas no había venido cuando se lanzó el grito de advertencia.

— ¿Dónde está Mgbogo? —preguntó una.

— Está enferma en cama —dijo la vecina de al lado de Mgbogo—. Tiene *iba*.

— La única que falta es Udenkwo — dijo otra mujer—, y su hijo todavía no ha cumplido los veintiocho días.

Las mujeres a las que no había pe dido la esposa de Obierika que la ayudaran a cocinar se volvieron a sus casas y el resto volvió, en bloque, al recinto de Obierika.

— ¿Qué vaca era? —preguntaron las mujeres a las que se había permitido quedarse.

— Una de mi marido —dijo Ezelagbo—. Uno de los niños había abierto la puerta del establo.

A primera hora de la tarde llegaron los dos primeros cántaros de vino de palma de los parientes políticos de Obierika. Como procedía, se los dieron a las mujeres, que bebieron una o dos tazas cada una, para descansar de la cocina. Parte se destinó también a la novia y a sus damas de honor, que estaban dándole los últimos toques de afeitado a su peinado y de madera de camote a su piel tersa.

Cuando empezó a remitir el calor del sol, Maduka, el hijo de Obierika, tomó una escoba muy larga y barrió el suelo frente al *obi* de su padre. Y, como si hubieran estado esperando justo a este momento, empezaron a llegar los parientes y los amigos de Obierika, todos los hombres con su bolsa de piel de cabra al cuello y una alfombrilla de piel de cabra enrollada bajo el brazo. Algunos de ellos iban acompañados por sus hijos, que llevaban taburetes de madera tallada. Entre los hombres estaba Okonkwo. Se sentaron en semicírculo y empezaron a hablar de muchas cosas. No faltaba mucho tiempo para que llegara la familia del pretendiente.

Okonkwo sacó el frasquito del rapé y se lo ofreció a Ogbuefi Ezenwa, que estaba sentado a su lado. Ezenwa lo tomó, lo golpeó en la rodilla y se frotó la palma de la mano izquierda en el cuerpo para secársela antes de poner en ella un poco de rapé. Sus gestos eran lentos, y mientras los hacía seguía hablando.

— Espero que nuestros parientes políticos traigan muchos cántaros de vino. Aunque vienen de un pueblo que tiene fama de tacaño, deben saber que Akueke es una novia digna de un rey.

— No se atreverán a traer menos de treinta —dijo Okonkwo—. Si traen menos, ya les diré yo cuatro cosas.

En aquel momento Maduka, el hijo de Obierika, sacó la cabra gigante del recinto interior, para que la vieran los parientes de su padre. Todos la admiraron y dijeron que así se hacían las cosas. Después volvieron a llevar a la cabra a la parte de dentro del recinto.

Poco después empezaron a llegar los parientes políticos. Primero venían los hombres jóvenes y los muchachos en fila india, cada uno de ellos con un cántaro de vino. Los parientes de Obierika iban contando los cántaros a medida que llegaban. Veinte, veinticinco. Hubo una larga pausa y los anfitriones se miraron los unos a los otros como diciendo «Ya te lo había dicho yo». Después llegaron más cántaros. Treinta, treinta y cinco, cuarenta, cuarenta y cinco. Los anfitriones asintieron con gesto de aprobación y parecieron decir «Ahora se están portando como hombres». En total, llegaron cincuenta cántaros de vino. Después de los portadores del vino llegaron Ibe, el pretendiente, y los ancianos de su familia. Se sentaron en media luna, de forma que cerraban el círculo con sus anfitriones. En medio del círculo estaban los cántaros de vino. Después salieron del interior del recinto la novia, su madre y media docena de mujeres y muchachas, y recorrieron el círculo dándoles la mano a todos. Primero iba la madre de la novia, seguida de ésta y de las otras mujeres. Las mujeres

casadas llevaban sus mejores ropas, y las muchachas llevaban a la cintura cuentas rojas y negras y tobilleras de latón.

Cuando se retiraron las mujeres, Obierika ofreció nueces de cola a sus parientes políticos. Su hermano mayor rompió la primera, y al romperla dijo:

— Salud a todos nosotros. Y que reine la amistad entre nuestra familia y la vuestra.

— ¡Ee-e-e! —respondió la multitud.

— Hoy os damos a nuestra hija. Será para ti una buena esposa. Te dará nueve hijos, como la madre de nuestro pueblo.

— ¡Ee-e-e!

El más anciano del bando visitante respondió:

— Esto será bueno para vosotros y será bueno para nosotros.

— ¡Ee-e-e!

— No es la primera vez que mi pueblo viene a casarse con el vuestro. Mi madre era de los vuestros.

— ¡Ee-e-e!

— Y no será la última, porque vosotros nos comprendéis y nosotros os comprendemos a vosotros. Sois una gran familia.

— ¡Ee-e-e!

— Hombres prósperos y grandes guerreros —miró hacia Okonkwo—. Vuestra hija nos dará hijos como vosotros.

— ¡Ee-e-e!

Se comieron las nueces de cola y comenzó a circular el vino de palma. Cada grupo de cuatro o cinco hombres tenía un cántaro de vino en el medio. Al ir avanzando la velada se trajo comida a los invitados. Había cuencos enormes de fufú y ollas humeantes de sopa. También había ollas de potaje de ñame. Fue una gran fiesta.

Cuando cayó la noche se pusieron antorchas encendidas en trípodes de madera y los hombres jóvenes iniciaron una canción. Los ancianos se sentaron en un gran círculo y los cantantes lo recorrieron y cantaron los elogios de cada uno al llegar frente a él. Tenían algo que decir de todos y cada uno de ellos. Unos eran grandes agricultores, otros oradores que hablaban en nombre del clan; Okonkwo era el mayor de los luchadores y de los guerreros vivientes. Cuando recorrieron el círculo se sentaron en el centro y salieron del interior del recinto las muchachas para bailar. Al principio la novia no figuraba entre ellas. Pero cuando por fin apareció, con un gallo en la mano derecha, la multitud dio un gran grito. Todas las demás bailarinas le dejaron paso. Ofreció el gallo a los músicos y empezó a bailar. Le tintineaban las tobilleras de latón al bailar, y el cuerpo le brillaba de madera de camote a la luz amarillenta. Los músicos, con sus instrumentos de madera, de arcilla y de metal, pasaban de una canción a otra. Todas ellas eran de alegría. Cantaron la canción que

últimamente estaba de moda en el pueblo:

Si la cojo de la mano me dice

«¡No me toques!»

Si la cojo del pie me dice

«¡No me toques!»

Pero si la cojo de la cintura

hace como que no se entera.

Ya estaba muy avanzada la noche cuando se levantaron los invitados para irse y llevarse a casa a la novia a que pasara siete semanas de mercado con la familia de su pretendiente. Al marcharse iban cantando, y por el camino hicieron visitas de cortesía a personalidades como Okonkwo, antes de salir definitivamente hacia su pueblo. Okonkwo les regaló dos gallos.

Capítulo XIII

Go-di-di-go-go-di-go. Di-go-go-di-go. Era el *ekwe* que hablaba al clan. Una de las cosas que todos los hombres aprendían era el lenguaje del instrumento de madera hueca. ¡Diim! ¡Diim! ¡Diim!, tronaba el cañón a intervalos.

Todavía no había cantado el primer gallo y Umuofia estaba sumido en el sueño y el silencio cuando empezó a hablar el *ekwe* y el cañón rompió el silencio. Los hombres se dieron la vuelta en sus camas de bambú y escucharon atentamente. Había muerto alguien. El cañón pareció rasgar el cielo. *Di-go-go-di-go-di-di-go-go* flotaba en el aire de la noche cargado de mensajes. El vago y distante lamento de las mujeres se asentaba como un sedimento de color en la tierra. De vez en cuando un gemido sonoro y atronador se elevaba sobre las lamentaciones cuando llegaba un hombre al lugar de la muerte. El hombre elevaba su voz una o dos veces en expresión de pesar viril y después se sentaba con los demás hombres a escuchar los gemidos inacabables de las mujeres y el lenguaje esotérico del *ekwe*. De vez en cuando tronaba el cañón. Las lamentaciones de las mujeres no se oirían más allá del pueblo, pero el *Ekwe* llevaba las noticias a los nueve pueblos e incluso más allá. Empezaba por nombrar al clan: *Umuofia obodo dike*, la tierra de los valientes. ¡*Umuofia obodo dike!* ¡*Umuofia obodo dike!* Repetía lo mismo una vez tras otra, y su frase hacía que la ansiedad fuera en aumento en todos los corazones que latían en una cama de bambú aquella noche. ¡*Iguedo, el de la piedra amarilla de molino!* Era el pueblo de Okonkwo. Una vez tras otra sonó el nombre de Iguedo y los hombres se quedaron esperando sin aliento en los nuevos pueblos. Por fin se nombró al hombre y la gente suspiró: «E—u—u, Ezeudu ha muerto.» A Okonkwo le recorrió la espalda un sudor frío al recordar la última vez que lo había visitado el anciano. «Ese muchacho te llama padre, le había dicho. «No tengas nada que ver con su muerte.»

Ezeudu era un gran hombre, de modo que todo el clan asistió a su funeral. Retumbaron los antiquísimos tambores de la muerte, se dispararon escopetas y cañones, y los hombres corrieron frenéticos, dando tajos a todos los árboles y los animales que veían, saltando por encima de las paredes y bailando en los tejados. Fue el funeral de un guerrero, y desde la mañana hasta la noche fueron llegando y marchándose guerreros por grupos de edades. Todos ellos llevaban faldas de rafia ahumada y tenían los cuerpos pintados con tiza y carbón. De vez en cuando surgía del mundo subterráneo un espíritu de los antepasados, o *egwugwu*, que hablaba con voz temblorosa de fuera de este mundo e iba totalmente cubierto de rafia. Algunos de ellos eran muy violentos y a primera hora del día se había producido una estampida en busca de refugio cuando apareció uno con un machete muy afilado y a quien únicamente se le pudo impedir que hiciera daños importantes cuando dos hombres lo dominaron con ayuda de una cuerda fuerte que le ataron a la cintura. A veces se daba

la vuelta y perseguía a aquellos hombres, que se echaban a correr para que no los matara. Pero siempre volvían a la larga cuerda que arrastraba detrás de él. Y él cantaba, con una voz aterradora, que le había entrado en el ojo Ekwensu, o el Espíritu del Mal.

Peto todavía faltaba por llegar el más temido de todos. Siempre iba solo y tenía la forma de un ataúd. Adondequiera que fuese dejaba en el aire un olor repulsivo, y estaba siempre rodeado de moscas. Hasta los mayores chamanes se echaban a correr cuando se acercaba éste. Hacía muchos años otro *egwugwu* había osado enfrentarse con él y se había quedado paralizado en el sitio dos días seguidos. Este espíritu tenía sólo una mano en la que llevaba un cesto lleno de agua.

Pero algunos de los *egwugwu* eran totalmente inofensivos. Uno de ellos era tan viejo y estaba tan enfermo que se apoyaba mucho en un bastón. Fue vacilante al lugar en que yacía el cadáver, lo contempló un momento y volvió a marcharse al mundo subterráneo.

La tierra de los vivientes no estaba muy alejada del dominio de los antepasados. Entre ambos mundos había constantes idas y venidas, especialmente en los festivales, y también cuando moría un anciano, porque los ancianos estaban muy cerca de los antepasados. La vida de un hombre, desde el nacimiento hasta la muerte, era una serie de ritos de transición que lo acercaban cada vez más a sus antepasados.

Ezeudu había sido el más anciano de su pueblo, y cuando murió no había más que tres hombres en todo el clan más viejos que él, y cuatro o cinco más que pertenecían a su grupo de edades. Cuando uno de aquellos ancianos aparecía en el grupo para bailar titubeante los pasos funerales de la tribu, los más jóvenes le cedían el terreno y se apaciguaba el tumulto.

Fue un gran funeral, como correspondía a un noble guerrero. Cuando fue cayendo la tarde aumentaron los gritos y los disparos de las escopetas, el blandir de los tambores y el blandir y el chocar de los machetes.

A lo largo de su vida, Ezeudu había tomado tres títulos. Era un logro poco común. En el clan no había más que cuatro títulos, y en cada generación sólo uno o dos hombres habían alcanzado jamás el cuarto y más elevado. Cuando lo hacían se convertían en señores del país. Como Ezeudu había tomado títulos, había que enterrarlo después del anochecer, con sólo una antorcha encendida para iluminar la ceremonia sagrada.

Pero antes de aquel rito silencioso y definitivo, el tumulto se multiplicó por diez. Sonaron violentos los tambores y los hombres saltaron frenéticos arriba y abajo. Por todas partes se dispararon escopetas y saltaron chispas mientras chocaban los machetes en saludos de guerreros. El aire se llenó de polvo y de olor a pólvora. Fue entonces cuando llegó el espíritu manco con un cesto lleno de agua. La gente le abrió paso por todas partes y disminuyó el ruido. Incluso el olor a pólvora quedó sofocado

por el olor repulsivo que invadió todo el aire. El espíritu bailó unos pasos en dirección a los tambores funerarios y después fue a ver el cadáver.

— ¡Ezeudu! —exclamó con su voz gutural—. Si en vida hubieras sido pobre te habría pedido que fueras rico cuando vuelvas otra vez. Pero eras rico. Si hubieras sido un cobarde, te habría pedido que trajeras valor. Pero eras un guerrero indomable. Si hubieras muerto joven, te habría pedido que trajeras la vida. Pero has vivido mucho tiempo. Por eso te pido que vuelvas otra vez de la misma forma que lo hiciste antes. Si tu muerte ha sido obra de la naturaleza, vete en paz. Pero si te la causó un hombre, que no tenga ni un momento de descanso —bailó unos pasos más y se fue. Volvieron a empezar los tambores y el baile hasta llegar a un punto febril. Se acercaba la oscuridad, y con ella el entierro. Las escopetas dispararon el último saludo y el cañón desgarró el cielo. Y entonces, desde el centro de la furia delirante, llegó un grito de agonía y chillidos de terror. Era como si se hubiera hecho un encantamiento. Todo había quedado en silencio. En el centro de la multitud yacía un muchacho en un charco de sangre. Era el hijo de dieciséis años del muerto, que junto con sus hermanos y sus hermanastros había estado bailando la despedida tradicional de su padre. Había estallado la escopeta de Okonkwo y un pedazo de hierro le había penetrado en el corazón.

La confusión que siguió carecía de precedentes en la tradición de Umuofia. Las muertes violentas eran frecuentes, pero jamás había ocurrido nada así.

Lo único que podía hacer Okonkwo era huir del clan. El matar a un miembro del propio clan era un crimen contra la diosa de la tierra, y el hombre que cometía ese crimen había de huir del país. El crimen tenía dos sexos, el masculino y el femenino. Okonkwo había cometido el femenino, porque había sido sin querer. Al cabo de siete años podría regresar al clan.

Aquella noche reunió sus pertenencias más valiosas en hatillos. Sus esposas lloraron mucho y todos sus hijos lloraron con ellas sin saber por qué. Obierika y media docena más de amigos vinieron a ayudarlo y consolarlo. Cada uno de ellos hizo nueve o diez viajes para llevar los ñames de Okonkwo a almacenar en el granero de Obierika. Y antes de que cantara el gallo Okonkwo y su familia huyeron al país de su madre. Era una aldea llamada Mbanta, justo al lado de los límites de Mbaino.

En cuanto rompió el día un gran grupo de hombres del barrio de Ezeudu irrumpió en el recinto de Okonkwo. Todos iban vestidos con atanás de guerra. Incendiaron sus casas, demolieron sus muros rojos, mataron a sus animales y destruyeron su granero. Era la justicia de la diosa Tierra y ellos no eran más que sus mensajeros. En sus corazones no abrigaban odio a Okonkwo. Entre ellos iba Obierika, su mejor amigo. Se limitaban a purificar la tierra que Okonkwo había contaminado con la sangre de un 10 miembro del clan.

Obierika era un hombre que reflexionaba sobre las cosas. Cuando quedó realizada

la voluntad de la diosa se sentó en su *obi* y lamentó la calamidad de su amigo. ¿Por qué tenía que padecer tanto un hombre por una falta que había cometido sin querer? Pero aunque estuvo mucho rato pensándolo, no halló respuesta. No logró más que meterse en complicaciones mayores. Recordó los dos gemelos que había tenido su mujer y a los que había echado al bosque. ¿Qué crimen habían cometido ellos? La Tierra había decretado que ofendían al país y que era necesario destruirlos. Y si el clan no imponía un castigo por una culpa contra la gran diosa, ésta descargaba su ira sobre el país y no sólo sobre el culpable. Como decían los ancianos, si un dedo se metía en el aceite manchaba a todos los demás.

PARTE II

Capítulo XIV

OKONKWO fue bien recibido por los parientes de su madre en Mbanta. El anciano que los recibió era el hermano más joven de su madre, que ahora era el miembro más anciano superviviente de la familia. Se llamaba Uchendu, y era él quien había recibido a la madre de Okonkwo veinte y diez años antes, cuando la habían traído desde Umuofia para enterrarla con su gente. Entonces Okonkwo no era más que un muchacho, y Uchendu todavía recordaba cómo había gritado la despedida tradicional: «Madre, madre, madre, te vas.»

Aquello había pasado hacía muchos años. Hoy Okonkwo no traía a su madre a casa para enterrarla con su gente. Traía a su familia de tres esposas y once hijos en busca de refugio en la patria de su madre. En cuanto lo vio Uchendu con su compañía triste y cansada supuso lo que había pasado y no hizo preguntas. Okonkwo no le contó todo lo ocurrido hasta el día siguiente. El anciano escuchó en silencio hasta el final y después, algo aliviado, dijo:

— Se trata de un *ochu* hembra — y organizó los ritos y los sacrificios necesarios.

A Okonkwo se le dio una parcela en la que construir su recinto y dos o tres campos que cultivar en la próxima estación de la siembra. Con la ayuda de los parientes de su madre se construyó un *obi* y tres cabañas para sus esposas. Después instaló su dios personal y los símbolos de sus antepasados. Cada uno de los cinco hijos de Uchendu aportó trescientos ñames de siembra para que su primo pudiera plantar los campos, pues en cuanto llegara la primera de las grandes lluvias empezaría el laboreo.

Por fin llegó la lluvia. Fue repentina y tremenda. Desde hacía dos o tres lunas el sol había ido poniéndose más fuerte, hasta que parecía que estuviera soplando un aliento de fuego sobre la tierra. Desde hacía tiempo la hierba estaba agostada y marrón, y bajo los pies parecía que no hubiese arena, sino carbón ardiente. Los árboles de hoja perenne tenían una capa polvorienta de color marrón. En los bosques habían callado los pájaros y el mundo yacía jadeante bajo el calor vibrante y vivo. Y entonces llegó el rugido del trueno. Fue un cañonazo aislado, metálico y sediento, no el zumbido profundo y líquido de la estación de las lluvias. Se levantó un ventarrón que llenó el aire de polvo. Las palmas ondulaban cuando el viento peinó sus hojas para convertirlas en crestas volantes, como un peinado exótico y fantástico.

Cuando por fin llegó la lluvia lo hizo en forma de gotas grandes y sólidas de agua helada, que la gente llamaba «las nueces de agua del cielo». Eran duras y hacían daño al caer, pero los niños corrían contentos a recoger las nueces duras y se las metían en la boca para derretirlas.

La tierra revivió en seguida y en los bosques los pájaros se echaron a volar y a trinar de contento. El aire se llenó de un vago aroma de vida y de vegetación verde.

Cuando la lluvia empezó a caer con más calma y en gotas líquidas y más pequeñas, los niños fueron a refugiarse y todo el mundo se sintió feliz, refrescado y agradecido.

Okonkwo y su familia trabajaron muchísimo para sembrar sus nuevos campos. Pero era como empezar una nueva vida, sin el vigor ni el entusiasmo de la juventud, como aprender a usar la mano izquierda a una edad avanzada. El trabajo ya no era el mismo placer que antes y, cuando no había trabajo que hacer, Okonkwo se sentaba y se quedaba amodorrado.

Su vida se había regido por una gran pasión: llegar a ser uno de los señores del clan. Aquella había sido su razón vital. Y casi lo había logrado. Luego todo se había derrumbado. Lo habían expulsado de su clan y lo habían dejado como un pez en una playa seca y arenosa, jadeante. Evidentemente, su dios personal o *chi* no estaba hecho para cosas grandiosas. Un hombre no podía ir más allá del destino de su *chi*. Era verdad lo que decían los ancianos: que si un hombre decía sí su *chi* también afirmaba. En su caso, su *chi* decía que no, aunque él afirmaba.

El anciano Uchendu vio claramente que Okonkwo se había rendido a la desesperación y se sintió muy preocupado. Hablaría con él después de la ceremonia de la *isa-ifi*.

Amikwu, que era el más joven de los cinco hijos de Uchendu, iba a tomar una nueva esposa. Ya se había pagado el precio de la novia y se había celebrado la penúltima ceremonia. Amikwu y su familia habían llevado vino de palma a los parientes de la novia unas dos lunas antes de la llegada de Okonkwo a Mbanta. De forma que ya había llegado la hora de la ceremonia definitiva de la confesión.

Estaban presentes todas las hijas de la familia, algunas de las cuales habían recorrido una gran distancia desde sus casas en pueblos remotos. La hija mayor de Uchendu había llegado de Obodo, a casi media jornada de distancia. También se hallaban presentes las hijas de los hermanos de Uchendu. Era una reunión completa de umuada, igual que si se hubiera producido una muerte en la familia. Eran veintidós.

Se sentaron en tierra en un gran círculo y la novia se sentó en el centro con una gallina en la mano derecha. A su lado se sentó Uchendu, que llevaba el báculo ancestral de la familia. Todos los demás hombres se sentaron fuera del círculo, a mirar. También sus esposas observaban. Era al atardecer y se estaba poniendo el sol.

De hacer las preguntas se encargó Njide, la hija mayor de Uchendu.

— Recuerda que si no respondes la verdad tendrás que lamentarlo, o incluso que morir de parto —empezó—. ¿Con cuántos hombres te has acostado desde la primera vez que mi hermano te expresó el deseo de casarse contigo?

— Con ninguno —respondió sencillamente.

— Di la verdad —instaron las otras mujeres.

— ¿Con ninguno? —preguntó Njide.

— Con ninguno —contestó.

Júralo por el báculo de mis padres — dijo Uchendu.

— Lo juro —dijo la novia.

Uchendu le tomó la gallina, a la que le cortó el cuello con un cuchillo afilado y dejó que parte de la sangre cayera en el báculo de sus antepasados.

A partir de aquel día Amikwu se llevó a su joven novia a su cabaña y ella fue su mujer. Las hijas de la familia no volvieron a sus casas, sino que pasaron dos o tres días con sus parientes.

El segundo día Uchendu convocó una reunión de sus hijos y sus hijas y también asistió su sobrino Okonkwo. Los hombres llevaron sus alfombras de piel de cabra en las que se sentaron en el suelo, y las mujeres se sentaron en una estera de sisal sobre un pequeño montículo. Uchendu se estiró suavemente la barba gris y rechinó los dientes. Después empezó a hablar, con voz suave y lento, escogiendo sus palabras con gran cuidado:

— A quien me dirijo sobre todo es a Okonkwo —empezó—. Peto quiero que todos observéis lo que voy a decir. Soy un anciano y todos vosotros sois niños. Yo sé más del mundo que todos vosotros. Si alguno de vosotros cree que sabe más que yo, que hable —hizo una pausa, pero no habló nadie—. ¿Por qué está hoy Okonkwo entre nosotros? Este no es su clan. No somos más que los parientes de su madre. No es de aquí. Es un exiliado, condenado a vivir durante siete años en un país extranjero. Y por eso está abrumado por la pena. Pero hay una pregunta que me gustaría hacerle. ¿Puedes decirme, Okonkwo, por qué es que uno de los nombres que con más frecuencia le ponemos a nuestras hijas es el de Nneka, o «la Madre es Suprema? Todos sabemos que el cabeza de familia es el hombre, y que las esposas hacen lo que él les manda. El niño pertenece al padre y su familia, y no a la madre y su familia. El hombre pertenece al país de su padre, y no al país de su madre. Y, sin embargo, decimos Nneka: «La Madre es Suprema». ¿Por qué? —se produjo un silencio—. Quiero que me responda Okonkwo —dijo Uchendu.

— No sé la respuesta —contestó Okonkwo.

— ¿No sabes la respuesta? O sea, que ya ves que eres un niño. Tienes muchas esposas y muchos hijos, más hijos que yo. Eres un gran hombre en tu clan. Pero sigues siendo un niño, niño mío. Escúchame y te lo explicaré. Pero antes tengo que hacerte otra pregunta. ¿Por qué ocurre que cuando muere una mujer se la llevan a casa para que se la entierre entre sus propios parientes? No se la entierra con los parientes de su marido. ¿Por qué ocurre eso? A tu madre la trajeron a mi casa y la enterraron con mi gente. ¿Por qué? —Okonkwo sacudió la cabeza—. Tampoco eso lo sabe —dijo Uchendu—, y sin embargo está lleno de pena porque ha venido a vivir en la tierra de su madre durante unos años —rió silenciosamente y se volvió a sus hijos y sus hijas—. ¿Y vosotros? ¿Sabéis responder a mi pregunta? —todos ellos negaron

con la cabeza—. Entonces, escúchame—dijo y carraspeó—. Es cierto que los hijos pertenecen a los padres. Peto cuando un padre le pega a su hijo, éste busca consuelo en la cabaña de su madre. Un hombre pertenece al país de su padre cuando las cosas van bien y la vida es dulce: Pero cuando hay pena y amargura, encuentra refugio en la tierra de su madre. Tu madre está ahí para protegerte. Está enterrada ahí. Y por eso decimos que la madre es suprema. ¿Está bien que tú, Okonkwo, vayas ante tu madre con cara de pena y rechaces que se te consuele? Ten cuidado, porque puedes desagradar a los muertos. Tienes el deber de consolar a tus esposas y a tus hijos y de volver a llevarlos a la tierra de tus padres al cabo de siete años. Pero si dejas que los pesares te abrumen y te maten, morirás en el exilio —hizo una larga pausa—. Ahora, éstos son tus parientes —con un gesto hacia sus hijos y sus hijas—. Tú te crees que tus sufrimientos son los mayores del mundo. ¿No sabes que hay hombres a quienes se exilia de por vida? ¿No sabes que a veces hay hombres que pierden todos sus ñames e incluso sus hijos? Una vez llegué a tener hasta seis mujeres. Ahora no tengo ninguna, salvo esa chica que no sabe nada de nada. ¿Sabes cuántos hijos he enterrado, hijos que engendré en la plenitud de la juventud y del vigor? Veintidós. No me he suicidado y aquí estoy vivo y coleando. Si crees que eres la persona que más sufre del mundo, pregunta a Akueni, mi hija, cuántos gemelos ha parido y tenido que tirar al bosque. ¿No has oído la canción que cantan cuando muere una mujer?

¿A quién le va bien, a quién le va bien?

No hay nadie a quien le vaya bien.

No tengo nada más que decirte.

Capítulo XV

OKONKWO estaba ya en su segundo año de exilio cuando fue a visitarlo su amigo Obierika.

Con él venían dos muchachos, cada uno de los cuales llevaba a la cabeza una bolsa muy pesada. Okonkwo los ayudó a descargar. Era evidente que las bolsas estaban llenas de cauríes.

Okonkwo se alegró mucho de recibir a su amigo. También lo celebraron sus esposas y sus hijos, al igual que sus primos y las esposas de éstos cuando envió a buscarlos y les dijo quién era su invitado.

— Tienes que llevarlo a saludar a mi padre —dijo uno de los primos.

— Sí —respondió Okonkwo—. Vamos a ir inmediatamente —pero antes de irse susurró algo a su primera esposa. Esta asintió y en seguida salieron los niños a correr detrás de uno de sus gallos.

Uno de sus nietos había dicho a Uchendu que habían llegado tres desconocidos a casa de Okonkwo. Por eso estaba esperando para recibirlos. Les alargó las manos cuando entraron en su *obi* y tras estrecharles las manos preguntó a Okonkwo quiénes eran.

— Este es Obierika, mi gran amigo. Ya te he hablado de él.

— Sí —dijo el anciano volviéndose hacia Obierika—. Mi hijo me ha hablado de ti y celebro que hayas venido a vernos. Conocía a Iweka, tu padre. Era un gran hombre. Tenía muchos amigos aquí y venía muchas veces a verlos. Eran los buenos tiempos, en los que se tenían amigos en clanes lejanos. Tu generación no sabe lo que es eso. Os quedáis en casa y le tenéis miedo al vecino de al lado. Hoy día hasta el país de la propia madre os resulta extraño —miró a Okonkwo—. Ya soy un viejo y me gusta hablar. Ya no valgo más que para eso —se levantó con dificultades, fue a un cuarto del interior y volvió con una nuez de cola—. ¿Quiénes son estos jóvenes que te acompañan? —preguntó al volver a sentarse en su piel de cabra. Okonkwo se lo dijo—. Ah —exclamó—. Bienvenidos, hijos míos —les ofreció la nuez de cola y cuando la vieron y le dieron las gracias, la partió y se la comieron—. Ve a esa habitación —dijo a Okonkwo, señalándola con el dedo—. Encontrarás un cántaro de vino. —Okonkwo sacó el vino y empezaron a beber. Era del día anterior, fuerte y muy potente—. Sí — dijo Uchendu tras un largo silencio—. En aquellos tiempos la gente viajaba más. No hay ni un solo clan de por aquí que no conozca yo muy bien. Aninta, Umuazu, Ikeocha, Elumelu, Abame; los conozco todos.

— ¿Sabes —preguntó Obierika— que Abame ya no existe?

— ¿Cómo dices? —preguntaron simultáneamente Uchendu y Okonkwo.

— Abame ha desaparecido del mundo —dijo Obierika—. Es una historia rara y terrible. Si no hubiera visto a los supervivientes con mis propios ojos, no me lo

hubiera creído. ¿No fue un día de Eke cuando llegaron huyendo a Umuofia? — preguntó a sus dos compañeros, que asintieron con la cabeza—. Hace tres lunas — dijo Obierika—, en un día de mercado de Eke, llegó a nuestro pueblo un grupito de fugitivos. Casi todos ellos eran hijos de nuestro país cuyas madres están enterradas con nosotros. Pero también había algunos que vinieron porque tenían amigos en nuestro pueblo y otros que no podían encontrar ningún otro sitio al que escapar. Así que huyeron a Umuofia y nos contaron una historia muy triste —bebió su vino de palma y Okonkwo volvió a llenarle el cuerno. Continuó:

—En la última estación de siembra había aparecido en su clan un hombre blanco.

— Un albino —sugirió Okonkwo.

— No era un albino. Era completamente distinto —sorbió el vino—. E iba montado en un caballo de hierro. Los primeros que lo vieron se echaron a correr, pero él se paró a llamarlos. Al final los más valientes se le acercaron e incluso lo tocaron. Los ancianos consultaron a su Oráculo y éste les dijo que aquel desconocido iba a deshacer su clan y a difundir la destrucción entre ellos —Obierika volvió a beber algo de vino—. Y entonces mataron al hombre blanco y ataron su caballo de hierro al árbol sagrado, porque parecía que iba a echarse a correr para llamar a los amigos de aquel hombre. Se me olvidaba decir otra cosa que dijo el Oráculo. Dijo que estaban en camino otros hombres blancos. Eran langostas, dijo, y aquel primer hombre era el adelantado enviado a explorar el territorio. Y por eso lo mataron.

— ¿Qué dijo el hombre blanco antes de que lo mataran? —preguntó Uchendu.

— No dijo nada —respondió uno de los acompañantes de Obierika.

— Dijo algo, pero no lo comprendieron —corrigió Obierika—. Parecía que hablaba por la nariz.

— Me dijo uno de los hombres — añadió el otro acompañante de Obierika— que repetía una vez tras otra una palabra que se parecía a Mbaino. A lo mejor iba a Mbaino y se había perdido.

— En todo caso —siguió Obierika—, lo mataron y ataron su caballo de hierro. Eso fue antes de que empezara la estación de la siembra. Durante mucho tiempo no pasó nada. Habían llegado las lluvias y se habían sembrado los ñames. El caballo de hierro seguía atado al árbol sagrado del bómbax. Y entonces una mañana llegaron al clan tres hombres blancos precedidos de un grupo de hombres corrientes, como nosotros. Vieron el caballo de hierro y se volvieron a marchar. Casi todos los hombres y las mujeres de Abame se habían ido a sus campos. Sólo unos cuantos vieron a aquellos hombres blancos y a los que los acompañaban. En muchas semanas de mercado no pasó nada más. En Abame tienen un gran mercado cada dos días de Afo, y como sabéis, se reúne todo el clan. Ese fue el día en que pasó. Los tres hombres blancos y muchísimos más hombres cercaron el mercado. Deben haber usado una medicina muy potente para hacerse invisibles hasta que se llenó el

mercado. Y empezaron a disparar. Mataron a todos, salvo los ancianos y los enfermos que se habían quedado en casa, y un puñado de hombres y mujeres cuyos chi estaban alerta y lograron sacarlos de aquel mercado —hizo una pausa—. Ahora el clan está totalmente vacío. Han huido hasta los peces sagrados de su lago misterioso y el lago se ha vuelto del color de la sangre. Sobre el país ha descendido un gran mal, como había advertido el Oráculo.

Se produjo un largo silencio. Uchendu rechinó los dientes audiblemente. Luego estalló:

— Nunca hay que matar a un hombre que no dice nada. Esos hombres de Abame fueron idiotas. ¿Qué sabían de aquel hombre? —volvió a rechinar los dientes y contó una historia para explicar lo que acababa de decir—: Una vez la Madre Milana envió a su hija en busca de comida. Se fue y trajo un pauto. «Muy bien hecho», dijo la Madre Milana a su hija, «pero, dime ¿qué dijo la madre de este gatito cuando te lanzaste y le agarraste a su hijo?» «No dijo nada», respondió la milana chica. «Se marchó y nada más.» «Tienes que devolverle el gatito», dijo la Madre Milana. «Detrás de ese silencio se esconde algo de mal agüero.» De forma que la Hija Milana devolvió el gatito y volvió con un pollo en su lugar. «¿Qué dijo la madre de este pollo?», preguntó la milana vieja. «Gritó y se encolerizó y me insultó», dijo la milana joven. Entonces nos podemos comer el pollo», dijo su madre. «Cuando alguien se pone a gritar no hay nada que temer.» Esos hombres de Abame fueron unos idiotas.

— Fueron unos idiotas — dijo Okonkwo tras una pausa—. Se les había advertido de que había peligro. Tendrían que haberse armado con sus escopetas y sus machetes incluso al ir al mercado.

— Ya han pagado su idiotez —dijo Obierika—. Pero tengo mucho miedo. Nos han contado historias de hombres blancos que hacían cañones muy potentes y bebidas muy fuertes, y se llevaban esclavos al otro lado del mar, pero nadie creía que esas historias fueran ciertas.

— No hay ninguna historia que no sea cierta —dijo Uchendu—. El mundo no tiene fin, y lo que a unos les parece bueno a otros les parece una abominación. Entre nosotros mismos hay albinos. ¿No creéis que llegaron a nuestro clan por equivocación, que se han perdido en camino a un país en el que todo el mundo es igual que ellos?

La primera esposa de Okonkwo terminó pronto de cocinar y puso ante sus invitados una gran comida de ñames molidos y de sopa de hojas amargas. Nwoye, el hijo de Okonkwo, trajo un cántaro de vino dulce extraído de la palma de rafia.

— Ya eres un hombre —dijo Obierika a Nwoye—. Tu amigo Anene me ha dicho que te diera recuerdos.

— ¿Está bien? —preguntó Nwoye.

— Todos estamos bien —contestó Obierika.

Ezinma les trajo un cuenco con agua para lavarse las manos. Después empezaron a comer y a beber el vino.

— ¿Cuándo salisteis de casa? —preguntó Okonkwo.

— Queríamos haber salido de mi casa antes del canto del gallo —dijo Obierika—. Pero Nweke no apareció hasta que ya era de día. Nunca hay que quedar citado a primera hora con un hombre que acaba de tomar una esposa nueva —todos rieron.

— ¿Ha tomado esposa Nweke? —preguntó Okonkwo.

— Se ha casado con la segunda hija de Okadigbo —contestó Obierika.

— Está muy bien —dijo Okonkwo—. No me extraña que no oyeras el canto del gallo.

Después de comer, Obierika señaló las dos bolsas cargadas.

— Ese es el dinero de tus ñames —dijo—. En cuanto te fuiste vendí los grandes. Después vendí algunos de los ñames de siembra y otros se los di a unos aparceros. Seguiré haciendo igual todos los años hasta que vuelvas. Pero he supuesto que podías necesitar el dinero y por eso te lo he traído. ¿Quién sabe lo que puede pasar mañana? A lo mejor a nuestro clan vienen hombres verdes a matarnos.

— Dios no lo permitirá —dijo Okonkwo—. No sé cómo darte las gracias.

— Te lo diré yo —dijo Obierika—. Mata a uno de tus hijos en mi honor.

— No bastaría con eso —dijo Okonkwo.

—Entonces mátate tú —dijo Obierika.

—Perdóname — dijo Okonkwo con una sonrisa. No volveré a decirte que te estoy agradecido.

Capítulo XVI

CUANDO, casi dos años más tarde, volvió Obierika a visitar a su amigo exiliado, las circunstancias eran menos risueñas. Los misioneros habían llegado a Umuofia. Allí habían construido su iglesia, convertido a un puñado de gente y ya estaban enviando catequistas a los pueblos y las aldeas de los alrededores. Aquello apenaba mucho a los jefes del clan; pero muchos de ellos creían que aquella fe tan rara y el Dios de los hombres blancos no durarían mucho. Ninguno de sus conversos era un hombre cuya voz se escuchara en la asamblea del pueblo. Ninguno de ellos era un hombre con título. Eran sobre todo del tipo de personas a las que se califica de *efulefu*, nulidades, hombres hueros. La representación de un *efulefu* en el idioma del clan era la de un hombre que vendía su machete e iba al combate con la vaina vacía. Chielo, la sacerdotisa de Agbala, decía que los conversos eran los excrementos del clan, y la nueva fe un perro rabioso que había ido a comérselos.

Lo que impulsó a Obierika a visitar a Okonkwo fue la repentina aparición del hijo de este último, Nwoye, entre los misioneros de Umuofia.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó Obierika cuando, tras plantearle muchas dificultades, los misioneros le permitieron hablar con el muchacho.

— Soy uno de ellos —replicó Nwoye.

— ¿Cómo está tu padre? — preguntó Obierika, que no sabía qué otra cosa decir.

— No lo sé. No es mi padre —dijo Nwoye triste.

Y por eso fue Obierika a Mbanta a ver a su amigo. Y vio que Okonkwo no quería hablar de Nwoye. No logró enterarse de algunos fragmentos de la historia más que de labios de la madre de Nwoye.

La llegada de los misioneros había causado considerable agitación en Mbanta. Eran seis, y uno de ellos era un hombre blanco. Todos los hombres y todas las mujeres salieron a ver al hombre blanco. Las historias acerca de aquellos hombres extraños habían ido en aumento desde que murió uno de ellos en Abame y su caballo de hierro había quedado atado al árbol sagrado de bómbax. Y por eso todo el mundo salió a ver al hombre blanco. Era la época del año en que todo el mundo estaba en casa. Ya había terminado la recolección.

Cuando se reunieron todos, el hombre blanco empezó a hablarles. Hablaba por conducto de un intérprete que era ibo, aunque su acento sonaba raro y áspero a los oídos de Mbanta. Mucha gente se rió de su acento y de la forma extraña en que utilizaba las palabras. En lugar de decir «yo», decía «mi culo». Pero era un hombre de presencia imponente y los miembros del clan lo escucharon. Les dijo que era uno de ellos, como podían ver por su color y por su habla. Los otros cuatro negros también eran hermanos suyos, aunque uno de ellos no sabía hablar en ibo. El hombre blanco también era su hermano, porque todos eran hijos de Dios. Y les habló de aquel

nuevo Dios, el Creador de todo el mundo y de todos los hombres y todas las mujeres. Les dijo que ellos adoraban a dioses falsos, dioses de madera y de piedra. Cuando dijo eso recorrió la multitud un profundo murmullo. Les dijo que el verdadero Dios vivía en las alturas y que todos los hombres, al morir, se presentaban ante El para que los juzgara. Los malos y todos los paganos que en su ceguera se prosternaban ante pedazos de madera y de piedra se veían lanzados a un fuego ardiente como el aceite de palma. Pero los buenos que adoraban al verdadero Dios vivían eternamente en su reino de la felicidad.

— Nos ha enviado este gran Dios para pedirnos que abandonéis vuestro comportamiento malvado y vuestros falsos dioses y os volváis hacia El, para que al morir os salvéis —dijo.

— Tu culo entiende nuestro idioma —dijo alguien en broma, y la multitud se rió.

— ¿Qué ha dicho? —preguntó el hombre blanco a su intérprete. Pero antes que éste pudiera responderle, otro hombre hizo una pregunta:

— ¿Dónde está el caballo del hombre blanco? —preguntó. Los evangelistas ibos se consultaron entre sí y decidieron que aquel hombre probablemente se refería a una bicicleta. Se lo dijeron al hombre blanco y éste sonrió benévolamente.

— Decidles —les ordenó— que cuando nos hayamos asentado entre ellos traeré muchos caballos de hierro. Algunos de ellos incluso podrán montar en el caballo de hierro —aquellas palabras se interpretaron, pero muy pocas las oyeron. Todos hablaban excitados los unos con los otros, porque el hombre blanco había dicho que iba a ir a vivir con ellos. Eso no se les había ocurrido.

En aquel momento un anciano dijo que tenía una pregunta:

— ¿Cuál es este dios vuestro? ¿La diosa de la tierra, el dios del cielo, Amadiora del trueno, o qué?

El intérprete habló al hombre blanco y éste dio su respuesta inmediatamente:

— Todos los dioses que acabas de nombrar no son dioses en absoluto. Son dioses del engaño que os dicen que matéis a vuestros hermanos y destruyáis a niños inocentes. No hay más que un Dios verdadero y El posee la tierra y el cielo, os posee a vosotros y a mí y a todos nosotros.

— Si dejamos a nuestros dioses y seguimos a tu dios —preguntó otro hombre—, ¿quién nos va a proteger contra la ira de nuestros dioses y nuestros antepasados abandonados?

— Vuestros dioses no viven y no os pueden hacer ningún daño —replicó el hombre blanco—. Son pedazos de madera y de piedra.

Cuando se interpretaron esas palabras a los hombres de Mbanta, éstos rompieron a reír burlones. Aquellos hombres tenían que estar locos, se dijeron los unos a los otros. Si no, ¿cómo podían decir que Ani y Amadiora eran inofensivos? ¿Y también Idemili y Ogwugwu? Y algunos de ellos empezaron a marcharse.

Entonces los misioneros empezaron a cantar. Era uno de aquellos aires alegres y animados del evangelismo que tenían la facultad de recordar emociones silenciosas y polvorientas en el corazón de los ibos. El intérprete explicaba cada nueva estrofa a los asistentes, algunos de los cuales se sentían fascinados ahora. Era una historia de hermanos que vivían en las tinieblas y el temor, ignorantes del amor de Dios. Hablaba de una oveja que se había perdido en el monte, lejos de las puertas de Dios y de las tiernas atenciones del pastor.

Después de la canción el intérprete habló del Hijo de Dios, que se llamaba Jesu Kristi. Okonkwo, que se había quedado únicamente porque esperaba que se diera la ocasión de echar a aquellos hombres del pueblo o de darles una paliza, dijo entonces:

— Nos habéis dicho por vuestra propia boca que no había más que un dios. Ahora habláis de su hijo. Entonces debe tener una esposa —la multitud asintió.

— Yo no he dicho que tuviera una esposa —dijo el intérprete, con una cierta timidez.

— Tu culo dijo que tenía un hijo — dijo el bromista—. Entonces tiene que tener una mujer, y todos ellos deben tener culos.

El misionero no le hizo caso y siguió hablando de la Santísima Trinidad. Al final de todo aquello, Okonkwo quedó convencido de que aquel hombre estaba loco. Se encogió de hombros y se marchó a extraer su vino de palma para aquella tarde.

Pero había un muchachito que se había quedado cautivado. Se llamaba Nwoye y era el primer hijo de Okonkwo. No era la lógica absurda de la Trinidad lo que lo había cautivado. No la comprendía. Era la poesía de la nueva religión, algo que sentía en la médula de los huesos. El himno acerca de los hermanos que estaban sumidos en las tinieblas y el temor parecía responder a una pregunta indefinida y persistente que atormentaba su alma de adolescente: la de los gemelos que lloraban en la maleza y la de la muerte de Ikemefuna. —Se sintió aliviado en su fuero interno cuando el himno fue regándole el alma reseca. La letra del himno era como la lluvia helada que se derretía en el paladar seco de la tierra jadeante. La mentalidad inmadura de Nwoye se sentía muy confusa.

Capítulo XVII

Los misioneros pasaron las cuatro o cinco primeras noches en la plaza del mercado, y por la mañana fueron a la aldea a predicar el evangelio. Preguntaron quién era el rey de la aldea, pero los habitantes les dijeron que no había rey:

— Tenemos personas de títulos elevados y los sumos sacerdotes y los ancianos — les dijeron.

Tras las emociones del primer día no resultó muy fácil reunir a los hombres de título elevado y a los ancianos. Pero los misioneros perseveraron y acabaron por lograr que los recibieran los gobernantes de Mbanta. Pidieron una parcela para construir su iglesia.

Todos los clanes y todos los pueblos tenían su «bosque del mal». Allí se enterraba a todos los que morían de las enfermedades verdaderamente malignas, como la lepra y la viruela. También era donde se abandonaba a los fetiches potentes de los grandes chamanes cuando morían éstos. Por consiguiente, los «bosques del mal» estaban llenos de fuerzas siniestras y de los poderes de las tinieblas. Los gobernantes de Mbanta cedieron uno de esos bosques a los misioneros. En realidad, no querían que éstos se quedaran en su clan y por eso les hicieron aquel ofrecimiento, que no aceptaría nadie con sentido común.

— Quieren una parcela de terreno para construir su santuario —dijo Uchendu a los otros dirigentes cuando se consultaron entre sí—; vamos a dársela.

Al escuchar un murmullo de desaliento y de sorpresa, hizo una pausa:

— Vamos a darles una parcela del Bosque del Mal. Dicen que pueden vencer a la muerte. Vamos a darles un auténtico campo de batalla en el que demostrar cómo la vencen —los demás se rieron y dieron su acuerdo y enviaron a buscar a los misioneros, a los que habían pedido que se alejaran un rato para que pudieran «susurrar juntos». Les ofrecieron toda la superficie del Bosque del Mal que quisieran ocupar. Y para gran asombro suyo, los misioneros les dieron las gracias y se pusieron a cantar.

— No entienden nada —dijo uno de los ancianos—. Pero ya lo entenderán cuando vayan a su parcela mañana por la mañana —y se dispersaron.

A la mañana siguiente aquellos locos empezaron efectivamente a talar una parte del bosque y a construir su casa. Los habitantes de Mbanta esperaban que murieran todos ellos en los cuatro días siguientes. Pasó el primer día, y el segundo, y el tercero, y el cuarto, y no murió ninguno de ellos. Todo el mundo estaba sorprendido. Y luego se difundió la noticia de que el fetiche del hombre blanco tenía una fuerza increíble. Se decía que llevaba cristales en los ojos para poder ver a los espíritus del mal y hablar con ellos. Poco después obtuvo sus tres primeras conversiones.

Aunque Nwoye se había sentido atraído a la nueva fe desde el primer día, lo

mantuvo en secreto. No se atrevía a acercarse demasiado a los misioneros por temor a su padre. Pero cuando eran ellos los que venían al pueblo a predicar en la plaza del mercado o en el terreno de juegos del pueblo, allí estaba Nwoye. Y ya estaba empezando a aprenderse algunos de los relatos sencillos que contaban.

— Ya hemos construido una iglesia —dijo el señor Kiaga, el intérprete, que ahora se había hecho cargo de la nueva congregación. El hombre blanco* había vuelto a Umuofia, donde había construido su cuartel general y desde donde venía regularmente a visitar la congregación del señor Kiaga en Mbanta.

— Ya hemos construido una iglesia — dijo el señor Kiaga—, y queremos que vengáis todos cada séptimo día a rendir adoración al verdadero Dios.

El domingo siguiente, Nwoye pasó una y otra vez delante del pequeño edificio de barro rojo y bálago sin hallar el valor suficiente para entrar en él. Escuchó voces que cantaban y aunque sólo eran las de un puñado de hombres, sonaban vigorosas y confiadas. Su iglesia estaba en un espacio circular despejado que parecía la boca abierta del Bosque del Mal. ¿Estaría esperando a cerrarse sobre ellos de una dentellada? Después de pasar una vez tras otra ante la iglesia, Nwoye volvió a casa.

Era cosa sabida entre los habitantes de Mbanta que sus dioses y sus antepasados a veces eran muy pacientes y permitían deliberadamente que alguien los desafiara más de una vez. Pero incluso en aquellos casos, ponían un límite de siete semanas de mercado, o veintiocho días. No se permitía a nadie que superase ese límite. De manera que en el pueblo iba en aumento la emoción a medida que se acercaba la séptima semana a contar desde el momento en que aquellos misioneros insolentes construyeron su iglesia en el Bosque del Mal. Los habitantes de Mbanta estaban tan seguros de la condena que iba a caer sobre aquellos hombres que uno o dos de los conversos calculó que sería más prudente dejar en suspenso su creencia en la nueva fe.

Por fin llegó el día en que deberían haber muerto todos los misioneros. Pero seguían vivos y construían una nueva casa de barro rojo y bálago para el señor Kiaga, su maestro. Aquella semana consiguieron un puñado más de conversiones. Y por primera vez la de una mujer. Se llamaba Nneka y estaba casada con Amadi, que era un agricultor próspero. Estaba embarazada de varios meses.

Nneka había tenido ya cuatro embarazos y cuatro partos. Pero cada una de esas veces había tenido gemelos a los que habían tirado al bosque inmediatamente. Su marido y la familia de éste ya estaban empezando a criticarla severamente por tener gemelos, y no lo sintieron demasiado cuando se encontraron con que había huido para sumarse a los cristianos. Que se fuera para no volver.

Una mañana pasaba Amikwu, el primo de Okonkwo, por delante de la iglesia de vuelta de la aldea de al lado, cuando vio a Nwoye entre los cristianos. Se quedó muy sorprendido y cuando llegó a casa fue directamente a la choza de Okonkwo y le dijo

lo que había visto. Las mujeres empezaron a hablar muy nerviosas, pero Okonkwo se quedó impasible.

Nwoye no volvió a casa hasta media tarde. Fue al *obi* a saludar a su padre, pero éste no le contestó. Nwoye se dio la vuelta para dirigirse al interior del recinto cuando su padre, dominado repentinamente por la ira, se puso en pie de un salto y lo agarró del cuello.

— ¿De dónde vienes? —preguntó con voz atropellada.

Nwoye intentó zafarse de aquel apretón que lo asfixiaba.

— ¡Respóndeme —rugió Okonkwo— antes de que te mate! —agarró un bastón grueso que estaba apoyado en la pared pequeña y le dio dos o tres garrotazos tremendos.

— ¡Respóndeme! —volvió a rugir.

Nwoye se quedó mirándolo y no dijo ni una palabra. Fuera, las mujeres gritaban y no se atrevían a entrar.

— ¡Suelta al chico inmediatamente! —dijo una voz desde el exterior del recinto. Era Uchendu, el tío de Okonkwo—. ¿Te has vuelto loco?

Okonkwo no contestó. Pero soltó a Nwoye, que se alejó y no regresó jamás.

Volvió a la iglesia y le dijo al señor Kiaga que había decidido irse a Umuofia, donde el misionero blanco había establecido una escuela para enseñar a los jóvenes cristianos a leer y escribir.

El señor Kiaga se puso contentísimo:

— Bendito sea el que por mí abandona a su padre y a su madre —entonó—. Quienes escuchan mis palabras son mi padre y mi madre.

Nwoye no lo entendió del todo. Pero se alegraba de separarse de su padre. Más tarde volvería con su madre y sus hermanos y los convertiría a la nueva fe.

Aquella noche Okonkwo se quedó sentado en su choza, contemplando el fuego de leña y reflexionando sobre el asunto. Estaba lleno de furia y sintió fuertes deseos de agarrar el machete, ir a la iglesia y eliminar a toda aquella pandilla asquerosa de malhechores. Pero tras reflexionar se dijo que no merecía la pena luchar por Nwoye. ¿Por qué», exclamaba en su fuero interno, «tenía que ser él precisamente, Okonkwo, el que tuviera la maldición de un hijo así?» En eso se veía claramente la intervención de su dios personal, o *chi*. Porque, de otro modo, ¿cómo explicar su gran desgracia y su exilio y ahora el comportamiento despreciable de su hijo? Ahora que tenía tiempo para pensarlo, se apreciaba claramente la horrible enormidad del crimen de su hijo. El abandonar los dioses del padre y marcharse con una panda de afeminados que cloqueaban como gallinas viejas era la mayor de las abominaciones. ¿Y si cuando muriera él todos sus hijos varones decidían seguir el ejemplo de Nwoye y abandonar a sus antepasados? Okonkwo sintió un escalofrío ante una perspectiva tan horrorosa, como la perspectiva de la aniquilación. Se vio a sí mismo y a sus antepasados

amontonados ante su santuario ancestral, esperando en vano la adoración y el sacrificio y sin hallar nada más que las cenizas de los días del pasado, mientras sus hijos rezaban al dios del hombre blanco. Si jamás ocurría algo así, él, Okonkwo, los eliminaría de la faz de la Tierra.

A Okonkwo solían llamarlo «Llama Ardiente». Mientras contemplaba el fuego de leña recordó el apodo. El era un fuego ardiente. ¿Cómo podía haber engendrado un hijo como Nwoye, degenerado y afeminado? Quizá no era hijo suyo. ¡No! No podía ser. Su mujer lo había engañado. ¡Se iba a enterar! Peto Nwoye se parecía a su abuelo, Unoka que era el padre de Okonkwo. Rechazó la idea. A él, a Okonkwo, lo llamaban llama ardiente. ¿Cómo podía haber engendrado un hijo como una mujer? A la edad de

Nwoye Okonkwo ya era famoso en todo Umuofia como luchador y hombre intrépido.

Dio un gran suspiro, y como si fuera una respuesta, también suspiraron las brasas del fuego.

E inmediatamente Okonkwo abrió los ojos y vio las cosas con gran claridad. El fuego vivo engendra una ceniza fría e impotente. Volvió a exhalar un gran suspiro.

Capítulo XVIII

LA joven iglesia de Mbanta tuvo unas cuantas crisis en sus primeros momentos. Al principio, el clan había creído que no sobreviviría. Pero había seguido adelante y gradualmente se había ido fortaleciendo. El clan estaba preocupado, pero no demasiado. Si una panda de *efulefu* decidía vivir en el Bosque del Mal, era asunto suyo. Bien pensado, el Bosque del Mal era un buen sitio para aquellos indeseables. Es verdad que rescataban a los gemelos de la sabana, pero nunca los llevaban al pueblo. Por lo que respectaba a los habitantes de éste, los gemelos seguían donde los habían tirado. La diosa de la tierra no iba a castigar a los inocentes habitantes de Mbanta por los pecados de los misioneros.

Pero hubo una ocasión en que los misioneros trataron de extralimitarse. Tres conversos habían ido al pueblo y se habían jactado abiertamente de que todos los dioses habían muerto y eran impotentes, y habían dicho que estaban dispuestos a desafiarlos y quemar todos sus santuarios.

— Iros a quemar las partes genitales de vuestras madres —dijo uno de los sacerdotes. Agarraron y golpearon a aquellos hombres hasta que estuvieron bañados en sangre. Después de eso, en mucho tiempo no volvió a pasar nada entre la iglesia y el clan.

Pero ya se estaban empezando a difundir rumores de que el hombre blanco no sólo había traído una religión, sino también un *gobierno*. Se decía que había construido en Umuofia un lugar para celebrar juicios y proteger a los seguidores de su religión. Se decía incluso que había ahorcado a un hombre por matar a

Aunque esos rumores corrían ahora con mucha frecuencia, en Mbanta parecían cuentos de hadas y todavía no afectaban a las relaciones entre la nueva iglesia y el clan. Allí ni se hablaba de matar a un misionero, pues el señor Kiaga, pese a su locura, era completa") mente inofensivo. En cuanto a sus conversos, nadie podía matarlos sin tener que huir del clan, pues pese a su indignidad, seguían perteneciendo a él. De forma que nadie prestó demasiada atención a los rumores sobre el *gobierno* del hombre blanco ni a las consecuencias de matar a los cristianos. Si creaban más problemas de los que ya estaban causando, bastaba con expulsarlos del clan, y nada más.

Y en aquellos momentos la pequeña iglesia estaba demasiado absorta en sus propios problemas para molestar al clan. Todo empezó con la cuestión de admitir a proscritos.

Aquellos proscritos, u *osu*, al ver que la nueva religión acogía a los gemelos y otras abominaciones, pensaron que era posible que también los acogiera a ellos. De forma que un domingo entraron en la iglesia dos de ellos. Inmediatamente se produjo un gran revuelo, pero tal era la labor que la nueva religión había realizado entre los

conversos, que éstos no salieron inmediatamente de la iglesia en cuanto entraron los proscritos. Los que se encontraron a su lado se limitaron a cambiarse de banco. Fue un milagro. Pero no duró más que hasta el final de los servicios. Toda la iglesia protestó y estaba a punto de expulsar a aquella gente cuando el señor Kiaga los detuvo y empezó a explicar:

— Ante Dios —dijo— no hay esclavos ni hombres libres. Todos somos hijos de Dios y debemos recibir a estos hermanos nuestros.

— No comprendes —dijo uno de los conversos—. ¿Qué van a decir los paganos de nosotros cuando se enteren de que recibimos a osu en nuestro grupo? Se van a echar a reír.

— Que se rían —dijo el señor Kiaga—. Dios se reirá de ellos el Día del Juicio. ¿Por qué se enojan las naciones y se imaginan los pueblos cosas vanas? El que se sienta en los cielos se reirá. El Señor los considerará ridículos.

— No comprendes —insistió el converso—. Eres nuestro maestro y nos puedes enseñar las cosas de la nueva fe. Pero de esto quienes sabemos somos nosotros —y le explicó lo que era un osu.

Era una persona consagrada a un dios, algo aparte: tabú para siempre, y después de él sus hijos. No podía casarse con una persona nacida libre. De hecho, era un proscrito que vivía en una parte especial del pueblo, cerca del Gran Santuario. Adondequiera que fuese llevaba la marca de su casta prohibida: pelo largo, desgredado y sucio. Le estaba prohibido tener con qué afeitarse. Un osu no podía asistir a las asambleas de los hombres libres, y éstos, a su vez, no podían refugiarse bajo su techo. No podía tomar ninguno de los cuatro títulos del clan, y al morir lo enterraban sus iguales en el Bosque del Mal. ¿Cómo podía alguien así ser seguidor de Cristo?

— Necesita a Cristo más que vosotros y que yo —dijo el señor Kiaga.

— Entonces yo me vuelvo al clan — dijo el converso. Y se fue. El señor Kiaga se mantuvo firme y fue su firmeza lo que salvó a la joven iglesia. Los conversos titubeantes recibieron inspiración y confianza de su fe inquebrantable. Ordenó a los proscritos que se cortaran las cabelleras desgredadas. Al principio, ellos temieron que eso les acarrearla la muerte.

— Si no os cortáis la señal de vuestra fe pagana, no os admitiré en la iglesia — dijo el señor Kiaga—. Teméis morir. Y, ¿por qué vais a morir? ¿En qué os diferenciáis de otros hombres que se cortan el pelo? El mismo Dios os creó a vosotros y a ellos. Pero os han rechazado como si fuerais leprosos. Eso va contra la voluntad de Dios, que ha prometido la vida eterna a todos los que crean en su Santo Nombre. Los paganos dicen que moriréis si hacéis tal o cual cosa, y tenéis miedo. También me dijeron a mí que moriría si construía mi iglesia en este terreno. ¿He muerto, acaso? Dijeron que moriría si recogía gemelos. Y sigo vivo. Los paganos no dicen más que

mentiras. La única verdad es la palabra de nuestro Dios.

Los dos proscritos se cortaron el pelo, y en poco tiempo se convirtieron y pasaron a formar parte de los seguidores más ardientes de la nueva fe. Y lo que es más, casi todos los osu de Mbanta siguieron su ejemplo. De hecho, fue uno de ellos quien, en su ardor, hizo que un año después la iglesia tuviera un grave conflicto con el clan cuando mató a la pitón sagrada, la emanación del dios del agua.

La pitón real era el animal más reverenciado de Mbanta y todos los clanes de sus alrededores. Su título era el de «Padre Nuestro», y se le permitía ir donde quería, incluso meterse en las camas de la gente. Se comía las ratas de las casas, y a veces incluso los huevos de las gallinas. Si un miembro del clan mataba una pitón real por accidente, hacía sacrificios expiatorios y realizaba una ceremonia carísima de enterramiento, como la de un

i gran hombre. No existía un castigo prescrito para quien matara a una pitón real adrede. Nadie creía que jamás pudiera ocurrir algo así.

Quizá no llegara a ocurrir nunca. Eso fue lo que prefirió creer el clan al principio. De hecho, nadie había visto cómo ocurrió. El rumor había surgido entre los propios cristianos.

Pero, de todas formas, los gobernantes y los ancianos de Mbanta se reunieron para decidir lo que habían de hacer. Muchos de ellos hablaron largo tiempo y con voces enfurecidas. Había descendido sobre ellos el espíritu de la guerra. Okonkwo, que había empezado a desempeñar un papel en los asuntos de la tierra de su madre, dijo que no habría paz hasta que se hubiera expulsado a latigazos del pueblo a toda aquella panda de malhechores.

Pero había muchos más que veían las cosas de forma diferente, y al final fue la opinión de éstos la que prevaleció.

— En nuestras costumbres no entra el luchar por nuestros dioses —dijo uno de ellos—. No vayamos a hacerlo ahora. Si alguien mata a la Pitón sagrada en el secreto de su choza, el asunto está entre él y el dios. Nosotros no lo hemos visto. Si nos interponemos entre el dios y su víctima, es posible que nos caigan encima los golpes destinados al delincuente. ¿Qué hacemos cuando alguien blasfema? ¿Le cerramos la boca? No. Nos metemos los dedos en las orejas para no oírlo. Eso es lo prudente.

— No razonemos como cobardes — dijo Okonkwo—. Si alguien viene a mi choza y defeca en el suelo, ¿qué hago? ¿Cierto los ojos? ¡No! Agarro un garrote y le parto la cabeza. Eso es lo que hace un hombre. Esa gente no hace más que echarnos basural encima y Okeke dice que tenemos que hacer como que no la vemos. — Okonkwo hizo un ruido de asco. El clan se estaba afeminando, pensó. Eso no hubiera podido ocurrir jamás en Umuofia, el clan paterno.

— Okonkwo ha dicho la verdad —dijo otro hombre—. Deberíamos hacer algo. Pero tendríamos que declararlos en el ostracismo. Así no seríamos responsables de

sus abominaciones.

Todos los asistentes a la asamblea dijeron su opinión, y al final se decidió enviar a los cristianos al ostracismo. Okonkwo rechinó los dientes de asco.

Aquella noche un pregonero recorrió Mbanta a lo largo y a lo ancho para proclamar que los seguidores de la nueva fe quedaban excluidos en adelante de la vida y los privilegios del clan.

Los cristianos eran cada vez más y ya formaban una pequeña comunidad de hombres, mujeres y niños, seguros de sí mismos y confiados. El señor Brown, que era el misionero blanco, los visitaba regularmente y decía:

— Cuando pienso que hace sólo dieciocho meses que se plantó entre vosotros la primera Semilla, me asombro de lo que ha creado el Señor.

Era el Miércoles Santo y el señor Kiaga había pedido a las mujeres que trajesen tierra roja y tiza blanca y agua para dejar la iglesia bien limpia para la Pascua de Resurrección, y las mujeres habían formado tres grupos para hacer ese trabajo. Aquella mañana salieron muy temprano, unas para ir a buscar agua al arroyo, otras con azadas y cestos a buscar tierra en el terreno del pueblo, y las otras a la cantera de tiza.

El señor Kiaga estaba rezando en la iglesia cuando oyó que las mujeres hablaban muy nerviosas. Terminó su oración y salió a ver qué pasaba. Las mujeres habían vuelto a la iglesia con los baldes vacíos. Dijeron que unos muchachos las habían echado a latigazos del arroyo. Poco después volvieron con los cestos vacíos las mujeres que habían ido a buscar la tierra roja. Algunas de ellas habían recibido muchos latigazos. Las que habían ido a buscar tiza volvieron contando lo mismo que las anteriores.

— ¿Qué significa todo esto? —preguntó el señor Kiaga, muy perplejo.

— La aldea nos ha proscrito —dijo una de las mujeres—. Anoche lo anunció el pregonero. Pero no entra en nuestras costumbres prohibir a nadie que vaya al arroyo o a la cantera.

Otra mujer añadió:

— Quieren arruinarnos. No nos van a dejar que vayamos al mercado. Lo han dicho.

El señor Kiaga iba a mandar a buscar a la aldea a sus conversos varones cuando vio que llegaban por su cuenta. Naturalmente, todos ellos habían oído al pregonero, pero jamás en su vida habían oído que se prohibiera a una mujer ir al arroyo.

— Vamos —dijeron a las mujeres—. Vamos con vosotras a ver a esos cobardes —algunos de ellos llevaban garrotes e incluso algunos machetes.

Peto el señor Kiaga los detuvo. Primero quería saber por qué los habían proscrito.

— Dicen que Okoli ha matado a la Pitón sagrada —dijo uno de ellos.

— Es mentira —dijo otro—. El propio Okoli me ha dicho que es mentira.

Okoli no estaba presente para contestar. Se había puesto enfermo la noche anterior. Antes de que terminara el día había muerto. Su muerte demostraba que los dioses seguían siendo capaces de empeñar sus propias batallas. El clan dejó de advertir motivos para atacar a los cristianos.

Capítulo XIX

ESTABAN cayendo las últimas grandes lluvias del año. Era el momento de apisonar barro rojo con el que construir nuevas paredes. No se hacía antes porque las lluvias eran demasiado fuertes y se hubieran llevado el montón de tierra apisonada, y no se podía hacer después porque sería el momento de la recolección, y después venía la estación seca.

Iba a ser la última cosecha de Okonkwo en Mbanta. Por fin se acercaba el final de aquellos siete años desperdiciados y fatigosos. Aunque Okonkwo había prosperado en el país de su madre, sabía que habría prosperado todavía más en Umuofia, en el país de sus padres, donde los hombres eran valientes y belicosos. En esos siete años habría llegado a las mayores alturas. Por eso lamentaba hasta el último día de su exilio. Los parientes de su madre habían sido muy amables con él, y les estaba agradecido. Pero eso no cambiaba las cosas. A la primera hija que le había nacido en el exilio la había llamado Nneka —«La Madre es Suprema»—, por cortesía para con los parientes de su madre. Pero dos años después, cuando le nació un hijo, lo llamó Nwofia: «Nacido en el Desierto».

En cuanto empezó el último año de su exilio, Okonkwo envió dinero a Obierika para que le construyera dos cabañas en su antiguo recinto, donde viviría con su familia hasta que construyera más cabañas y el muro externo de su recinto. No podía pedir a otro hombre que le construyera su propio *obi* ni los muros de su recinto. Esas eran cosas que cada uno se construía por sí mismo o que heredaba de su padre.

Cuando empezaron a caer las últimas grandes lluvias del año, Obierika le mandó decir que ya estaban construidas las dos cabañas y Okonkwo empezó a preparar su regreso para después de las lluvias. Hubiera querido volver antes y construir su recinto aquel mismo año, antes de que terminaran las lluvias, pero de hacerlo habría purgado algo menos que los siete años completos de pena. Y eso era imposible. De manera que esperó impaciente a que llegara la estación seca.

Tardó en llegar. Las lluvias fueron amainando poco a poco hasta que apenas se caían unos chaparrones sesgados. A veces brillaba el sol en medio de la lluvia y soplaba una leve brisa. Empezaba a aparecer el arco iris, y a veces dos arcos iris, como una madre y su hija, una joven y bella y la otra una sombra vieja y débil. Era una lluvia alegre y animada. Al arco iris lo llamaban la pitón del cielo.

Okonkwo llamó a sus tres esposas y les dijo que lo preparasen todo para una gran fiesta.

— Debo dar las gracias a la familia de mi madre antes de irme —dijo.

A Ekwefi todavía le quedaba algo de cazabe en sus campos del año pasado. Las otras dos esposas no tenían. No era porque hubieran sido perezosas, sino que tenían muchos hijos que alimentar. Por eso quedó entendido que Ekwefi aportaría el cazabe

para la fiesta. La madre de Nwoye y Ojiugo aportarían lo demás, como pescado ahumado, aceite de palma y pimienta para la sopa. Okonkwo se encargaría de la carne y los ñames.

A la mañana siguiente Ekwefi se levantó temprano y fue a su campo con su hija, Ezinma, y Obiageli, la hija de Ojiugo, a sacar los tubérculos de cazabe. Cada una de ellas llevaba un cesto largo de caña, un machete para cortar los tallos blandos de cazabe y una azuela para sacar el tubérculo. Por suerte, había llovido algo por la noche y la tierra no estaría muy dura.

— No tardaremos mucho en sacar todo lo que queramos —dijo Ekwefi.

— Pero las hojas estarán húmedas — dijo Ezinma. Llevaba el cesto en la cabeza y los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía frío—. No me gusta que me caiga agua fría en la espalda. Tendríamos que haber esperado a que saliera el sol y seicara las hojas.

Obiageli la llamó «Sal» porque decía que no le gustaba el agua:

— ¿Tienes miedo de disolverte?

La recolección fue fácil, como había dicho Ekwefi. Ezinma sacudió violentamente cada arbusto con un palo largo antes de inclinarse a cortar el tallo y sacar el tubérculo. A veces no hacía falta cavar. Se limitaban a tirar del brote y salía la tierra, se rompían las raíces por debajo y se sacaba el tubérculo.

Cuando tuvieron un montón considerable, lo bajaron en dos viajes hasta el arroyo, donde cada mujer tenía su propio hondón para fermentar el cazabe.

— Debería estar listo dentro de cuatro días, o incluso de tres —dijo Obiageli—. Son tubérculos muy jóvenes.

— Tampoco son tan jóvenes —dijo Ekwefi—. Planté los campos hace dos años. Es tierra muy mala y por eso son tan pequeños los tubérculos.

Okonkwo nunca hacía las cosas a medias. Cuando su mujer Ekwefi protestó que bastaba con dos cabras para la fiesta, le contestó que no era cosa suya.

— Si organizo una fiesta es porque tengo con qué. No puedo vivir a la orilla de un río y lavarme las manos con saliva. La familia de mi madre ha sido buena conmigo y tengo que mostrar mi gratitud.

De manera que se mataron tres cabras y varias aves. Fue como una fiesta de boda. Había fu-fú y sopa de ñame, sopa de egusi y sopa de hojas amargas, y cántaros de vino de palma.

Se invitó a la fiesta a todos los *umunna*, todos los descendientes de Okolo, que había vivido hacía doscientos años. El miembro de más edad de aquella familia extendida era Uchendu, el tío de Okonkwo. Se le dio la nuez de cola para que la rompiera, y rezó a los antepasados. Les pidió salud e hijos. «No pedimos riqueza, porque el que tiene salud e hijos también tendrá riqueza. No rezamos para tener más dinero, sino para tener más parientes. Somos mejor que los animales porque tenemos

parientes. Un animal se frota el flanco contra un árbol cuando le pica, pero un hombre pide a su pariente que se lo rasque.» Rezó especialmente por Okonkwo y su familia. Después rompió la nuez de cola y tiró uno de los pedazos al suelo, para los antepasados.

Mientras se iban pasando nueces rotas de cola, las esposas y los hijos de Okonkwo y los que habían venido a ayudarlos con la cocina empezaron a sacar la comida. Los hijos varones de Okonkwo trajeron los cántaros de vino de palma. Había tanto que comer y que beber que muchos de los parientes lanzaron silbidos de sorpresa. Cuando estuvo puesto todo se levantó a hablar Okonkwo:

— Os ruego que aceptéis este poco de cola —dijo—. No es para pagaron todo lo que habéis hecho por mí en estos siete años. Un niño no puede pagar la leche de su madre. Si os he invitado es únicamente porque es bueno que los parientes se reúnan.

Primero se sirvió el puré de ñame porque era más ligero que el fu-fú y porque el ñame siempre se servía primero. Después se sirvió el fu-fú. Algunos de los parientes lo comieron con sopa de egusi ' y otros con sopa de hojas amargas. Después se repartió la carne de forma que todos los que formaban parte de los *umunna* recibieran su parte. Cada hombre se fue levantando por orden de edades y tomó un pedazo. Incluso se apartaron las partes correspondientes a los pocos parientes que no habían podido asistir.

Cuando llegó el turno de beber el vino de palma uno de los miembros más ancianos de los *umunna* se levantó para dar las gracias a Okonkwo:

— Si digo que no esperábamos una fiesta tan grande, sería sugerir que no sabíamos lo generoso que es nuestro hijo Okonkwo. Todos lo conocemos y esperábamos una gran fiesta. Pero ha resultado ser todavía mayor de lo que esperábamos. Gracias. Que todo lo que nos has dado te sea devuelto decuplicado. Está bien en estos tiempos en que la generación joven se cree más inteligente que la de sus padres ver que un hombre hace las cosas al estilo antiguo, a lo grande. Un hombre que da una fiesta a sus parientes no lo hace para que no se mueran de hambre. Todos tienen comida en sus propias casas. Cuando nos reunimos en la plaza de la aldea a la luz de la luna no es por la luna. Cada uno la puede ver desde su propio recinto. Nos reunimos porque es bueno que los parientes se reúnan. Podéis preguntaron por qué digo todo esto. Lo digo porque temo por la nueva generación, por vosotros —dijo con un gesto hacia donde estaban sentados casi todos los jóvenes—. En cuanto a mí, me queda poco tiempo de vida, igual que a Uchendu, y a Unachukwu y a Emefo. Pero temo por vosotros, los jóvenes, porque no comprendéis lo fuerte que es el vínculo del parentesco. No sabéis lo que es hablar con una sola voz. Y, ¿cuál es el resultado? Se ha asentado entre vosotros una religión abominable. Ahora hombre puede separarse de sus padres y sus antepasados. Puede maldecir los dioses de sus padres y sus antepasados, como el perro de un cazador que de pronto se

vuelve rabioso y se vuelve contra su dueño. Temo por vosotros; temo por el clan —se volvió otra vez a Okonkwo, y le dijo—: Gracias por llamarnos a reunirnos.

PARTE III

Capítulo XX

SIETE años eran muchos años que pasar lejos del propio clan. A uno no se le quedaba siempre esperando su sitio. En cuanto se marchaba, alguien se levantaba y lo ocupaba. El clan era como un lagarto; si perdía la cola, en seguida le salía otra.

Okonkwo sabía todo aquello. Sabía que había perdido su puesto entre los nueve espíritus enmascarados que administraban la justicia en el clan. Había perdido la oportunidad de lanzar a su belicoso clan en contra de la nueva religión, que, según le decían, había ido ganando terreno. Había perdido los años en los que podría haber ido tomando los títulos más elevados del clan. Pero no todas aquellas pérdidas eran irreparables. Estaba decidido a que su pueblo quedara impresionado por su regreso. Iba a volver como un triunfador y a recuperar los siete años desperdiciados.

Desde el primer año en el exilio había empezado a planificar su regreso. Lo primero que iba a hacer sería reconstruir su recinto en escala todavía más magnífica. Iba a construir un granero todavía mayor que el que tenía antes e iba a construir cabañas para dos esposas más. Después luciría su riqueza mediante la iniciación de sus hijos varones en la sociedad ozo. Era algo que sólo podían hacer los hombres verdaderamente grandes del clan. Okonkwo percibía con toda claridad la gran estima en que lo tendrían, e incluso se veía a sí mismo tomando el título más elevado del país.

Al ir pasando los años del exilio, uno tras otro, le pareció que ahora su chi estaba presentando sus excusas por los desastres del pasado. Sus ñames crecían en abundancia no sólo en el país de su madre, sino también en Umuofia, donde su amigo se los iba distribuyendo un año tras otro a los aparceros.

Después había ocurrido la tragedia de su primogénito. Al principio pareció que iba a ser demasiado grande para su ánimo. Pero el ánimo de Okonkwo era resistente y al final venció a su pena. Tenía cinco hijos varones más y los iba a educar en el espíritu del clan.

Envió a buscar a sus cinco hijos varones y éstos vinieron a sentarse en su *obi*.

El menor de todos tenía cuatro años.

— Ya habéis visto todos la gran abominación de vuestro hermano. Ya no es hijo mío ni hermano vuestro. No estoy dispuesto a tener hijos más que si son hombres y llevan la cabeza alta entre mi pueblo. Si alguno de vosotros prefiere ser una mujer, que siga ahora a Nwoye mientras todavía estoy vivo yo, para que pueda maldecirlo. Si os volvéis contra mí cuando haya muerto, os visitaré y os retorceré el cuello.

Okonkwo tenía mucha suerte con sus hijas. Nunca había dejado de lamentar que Ezinma fuera una chica. De todos sus hijos, Ezinma era la única que siempre comprendía de qué humor estaba. A medida que pasaban los años había ido creciendo un vínculo de simpatía entre ellos.

Mientras su padre estaba en el exilio, Ezinma fue creciendo y se convirtió en una de las chicas más guapas de Mbanta. La llamaban Cristal de la Belleza, igual que habían llamado a su madre cuando era joven. La muchachita enfermiza que tantos pesares había causado a su madre se había transformado, casi de un día para otro, en una jovencita sana y floreciente. Es cierto que tenía sus momentos de depresión en que gruñía a todo el mundo, como un perro enfadado. Esos malos humores le venían de repente, y sin ningún motivo visible. Pero eran muy infrecuentes y le duraban poco. Mientras le duraban no soportaba a nadie, más que a su padre.

Muchos jóvenes y hombres maduros y ricos de Mbanta quisieron casarse con ella. Pero los rechazó a todos, porque una tarde la había llamado su padre y le había dicho: «Aquí hay mucha gente buena y próspera, pero yo quisiera que te casaras en Umuofia, cuando volvamos a casa. »

No había dicho más que eso. Pero Ezinma había entendido claramente la idea y el significado oculto de aquellas pocas palabras. Y había aceptado.

— Tu hermanastra, Obiageli, no me comprenderá —dijo Okonkwo—. Pero se lo puedes explicar tú.

Aunque eran casi de la misma edad, Ezinma tenía mucha influencia sobre su hermanastra. Le explicó por qué no debían casarse todavía, y también ella aceptó. De manera que ambas rechazaron todos los ofrecimientos de matrimonio que les hicieron en Mbanta.

«Ojalá fuera un chico», se decía Okonkwo. Ezinma lo comprendía todo perfectamente. ¿Quién de sus otros hijos podía leerle el pensamiento igual de bien? Con dos hijas mayores y guapas, su regreso a Umuofia atraería mucha atención. Sus futuros yernos serían hombres de peso en el clan. Los pobres y los desconocidos no se atreverían a presentarse.

Efectivamente, Umuofia había cambiado durante los siete años que duró el exilio de Okonkwo. Había llegado la iglesia, que había inducido a muchos al error. No sólo habían entrado en ella los de baja extracción y los proscritos, sino también algunos hombres de peso. Uno de éstos era Ogbuefi Ugonna, que había tomado dos títulos y que, como un loco, se había cortado la tobillera de los títulos y la había tirado para sumarse a los cristianos. El misionero blanco estaba muy orgulloso de él, que había sido uno de los primeros hombres de Umuofia en recibir el sacramento de la Sagrada Comunión, o la Fiesta Santa, como se decía en ibo. Ogbuefi Ugonna había creído que la Fiesta era una ocasión para comer y beber, sólo que más santa que las fiestas de su pueblo. Por eso, para ir a ella se había metido el cuerno de beber en la bolsa de piel de cabra.

Pero, además de la iglesia, los hombres blancos también habían traído un gobierno. Habían construido un tribunal en el que el Comisario de Distrito juzgaba los casos a su estilo. Tenía ujieres del tribunal que le llevaban a la gente a la que tenía

que juzgar. Muchos de aquellos ujieres procedían de Umuuru, en la orilla del Gran Río, donde habían llegado los primeros hombres blancos hacía muchos años y donde habían construido el centro de su religión, de su comercio y de su gobierno. Aquellos ujieres del tribunal eran muy odiados en Umuofia porque eran extranjeros y además arrogantes e insolentes. Los llamaban *kotma*, y como llevaban pantalones cortos de color gris claro, también los llamaban Culos de Ceniza. Custodiaban la cárcel, que estaba llena de hombres que habían delinquido contra la ley del hombre blanco. Algunos de los presos habían tirado a la maleza hijos gemelos y otros habían molestado a los cristianos. En la cárcel los *kotma* los golpeaban y todas las mañanas los ponían a trabajar en la limpieza del recinto del gobierno y en cortar leña para el Comisario y para los ujieres del tribunal. Algunos de los presos eran hombres con títulos, que debían estar por encima de esas ocupaciones viles. Estaban afligidos por la indignidad y lamentaban el descuido en que habían caído sus campos. Mientras cortaban la hierba por las mañanas, los más jóvenes cantaban al ritmo de sus machetes:

*El kotma culo de ceniza
Sólo vale para esclavo.
El hombre blanco no tiene cabeza,
Sólo vale para esclavo.*

A los ujieres del tribunal no les gustaba que les llamaran culos de ceniza, y daban de golpes a los hombres. Pero la canción se hizo popular en Umuofia.

Okonkwo inclinó entristecido la cabeza cuando Obierika le contó todo aquello.

— Quizá he pasado demasiado tiempo fuera —dijo Okonkwo, casi para sí mismo—. Pero no puedo entender todo esto que me cuentas. ¿Qué le ha pasado a nuestro pueblo? ¿Por qué ha perdido su capacidad para combatir?

— ¿No te has enterado de cómo arrasó Abame el hombre blanco? —preguntó Obierika.

— Ya me he enterado —contestó Okonkwo. Pero también he oído decir que la gente de Abame fue débil y tonta. ¿Por qué no contraatacaron? ¿No tenían escopetas ni machetes? Seríamos unos cobardes si nos comparásemos a los hombres de Abame. Sus padres nunca se atrevieron a enfrentarse con nuestros antepasados. Tenemos que combatir a esa gente y echarla de nuestra tierra.

— Ya es demasiado tarde —dijo Obierika con tristeza—. Nuestros propios hombres y nuestros hijos se han ido con el extranjero. Han ingresado en su religión y ahora le ayudan a mantener su gobierno. Si tratásemos de echar de Umuofia a los hombres blancos nos sería fácil. No son más que dos. Pero, ¿qué haríamos con los nuestros que siguen su camino y que han recibido poder? Irían a Umuuru a traer a los soldados y nos pasaría lo que a Abame —hizo una larga pausa y después dijo—: La

última vez que fui a Mbanta te conté que habían ahorcado a Aneto.

— ¿Qué ha pasado con el campo que estaba en disputa? —preguntó Okonkwo.

— El tribunal del hombre blanco ha decidido que pertenezca a la familia de Nnama, que dio mucho dinero a los ujieres del hombre blanco y al intérprete.

— ¿Entiende el hombre blanco nuestras costumbres acerca de la tierra?

— ¿Cómo va a entenderlas, cuando ni siquiera habla nuestro idioma? Pero dice que nuestras costumbres son malas, y nuestros propios hermanos que han adoptado su religión también dicen que nuestras costumbres son malas. ¿Cómo crees que podemos luchar, cuando nuestros propios hermanos se han vuelto contra nosotros? El hombre blanco es muy listo. Llegó aquí tranquilo y pacífico, con su religión. Nos reímos de sus tonterías. Y le dejamos quedarse. Ahora se ha llevado a nuestros propios hermanos y nuestro clan ya no puede actuar unido. Ha metido un cuchillo en las cosas que nos mantenían unidos y nos hemos derrumbado.

— ¿Cómo atraparon a Aneto para ahorcarlo? —preguntó Okonkwo.

— Cuando mató a Oduche en la pelea por el campo, huyó a Aninta para escapar a la cólera de la tierra. Eso fue unos ocho días después de la pelea, porque Oduche no murió de sus heridas inmediatamente. Fue el séptimo día cuando murió. Pero todo el mundo sabía que iba a morir, y Aneto lo tenía todo listo y preparado para la huida. Pero los cristianos le habían contado el incidente al hombre blanco, y éste envió a sus *kotma* en busca de Aneto. Lo metieron preso con todos los jefes de su familia. Al final, Oduche murió y a Aneto se lo llevaron a Umuru y lo ahorcaron. A los demás los dejaron en libertad, pero hasta ahora siguen sin encontrar una lengua con la que contar sus sufrimientos.

Después, los dos hombres se quedaron sentados largo rato en silencio.

Capítulo XXI

EN Umuofia había muchos hombres y mujeres que no estaban tan decididamente en contra de la nueva situación como Okonkwo. Era verdad que el hombre blanco había traído una religión para lunáticos, pero también había construido un centro comercial y por primera vez el aceite de palma y los frutos secos obtenían muy buenos precios, y a Umuofia llegaba mucho dinero.

E incluso en la cuestión de la religión, había una sensación cada vez mayor de, que quizá tuviera sus méritos después de todo, de que quizá hubiera algo vagamente con sentido en medio de toda aquella locura.

Esa sensación creciente se debía al señor Brown, el misionero blanco, que actuaba con gran firmeza para impedir que sus fieles provocaran la ira del clan. Había uno de ellos, en especial, al que era muy difícil frenar. Se llamaba Enoch, y su padre era el sacerdote del culto de la serpiente. Se decía que Enoch había matado a la pitón sagrada y se la había comido, y que su padre lo había maldito.

El señor Brown predicaba en contra de aquellos excesos de celo. Decía a su enérgico rebaño que todo era posible, pero no todo era conveniente. De manera que el señor Brown se ganó incluso el respeto del clan, porque no ofendía a su fe. Hizo amistad con algunos de los grandes hombres del clan, y en una de sus frecuentes visitas a los pueblos vecinos le habían regalado un colmillo tallado de elefante, que era signo de dignidad y de rango. Uno de los grandes hombres de aquel pueblo se llamaba Akunna, y había entregado a uno de sus hijos para que se le enseñaran los conocimientos del hombre blanco en la escuela del señor Brown.

Siempre que el señor Brown iba a aquel pueblo se pasaba horas enteras con Akunna en el *obi* de éste, hablando de religión por conducto de un intérprete. Ninguno de los dos logró convertir al otro, pero ambos aprendieron más acerca de las creencias mutuas.

— Dices que hay un Dios supremo que hizo el cielo y la tierra —dijo Akunna en una de las visitas del señor Brown.— También nosotros creemos en él y lo llamamos Chukwu. Hizo todo el mundo y todos los demás dioses.

— No hay más dioses —dijo el señor Brown—. Chukwu es el único Dios y todos los demás son falsos. Talláis un pedazo de madera... como ése —señalando a las vigas de las que colgaba el Ikenga tallado de Akunna— y lo llamáis dios. Pero sigue siendo un pedazo de madera.

— Sí —dijo Akunna—, claro que es un pedazo de madera. El árbol del que salió lo había hecho Chukwu, igual que pasó con todos los dioses menores. Pero Él lo hizo para Sus mensajeros, de manera que pudiéramos dirigirnos a Él por conducto de ellos. Es como lo que pasa contigo. Tú eres el jefe de tu iglesia.

— No —protestó el señor Brown—. El jefe de mi iglesia es el propio Dios.

— Ya lo sé —dijo Akunna—,pero tiene que haber un jefe en este mundo, entre los hombres. Aquí tiene que ser algún hombre como tú el jefe.

— Quien encabeza mi iglesia en ese sentido está en Inglaterra.

— Eso es exactamente lo que estoy diciendo. El jefe de tu iglesia está en tu país. Te ha enviado aquí como mensajero suyo. Y tú también has nombrado tus propios mensajeros y sirvientes. O, si no, permíteme que te dé otro ejemplo, el Comisario de Distrito. A ése lo ha enviado tu rey.

— Tienen una reina —dijo el intérprete por su cuenta.

— Tu reina envía a su mensajero, el Comisario de Distrito. Este se encuentra con que no puede hacer el trabajo por sí solo, de manera que nombra a los *kotma* para que lo ayuden. Lo mismo pasa con Dios, o con Chukwu. Nombra a los otros dioses para que lo ayuden, porque su trabajo es demasiado para una sola persona.

— No deberías pensar en él como en una persona —dijo el señor Brown—. Por eso te imaginas que necesita ayudantes.

Y lo peor de todo es que toda vuestra adoración va a los falsos dioses que habéis creado.

— No es verdad. Hacemos sacrificios a los dioses pequeños, pero cuando no sirven y no hay nadie más a quien recurrir, vamos a Chukwu. Es lo correcto. Cuando vamos a ver a un gran hombre nos dirigimos primero a sus sirvientes. Pero cuando los sirvientes no nos ayudan, entonces acudimos a la última fuente de esperanza. Parece que prestamos más atención a los dioses pequeños, pero no es verdad. Los molestamos más porque tememos molestar a su Señor. Nuestros padres sabían que Chukwu era el Señor Supremo y por eso muchos de ellos llamaron a sus hijos Chukwuka: «Chukwu es Supremo».

— Has dicho algo interesante —dijo el señor Brown—. Teméis a Chukwu. En mi religión, Chukwu es un Padre amantísimo y quienes cumplen Su voluntad no tienen por qué temerlo.

— Pero hemos de temerlo cuando no hacemos Su voluntad —dijo Akunna—. Y, ¿quién nos va contar cuál es Su voluntad? Es demasiado grande para conocerla.

Así fue como el señor Brown llegó a conocer bastante bien la religión del clan, y llegó a la conclusión de que el atacarla frontalmente no serviría de nada. Por eso construyó una escuela y un pequeño hospital en Umuofia. Fue de familia en familia pidiendo a la gente que enviara a sus hijos a la escuela. Pero al principio no enviaron más que a sus esclavos o a sus hijos más perezosos. El señor Brown rogó y discutió y profetizó. Dijo que en el futuro los dirigentes del país serían los hombres y las mujeres que hubieran aprendido a leer y escribir. Si Umuofia no enviaba a sus hijos a la escuela, llegarían forasteros de otras partes para gobernarla. Ya podían ver lo que estaba pasando en el Tribunal Indígena, donde el Comisario de distrito estaba rodeado de forasteros que hablaban su lengua. Casi todos aquellos forasteros

procedían de la lejana ciudad de Umuru, en la orilla del Gran Río, a donde había llegado el primer hombre blanco.

Al final, los argumentos del señor Brown empezaron a surtir efecto. Fue más gente a aprender a su escuela, y él los alentaba con regalos de camisetas y toallas. No toda la gente que iba a aprender allí era joven. Algunos tenían treinta años de edad o más. Por las mañanas trabajaban en sus campos y por la tarde iban a la escuela. Y no pasó mucho tiempo sin que la gente empezara a decir que la medicina del hombre blanco daba resultados rápidamente. La escuela del señor Brown producía resultados rápidos. Bastaba con pasar unos meses en ella para que lo hicieran a uno ujier del tribunal, o incluso escribiente del tribunal. Los que se quedaban más tiempo se hacían profesores, y desde Umuofia los jornaleros iban al viñedo del Señor. Se establecieron nuevas iglesias en los pueblos vecinos, y con ellas unas cuantas escuelas. Desde el mismo principio, la religión y la enseñanza fueron de la mano. La misión del señor Brown no hacía más que crecer, y dado su vínculo con la nueva administración, adquirió un nuevo prestigio social. Pero el propio señor Brown iba perdiendo la salud. Al principio no hizo caso de las señales de advertencia. Pero al final, triste y destrozado, hubo de abandonar a su rebaño.

El señor Brown se fue a su casa en la primera estación de lluvias después del regreso de Okonkwo a Umuofia. En cuanto el misionero se enteró del regreso de Okonkwo, hacía cinco meses, había ido a hacerle una visita. Acababa de enviar a Nwoye, el hijo de Okonkwo, ahora llamado Isaac, a la nueva escuela normal de magisterio creada en Umuru. Y tenía la esperanza de que Okonkwo se alegrase de saberlo. Pero Okonkwo lo había echado, con la amenaza de que si volvía a entrar en su recinto, no podría salir por su propio pie.

El regreso de Okonkwo a su pueblo natal no había sido tan memorable como él deseaba. Es cierto que sus dos guapas hijas despertaron gran interés entre los pretendientes y que pronto se iniciaron negociaciones de matrimonio, pero, aparte de eso, Umuofia no parecía haberse fijado especialmente en el regreso del guerrero. El clan había sufrido cambios tan profundos durante su exilio que apenas era reconocible. La gente no veía más que la religión y el gobierno nuevos y el centro comercial, y no pensaba en otra cosa. Todavía eran muchos los que consideraban perversas esas nuevas instituciones, pero ni siquiera aquéllos veían ni pensaban más que en eso, y desde luego no en el regreso de Okonkwo.

Y además, no era el año indicado. Si Okonkwo hubiera iniciado inmediatamente a sus dos hijos en la sociedad *ozo*, como había planeado, hubiera causado una sensación. Pero en Umuofia el rito de la iniciación no se celebraba más que cada tres años, y tenía que esperar casi dos años más hasta la siguiente serie de ceremonias.

Okonkwo estaba apenadísimo. Y no era sólo una pena personal. Lloraba por el clan, al que veía dividirse y derrumbarse, y lloraba por los guerreros de Umuofia, que

inexplicablemente se habían vuelto blandos como mujeres.

Capítulo XXII

EL sucesor del señor Brown fue el reverendo James Smith, y éste era una clase diferente de persona. Condenó abiertamente la política del señor Brown de avenencia y transacción. Veía las cosas en blanco y negro. Y lo negro era lo malo. Veía el mundo como un campo de batalla en el cual los hijos de la luz estaban empeñados en mortal combate con los hijos de las tinieblas. En sus sermones hablaba de ovejas buenas y descarriadas y de separar el trigo y la paja. Creía en la aniquilación de los profetas de Baal.

El señor Smith se sentía muy preocupado por la ignorancia de que daban muestras muchos de los miembros de su rebaño, incluso de cosas como la Trinidad y los sacramentos. Aquello no demostraba sino que eran semillas plantadas en terreno pedregoso. Al señor Brown no le había importado más que la cantidad. Debería haber sabido que el reino de Dios no depende de que haya grandes multitudes. El mismo Señor había insistido en que serían pocos los elegidos. Angosto es el camino y pocos son los que lo hallan. El llenar el templo sagrado del Señor con una multitud idólatra que gritaba pidiendo señales era una locura de gravísimas consecuencias. Nuestro Señor no había utilizado el látigo más que una vez en su vida: para expulsar a la multitud de Su iglesia.

Al cabo de unas semanas de su llegada a Umuofia, el señor Smith echó de la iglesia a una muchacha por echar vino nuevo en odres viejos. Aquella mujer había permitido que su marido mutilara a su hijo muerto. Se había proclamado que el niño era un *ogbanje*, que perseguía a su madre, para lo cual moría y volvía a entrar otra vez en su seno. Cuatro veces había hecho aquel niño su ronda de perversidad. Por eso lo mutilaron, para desalentar su regreso.

El señor Smith ardió en cólera cuando se enteró. No se creyó la historia que le contaron incluso algunos de los más fieles, la historia de niños verdaderamente malvados a los que no se lograba disuadir con la mutilación, sino que volvían con todas las cicatrices. Replicó que esas historias las difundía el Diablo por el mundo pata inducir a la gente al error. Quienes creían en esas historias eran indignos de asistir al banquete del Señor.

Había un dicho en Umuofia en el sentido de que, según bailara un hombre, así se le tocarían los tambores. El señor Smith bailaba con furia, de forma que los tambores enloquecieron. Los conversos fanáticos que habían tenido que tascar el freno bajo la mano moderadora del señor Brown se encontraron con que ahora eran los favoritos. Uno de ellos era Enoch, el hijo del sacerdote de la serpiente, que según se creía había matado a la pitón sagrada y se la había comido. La devoción de Enoch a la nueva fe parecía tan superior a la del señor Brown que los de Umuofia lo llamaban El Forastero que Llorra más que los Deudos.

Enoch era bajito y delgado, y siempre parecía tener mucha prisa. Tenía los pies cortos y anchos, y cuando estaba de pie o se echaba a andar se le juntaban los talones y los pies se le abrían hacia afuera, como si se hubieran peleado y quisieran marcharse cada uno por su lado. Tanto era el excedente de energía acumulado en el cuerpecillo de Enoch, que no hacía más que estallar en discusiones y peleas. Los domingos siempre se imaginaba que el sermón que se predicaba se refería a sus enemigos. Y si por casualidad estaba sentado al lado de uno de ellos, de vez en cuando se volvía hacia él y le lanzaba una mirada llena de intención, como para observarle: «Ya te lo había dicho yo.» Fue Enoch quien hizo estallar el gran conflicto entre la iglesia y el clan de Umuofia, que había venido gestándose desde que se marchó el señor Brown.

Ocurrió durante la ceremonia anual que se celebraba en honor de la deidad de la Tierra. En esas ocasiones, los antepasados del clan que se habían entregado a la Madre Tierra al morir reaparecían como *egwugwu* por diminutos agujeros de hormigueros.

Uno de los peores delitos que podía cometer un hombre en público era desenmascarar a un *egwugwu* en público, o decir o hacer algo que pudiera reducir su prestigio inmortal ante los no iniciados. Y eso fue lo que hizo Enoch.

La adoración anual de la deidad de la Tierra caía en domingo, y ya habían salido los espíritus enmascarados. En consecuencia, las cristianas que habían ido a la iglesia no podían volver a casa. Algunos de sus maridos habían salido a pedir a los *egwugwu* que se retirasen un rato para que pudieran pasar las mujeres. Consintieron y ya se estaban retirando cuando Enoch se jactó en voz alta de que no se atreverían a tocar a un cristiano. Entonces volvieron todos y uno de ellos le dio a Enoch un buen golpe con el bastón que siempre llevaban. Enoch se le abalanzó y le quitó la máscara. Los demás *egwugwu* rodearon inmediatamente a su compañero profanado, para protegerlo de la mirada impura de las mujeres y los niños y se lo llevaron. Enoch había matado a un espíritu de los antepasados y Umuofia se sumió en la confusión.

Aquella noche la Madre de los Espíritus recorrió el clan a lo largo y a lo ancho, llorando por su hijo asesinado. Fue una noche terrible. Ni los más ancianos de Umuofia habían oído jamás un sonido tan extraño y tan aterrador, y jamás se volvió a oír. Parecía que el alma misma de la tribu llorase un gran mal que se aproximara— su propia muerte.

Al día siguiente se reunieron en la plaza del mercado todos los *egwugwu* enmascarados de Umuofia. Vinieron de todos los barrios del clan, e incluso de los pueblos vecinos. De Imo llegó el temible Otakagu, y de Uli llegó Ekwensu, que blandía un gallo blanco. Fue una reunión terrible. Las voces fantasmagóricas de incontables espíritus, los cascabeles que arrastraban algunos de ellos, y el choque de los machetes al correr atrás y adelante para saludarse, todas aquellas eran cosas que

hacían temblar de miedo todos los corazones. Por primera vez en memoria humana se escuchó en pleno día la gran carraca sagrada.

Desde la plaza del mercado el grupo furioso se dirigió al recinto de Enoch. Lo acompañaban algunos de los ancianos del clan, muy protegidos con fetiches y amuletos. Se trataba de hombres cuyos brazos estaban fortalecidos por el *ogwu* o medicina. En cuanto a los hombres y las mujeres del común, escucharon tras la protección de sus casas.

Los dirigentes de los cristianos se habían reunido la noche anterior en la vicaría del señor Smith. Mientras deliberaban podían oír a la Madre de los Espíritus que ululaba por su hijo. Aquella voz escalofriante afectó al señor Smith, que pareció tener miedo por primera vez.

— ¿Qué piensan hacer? —preguntó el señor Smith. Nadie supo qué contestarle, porque jamás había pasado nada así. El señor Smith hubiera enviado a llamar al Comisario de Distrito y a sus ujieres de los tribunales, pero acababan de marcharse de viaje el día anterior.

— Que quede clara una cosa —dijo el señor Smith—. No podemos ofrecerles resistencia física. Nuestra fuerza reside en el Señor.

Se arrodillaron juntos y rezaron a Dios para que los salvara.

— Señor, salva a tu pueblo —exclamó el señor Smith.

— Y bendice tu herencia —replicaron los hombres.

Decidieron que Enoch se quedara escondido en la vicaría un día o dos. El propio Enoch se sintió muy desilusionado al oírlo, pues confiaba en que fuera inminente una guerra santa, y hubo unos cuantos cristianos más que opinaron como él. Pero en el campo de los fieles prevaleció la prudencia, con lo cual se salvaron muchas vidas.

El grupo de *egwugwu* avanzó como un torbellino furioso hacia el recinto de Enoch y con el machete y el fuego lo redujo a una ruina informe. Y desde allí marchó sobre la iglesia, intoxicado de destrucción.

El señor Smith estaba en su iglesia cuando oyó que llegaban los espíritus enmascarados. Fue calmadamente hacia la puerta desde la que se dominaba la llegada al recinto de la iglesia y allí se quedó inmóvil. Pero cuando aparecieron los tres o cuatro primeros *egwugwu* en el recinto de la iglesia, casi se echó a correr. Venció su impulso y, en lugar de echarse a correr, bajó los dos escalones de la entrada de la iglesia y se acercó a los espíritus que venían hacia él.

Estos avanzaron de golpe y a su paso cedió un largo tramo de la valla de bambú que cercaba el recinto de la iglesia. Sonaron cascabeles discordantes, chocaron los machetes y el aire se llenó de polvo y de sonidos extraños. El señor Smith oyó ruido de pasos tras él. Se dio la vuelta y vio a Okeke, su intérprete. Okeke no tenía muy buenas relaciones con su patrón desde que la noche pasada había condenado decididamente el comportamiento de Enoch en la reunión de los dirigentes de la

Iglesia. Okeke había llegado incluso a decir que no debía esconderse a Enoch en la vicaría, porque no iba a lograrse más que atraer la ira del clan contra el pastor protestante. El señor Smith se lo había reprendido en términos contundentes, y aquella mañana no le había pedido consejo. Pero ahora, cuando apareció y se quedó a su lado para hacer frente a los espíritus coléricos, el señor Smith lo miró y sonrió. Era una sonrisa desmayada, pero que reflejaba una enorme gratitud.

Durante un instante el avance de los *egwugwu* se vio frenado por la serenidad inesperada de aquellos dos hombres. Pero no fue más que una parada momentánea, como el silencio tenso que se extiende entre dos estallidos del trueno. El segundo avance fue más allá que el primero. Se tragó a los dos hombres. Después se levantó una voz inconfundible por encima del tumulto y se produjo un silencio inmediato. Se abrió un espacio en torno a los dos hombres y empezó a hablar Ajofia.

Ajofia era el *egwugwu* principal de Umuofia. Era el jefe y el portavoz de los nueve antepasados que administraban la justicia en el clan. Tenía una voz inconfundible, de forma que podía imponer inmediatamente la paz en los espíritus agitados. Entonces se dirigió al señor Smith, y cuando habló le salieron nubes de humo de la cabeza.

— Cuerpo del hombre blanco, te saludo —dijo, hablando en el idioma en que hablaban los inmortales a los hombres—. Cuerpo del hombre blanco, ¿me conoces? —preguntó.

El señor Smith miró a su intérprete, pero Okeke, que procedía de la distante Umuru, tampoco entendía nada.

Ajofia rió con su voz gutural. Era como la risa de un metal oxidado.

— Son extranjeros —dijo—, y son ignorantes. Pero no importa.

Se volvió a sus camaradas y los saludó, llamándolos padres de Umuofia. Clavó en el suelo su lanza vibrante y ésta tembló con una vida metálica. Después se volvió una vez más hacia el misionero y el intérprete, y dijo a este último:

— Dile al hombre blanco que no le vamos a hacer daño. Dile que se vuelva a su casa y nos deje en paz. Nos gustaba su hermano, el que estuvo aquí antes. Era tonto, pero nos gustaba, y por él no le vamos a hacer daño a su hermano. Pero hay que destruir este santuario que ha construido. Ya no vamos a permitir que permanezca entre nosotros. Ha engendrado abominaciones sin cuento y hemos venido a terminar con él —se volvió a sus camaradas—. Padres de Umuofia, os saludo.

Replicaron con una sola voz gutural. Una vez más se volvió hacia el misionero.

— Te puedes quedar con nosotros si aceptas nuestras costumbres. Puedes adorar a tu propio dios. Es bueno que el hombre adore a los dioses y a los espíritus de sus antepasados. Vuelve a tu casa para que no te pase nada. Nuestra cólera es grande, pero la hemos contenido para poder hablarte.

El señor Smith le dijo a su intérprete:

— Diles que se vayan de aquí. Esta es la casa de Dios y antes morir que verla profanada.

Okeke hizo una interpretación muy prudente a los espíritus y los dirigentes de Umuofia:

— El hombre blanco dice que celebra que hayáis venido a verlo con vuestras reclamaciones, como buenos amigos. Celebrará que dejéis el asunto en sus manos.

— No podemos dejar el asunto en sus manos porque no entiende nuestras costumbres, igual que nosotros no comprendemos las suyas. Decimos que es tonto porque no comprende nuestras costumbres, y quizá él dice que los tontos somos nosotros porque no comprendemos las suyas. Que se vaya.

El señor Smith se mantuvo firme. Pero no logró salvar su iglesia. Cuando se marcharon los *egwugwu*, la iglesia de arcilla roja que había construido el señor Brown era un montón de tierra y cenizas. Y, de momento, el espíritu del clan quedó en paz.

Capítulo XXIII

POR primera vez en muchos años Okonkwo sentía algo parecido a la felicidad. Los tiempos, que habían cambiado de manera tan inexplicable durante su exilio, parecían volver otra vez a su ser. El clan que lo había decepcionado parecía estarse redimiendo.

Había hablado con violencia a los miembros de su clan cuando se habían reunido en la plaza del mercado para decidir lo que iban a hacer. Volvía a ser como en los viejos tiempos, cuando un guerrero era un guerrero. Aunque no habían aceptado matar al misionero ni expulsar a los cristianos, sí habían aceptado hacer algo importante. Y lo habían hecho. Okonkwo casi volvía a sentirse feliz.

En los dos días siguientes a la destrucción de la iglesia no pasó nada. Todos los hombres de Umuofia salían a la calle armados de una escopeta o un machete. No iban a cogerlos por sorpresa, como a los hombres de Abarre.

Entonces volvió de su viaje el Comisario de Distrito. El señor Smith fue a verlo inmediatamente y celebraron una larga conversación. Los hombres de Umuofia no hicieron ningún caso de aquello y, si se lo hicieron, decidieron que no tenía importancia. El misionero iba a menudo a ver al hombre blanco hermano suyo. Aquello no tenía nada de raro.

Tres días después, el Comisario de Distrito envió a su mensajero de lengua meliflua a ver a los dirigentes de Umuofia para pedirles que fueran a verlo en su oficina. Aquello tampoco tenía nada de raro. Los llamaba muchas veces para celebrar aquellos parlamentos, como los llamaba él. Okonkwo advirtió a los demás que fueran bien armados.

— Un hombre de Umuofia no rechaza una llamada —dijo—. Puede negarse a hacer lo que se le pide; no se niega a que se le pida algo. Pero los tiempos han cambiado y debemos ir preparados para todo.

De forma que los seis hombres fueron a ver al Comisario de Distrito armados de sus machetes. No llevaban escopetas, porque no hubiera parecido correcto. Los llevaron al tribunal, donde los esperaba el Comisario de Distrito. Los recibió con cortesía. Se quitaron del hombro los sacos de piel de cabra y se sacaron los machetes envainados, los pusieron en el suelo y se sentaron.

— Os he pedido que vengáis —dijo el Comisario de Distrito por lo que ha pasado durante mi ausencia. Me han contado algo, pero no lo puedo creer hasta que me hayáis dado vuestra versión. Hablemos del asunto como amigos y busquemos una forma de que no vuelva a suceder otra vez.

Ogbuefi Ekweme se puso en pie y empezó a contar lo que había ocurrido.

— Espera un minuto —dijo el Comisario—. Quiero que vengan mis hombres para que también ellos oigan vuestras reclamaciones y queden advertidos. Muchos de

ellos vienen de lugares remotos y, aunque hablan vuestra lengua, ignoran vuestras costumbres. ¡Janes! Ve a traer a los hombres.

Su intérprete salió de la sala del tribunal y volvió en seguida con doce hombres. Se sentaron al lado de los hombres de Umuofia, y Ogbuefi Ekweme volvió a empezar a contar la historia de cómo Enoch había asesinado a un *egwugwu*.

Todo pasó tan rápido que los seis hombres no pudieron defenderse. No hubo más que un breve forcejeo, demasiado breve incluso para que se pudiera sacar ni uno de los machetes envainados. Los seis hombres se vieron esposados y conducidos a la sala de guardia.

— No os vamos a hacer ningún daño —dijo el Comisario de Distrito más tarde, con tal únicamente de que aceptéis cooperar con nosotros. Os hemos traído una administración pacífica para vosotros y vuestro pueblo, para que viváis felices. Si alguien os maltrata vendremos en vuestra ayuda. Pero no os vamos a permitir que maltratéis a otros. Tenemos un tribunal de justicia en el que juzgamos cada caso y administramos la justicia, igual que en mi país bajo una gran reina. Os he traído aquí porque os habéis unido pata atacar a otros, para quemar las casas de las gentes y su lugar de culto. Eso no se puede permitir en los dominios de nuestra reina, que es la gobernante más poderosa del mundo. He decidido que habéis de pagar una multa de doscientas bolsas de cauríes. Qedaréis libres en cuanto aceptéis la multa y os comprometáis a recaudar la multa entre los vuestros. ¿Qué decís a eso?

Los seis hombres mantuvieron un silencio rencoroso, y el Comisario los dejó solos un rato. Cuando salió de la sala dijo a los ujieres del tribunal que trataran a los hombres respetuosamente, porque eran los dirigentes de Umuofia. Dijeron:

— Sí, señor —y saludaron.

En cuanto se marchó el Comisario de Distrito, el ujier jefe, que además desempeñaba las funciones de barbero de la cárcel, sacó su navaja y afeitó todo el pelo de las cabezas de los hombres. Estos seguían esposados y se quedaron impasibles y tristes.

— ¿Cuál de vosotros es el jefe? —preguntaron burlones los ujieres—. Vemos que aquí, en Umuofia, cada mendigo lleva la tobillera de algún título. ¿Llega a costar ni siquiera diez cauríes?

Los seis hombres no comieron nada aquel día ni el siguiente. No se les dio agua para beber, y no podían salir a orinar ni ir al bosque en caso de necesidad. Por las noches iban los ujieres a burlarse de ellos y a darles de cabezazos los unos contra los otros.

Incluso cuando se quedaban solos, los seis hombres no encontraban palabras que decirse. Hasta el tercer día, cuando ya no pudieron soportar más el hambre ni los insultos, no empezaron a hablar de ceder.

— Si me hubierais escuchado habríamos matado al hombre blanco — gruñó

Okonkwo.

— Y ahora estaríamos en Umuru esperando la horca —le dijo alguien.

— Quién quiere matar al hombre blanco? —preguntó un ujier que acababa de entrar. Nadie le respondió.

— No os basta con vuestro crimen y ahora encima queréis matar al hombre blanco —llevaba un garrote fuerte y le dio a cada hombre varios golpes en la cabeza y en la espalda. Okonkwo se atragantaba de odio.

En cuanto quedaron encerrados los seis hombres, los ujieres del tribunal salieron a Umuofia a decir a la gente que sus dirigentes no saldrían en libertad hasta que pagaran una multa de doscientas cincuenta bolsas de cauríes.

— Si no pagáis la multa inmediatamente —dijo —el jefe—, llevaremos a vuestros dirigentes a Umuru ante el jefe de los hombres blancos, y los ahorcaremos.

La historia se difundió rápidamente por todos los pueblos y fue aumentando según se contaba. Algunos decían que ya se habían llevado a los hombres a Umuru y que los iban a ahorcar al día siguiente. Algunos decían que también iban a ahorcar a sus familias. Otros decían que ya habían salido los soldados para matar a tiros a la gente de Umuofia, igual que habían hecho en Abame.

Había luna llena. Pero aquella noche no se oyeron las voces de los niños. El *ilo* del pueblo, donde siempre se reunían para jugar a la luz de la luna, estaba desierto. Las mujeres de Iguedo no se reunieron en su recinto sagrado para aprender un baile nuevo que exhibir más adelante en el pueblo. Los jóvenes, que siempre salían cuando brillaba la luna, se quedaron en sus casas aquella noche. Sus voces viriles no se escucharon en las calles del pueblo mientras iban a ver a sus amigos o a sus amantes. Umuofia era como un animal asustado con las orejas enhiestas, que olfatea el aire silencioso y ominoso sin saber por dónde salir corriendo.

Rompió el silencio el pregonero del pueblo, que golpeaba su sonoro *ogene*. Llamaba a todos los hombres de Umuofia, desde el grupo de edades de Akakanma en adelante, a reunirse en la plaza del mercado después de la comida de la mañana. Recorrió el pueblo de un extremo al otro y en toda su anchura. No olvidó ninguno de los senderos principales.

El recinto de Okonkwo era como un hogar desierto. Era como si le hubieran echado agua fría encima. Estaba toda su familia, pero todos hablaban en susurros. Su hija Ezinma había interrumpido su visita de veintiocho días a la familia de su futuro marido y había vuelto a casa al enterarse de que habían encarcelado a su padre y lo iban a ahorcar. En cuanto llegó a casa se fue a ver a Obierika para enterarse de lo que iban a hacer al respecto los hombres de Umuofia. Pero Obierika no estaba en casa desde la mañana. Sus esposas pensaban que había ido a una reunión secreta. Ezinma se quedó convencida de que se iba a hacer algo.

A la mañana siguiente al llamamiento del pregonero, los hombres de Umuofia se

reunieron en la plaza del mercado y decidieron reunir cuanto antes doscientas cincuenta bolsas de cauríes para apaciguar al hombre blanco. No sabían que cincuenta de las bolsas se las iban a llevar los ujieres del tribunal, que habían aumentado la cuantía de la multa con ese fin.

Capítulo XXIV

OKONKWO y sus compañeros de prisión quedaron libres en cuanto se pagó la multa. El Comisario de Distrito volvió a hablarles de la gran reina y de la paz y el buen gobierno. Pero los hombres no lo escucharon. Se quedaron sentados y lo contemplaron a él y a su intérprete. Al final les devolvieron sus bolsas y sus machetes envainados y les dijeron que se fueran a sus casas. Se levantaron y se fueron del tribunal. No hablaron a nadie ni se dijeron nada los unos a los otros. El tribunal, igual que la iglesia, estaba construido a una cierta distancia del pueblo. El sendero que los unía estaba muy frecuentado, porque también llevaba al arroyo, al otro lado del tribunal. Era despejado y arenoso. En la temporada seca todos los senderos estaban despejados y arenosos. Pero cuando llegaban las lluvias crecían las malezas a ambos lados y cerraban el sendero. Ahora era la estación seca. Mientras los seis hombres iban haciendo camino hacia el pueblo, se encontraron a mujeres y niños que iban al arroyo con sus cubos para el agua. Pero los hombres tenían una expresión tan ceñuda y terrible que las mujeres y los niños no les dijeron «no», o sea, «bienvenidos», sino que se hicieron a un lado para dejarles pasar. En el pueblo se les fueron uniendo grupitos de hombres hasta que se convirtieron en una compañía considerable. Cuando cada uno de los seis hombres llegaba a su recinto entraba en él seguido por una parte del grupo. El pueblo se agitaba de forma silenciosa y contenida.

En cuanto llegó la noticia de que iban a poner en libertad a los seis hombres, Ezinma había preparado algo de comer para su padre. Se lo llevó a su *obi*. Okonkwo comió abstraído. No tenía apetito; si comía era únicamente por agradar a Ezinma. Sus parientes y amigos varones se habían reunido en su *obi* y Obierika lo instaba a comer algo. Nadie más hablaba, pero vieron las marcas alargadas en la espalda de Okonkwo, donde le había mordido en la carne el látigo del carcelero.

Aquella noche volvió a salir el pregonero del pueblo. Golpeó su gong de hierro y anunció que por la mañana se celebraría otra reunión. Todo el mundo sabía que por fin Umuofia iba a expresar su opinión acerca de lo que estaba pasando.

Aquella noche Okonkwo durmió muy poco. La amargura que sentía en el corazón se mezclaba ahora con una especie de excitación infantil. Antes de irse a la cama se había llevado su atavío de guerra, que no había tocado desde que regresó del exilio. Había sacudido la falda de rafia ahumada y examinado su alto tocado de plumas y su escudo. Todo estaba en estado satisfactorio, pensó.

Mientras yacía en su cama de bambú pensó en la forma en que lo habían tratado en el tribunal del hombre blanco y juró venganza. Si Umuofia decidía ir a la guerra, todo iría bien. Pero si elegían actuar con cobardía él iría a tomarse la venganza por su cuenta. Pensó en las guerras del pasado. La más noble, pensó, había sido la guerra contra Isike. En aquella época todavía vivía Okudo. Okudo cantaba las canciones de

guerra como nadie. No era un combatiente, pero su voz convertía en leones a todos y cada uno de los hombres.

«Ya no quedan hombres dignos», suspiró Okonkwo al recordar aquellos días. «Isike no olvidará jamás cómo los aniquilamos en aquella guerra—. Les matamos a doce de sus hombres y ellos sólo mataron a dos de los nuestros. Antes de que pasara la cuarta semana de mercado estaban pidiendo la paz. En aquellos días los hombres eran hombres.»

Mientras pensaba en esas cosas oyó el sonido del gong de hierro en la distancia. Escuchó atentamente y apenas si logró oír la voz del pregonero. Pero sonaba muy débil. Se dio la vuelta en la cama y le dolió la espalda. Rechinó los dientes. El pregonero se iba acercando cada vez más hasta pasar al lado del recinto de Okonkwo.

«El mayor obstáculo de Umuofia», pensó Okonkwo con amargura, «es ese cobarde de Egonwanne. Tiene una lengua tan melosa que puede convertir el fuego en una ceniza fría. Cuando habla hace que nuestros hombres se queden impotentes. Si no hubiéramos hecho caso de su prudencia femenina hace cinco años, no hubiéramos llegado a esto». Rechinó los dientes. «Mañana les dirá que nuestros padres nunca combatieron en una “guerra culpable”. Si lo escuchan los dejo y planeo mi propia venganza.

La voz del pregonero había vuelto a alejarse, y la distancia había quitado aspereza a la voz de su gong de hierro. Okonkwo se volvió de un lado al otro y obtuvo una especie de placer del dolor que sentía en la espalda. «Que mañana hable Egonwanne de una “guerra culpable” y me va a ver la espalda y la cabeza.» Rechinó los dientes.

La plaza del mercado empezó a llenarse en cuanto salió el sol. Obierika estaba esperando en su *obi* cuando llegó Okonkwo, y lo llamó. Se echó al hombro su saco de piel de cabra y su machete envainado y salió a unirse con él. La casa de Obierika estaba junto al camino y veía a todos los que pasaban camino del mercado. Había intercambiado saludos con muchos que ya habían pasado aquella mañana.

Cuando Okonkwo y Obierika llegaron al punto de reunión, ya había tanta gente que si se tiraba al aire un grano de arena, éste no encontraría hueco para volver a caer en tierra. Y llegaba mucha más gente de todas las partes de los nueve pueblos. A Okonkwo se le calentó el corazón al ver que eran tantos. Pero estaba buscando a un hombre en concreto, al hombre cuya lengua temía y despreciaba tanto.

— ¿Lo ves? —preguntó a Obierika.

— ¿A quién?

— A Egonwanne —respondió, mientras lanzaba la mirada de un extremo de la enorme plaza del mercado al otro. Casi todos los hombres estaban sentados en pieles de cabra puestas en el suelo. Algunos estaban sentados en taburetes de madera que habían traído.

— No —dijo Obierika buscando con la mirada entre la multitud—. Sí, ahí está,

bajo el árbol del bómbax ¿Temes que vaya a convencernos para que no combatamos?

— ¿Que si lo temo? Me da igual lo que te haga a ti. Yo lo desprecio, a él y a quienes lo escuchan. Si es necesario, estoy dispuesto a combatir yo solo.

Estaban gritando porque todo el mundo hablaba a voces, y era como el ruido de un gran mercado.

«Esperaré hasta que hable», pensó Okonkwo. «Después hablaré yo.»

— Pero, ¿cómo sabes que va a hablar en contra de la guerra? —preguntó

— Porque sé que es un cobarde —dijo Okonkwo. Obierika no oyó el resto de lo que dijo, porque en aquel momento alguien le tocó en la espalda y se dio la vuelta para darle la mano y cambiar saludos con cinco o seis amigos. Okonkwo no se dio la vuelta, aunque reconoció las voces. No estaba de humor para andar saludando a nadie. Pero uno de los hombres lo tocó y le preguntó cómo estaba la gente en su recinto.

— Están bien —replicó sin interés.

El primer hombre que habló a Umuofia aquella mañana fue Okika, uno de los seis que habían estado encarcelados. Okika era un gran hombre y un buen orador. Pero no tenía la voz atronadora que ha de utilizar un primer orador para establecer el silencio en una asamblea del clan. Onyeka sí que tenía esa voz, de forma que se le pidió que saludara a Umuofia antes de que empezara a hablar Okika.

) — ¡*Umuofia kwenu!* —rugió, levantado el brazo izquierdo y empujando el aire con la mano abierta.

— ¡*Yaa!* —bramó Umuofia.

— ¡*Umuofia kwenu!* —volvió a rugir una vez, tras otra, tras otra, cada vez en una dirección distinta. Y la multitud respondió:

— ¡*Yaa!*

Después se produjo un silencio inmediato, como si se hubiera echado agua fría en una hoguera llameante.

Okika se puso en pie de un salto y saludó cuatro veces a los miembros de su clan. Después empezó a hablar:

— Todos sabéis por qué estamos aquí, cuando deberíamos estar construyendo nuestros graneros o arreglando nuestras casas, cuando deberíamos estar poniendo en orden nuestros recintos. Mi padre me decía: «Cuando veas un sapo que salta a la luz del día, entonces sabrás que hay algo que lo persigue para matarlo.» Cuando os he visto a todos llegar a esta reunión de todas las partes de nuestro clan, a hora tan temprana de la mañana, he comprendido que algo nos perseguía para matarnos — hizo una breve pausa y después volvió a empezar—: Todos nuestros dioses están llorando. Idemili está llorando, Ogwugwu está llorando, Agbala está llorando, y lo mismo todos los demás. Nuestros padres muertos están llorando por culpa del horrible sacrilegio de que han sido objeto, y de la abominación que hemos visto todos

nosotros con nuestros propios ojos —volvió a detenerse para calmar la voz, que le temblaba—. Esta es una gran reunión. No hay ningún clan que pueda jactarse de tener tanta gente ni tan valiente. Pero, ¿estamos todos aquí? Os pregunto: ¿Están aquí con nosotros todos los hijos de Umuofia?

Un gran murmullo recorrió la multitud.

— No están —dijo—. Han roto el clan y cada uno se ha ido por su lado. Los que estamos aquí esta mañana hemos mantenido la fidelidad a nuestros padres, pero nuestros hermanos nos han abandonado y se han ido con un forastero a ensuciar su propia patria. Si combatimos al forastero iremos contra nuestros hermanos y quizá derramemos la sangre de un miembro de nuestro clan. Pero tenemos que hacerlo. Nuestros padres jamás soñaron nada parecido, jamás mataron a sus hermanos. Pero es que nunca les llegó un hombre blanco. De manera que tenemos que hacer lo que jamás hubieran hecho nuestros padres. Una vez le preguntaron a Eneke, el pájaro, por qué estaba siempre volando, y contestó: «Los hombres han aprendido a disparar sin Fallar jamás el objetivo, y yo he aprendido a volar sin posarme jamás.» Tenemos que arrancar este mal de raíz. Y si nuestros hermanos se ponen del lado del mal, también a ellos tenemos que arrancarlos de raíz. Y tenemos que hacerlo ahora mismo. Hay que achicar el agua ahora fue no nos llega más que a los tobi>llos...

En aquel momento se produjo una agitación repentina en la multitud y todas las miradas se volvieron en una sola dirección. En el camino que llevaba de la plaza del mercado al tribunal del hombre blanco, y más allá al arroyo, había una curva muy pronunciada. Por eso nadie había visto la llegada de los cinco, ujieres del tribunal hasta que salieron de la curva, a unos pasos ¡el límite de la multitud. Okonkwo estaba sentado allí.

Se puso en pie de un salto en cuanto vio de quiénes se trataba. Se enfrentó con el primer ujier, tembloroso de odio, incapaz de decir una palabra. Aquel hombre era intrépido y se quedó firme, con sus cuatro hombres formados tras él.

En aquel instante pareció que el mundo se detenía en espera. Se produjo un silencio absoluto. Los hombres de Umuofia se fundieron con el telón de fondo mudo de los árboles y las lianas gigantes, expectantes.

El primer ujier rompió el encanto, y ordenó:

— ¡Dejadme paso!

— ¿Qué vienes a buscar aquí?

— El hombre blanco, cuyo poder conocéis de sobra, ha ordenado que se disuelva esta reunión.

Como un relámpago, Okonkwo sacó el machete. El mensajero se agachó para evitar el golpe. Inútil. El machete de Okonkwo descendió dos veces y la cabeza del ujier quedó al lado de su cadáver uniformado.

El telón de fondo expectante prorrumpió en una vida tumultuosa y la reunión se

interrumpió. Okonkwo se quedó mirando al muerto. Sabía que Umuofia no iría a la guerra. Lo sabía porque habían dejado huir a los otros ujieres. En lugar de pasar a la acción, habían prorrumpido en un tumulto. En aquel tumulto percibía el miedo. Oía voces que preguntaban: «¿Por qué lo ha hecho?»

Limpió su machete en la arena y se fue.

Capítulo XXV

CUANDO el Comisario del Distrito llegó al recinto de Okonkwo, a la cabeza de un grupo armado de soldados y ujieres del tribunal, se encontró con un grupo de hombres sentados cansados en el *obi*. Les ordenó que salieran y obedecieron sin un murmullo.

— ¿Cuál de vosotros es el llamado Okonkwo? —preguntó por conducto de su intérprete.

— No está aquí —respondió Obierika.

— ¿Dónde está?

— ¡No está aquí!

El Comisario se encolerizó y se le subió la sangre a la cabeza. Advirtió a los hombres que si no sacaban inmediatamente a Okonkwo los iba a encerrar a todos. Los hombres murmuraron entre ellos y entonces Obierika volvió a hablar.

— Te podemos llevar a donde está, y quizá tus hombres puedan ayudarnos.

El Comisario no comprendió lo que quería decir Obierika al decir «quizá tus hombres puedan ayudarnos». Una de las costumbres más exasperantes de aquella gente era su amor a las frases superfluas, pensó.

Obierika, junto con cinco o seis más, abrió la marcha. Los siguieron el Comisario y sus hombres, con sus armas de fuego dispuestas. Ya le había advertido a Obierika que si él y los suyos intentaban algún truco los marcarían a todos. Y siguieron andando.

Detrás del recinto de Okonkwo había un bosquecillo. La única entrada al bosquecillo desde el recinto era un agujerito en el muro de tierra roja por la que entraban y salían las aves en su búsqueda incesante de comida. Por aquel agujero no podía pasar un hombre. Obierika llevó al Comisario y sus hombres hacia aquel bosquecillo. Rodearon el recinto manteniéndose junto a la pared. El único ruido que hacían era el de los pies al aplastar las hojas secas.

Después llegaron al árbol del que colgaba el cadáver de Okonkwo y se detuvieron de golpe.

— Quizá tus hombres puedan ayudarnos a bajarlo y enterrarlo —dijo Obierika—. Hemos mandado a buscar a forasteros de otro pueblo para que lo hagan por nosotros, pero quizá tarden mucho en llegar.

El Comisario del Distrito cambió en un instante. Su faceta de administrador implacable cedió el sitio a la de estudioso de las costumbres primitivas.

— ¿Por qué no podéis bajarlo vosotros? —preguntó.

— Va en contra de nuestras costumbres —dijo uno de los hombres—. Es una abominación que un hombre tome su propia vida. Es un delito contra la Tierra, y el hombre que lo comete no puede ser enterrado por sus compañeros de clan. Su

cadáver está maldito, y no pueden tocarlo más que los forasteros. Por eso preguntamos si tus hombres pueden bajarlo porque sois forasteros:

— ¿Vais a enterrarlo como a cualquier otro? —preguntó el Comisario.

— No podemos enterrarlo nosotros. No pueden enterrarlo más que forasteros. Pagaremos a tus hombres por el trabajo. Cuando esté enterrado hacemos lo que estamos obligados a hacer por él. Haremos sacrificios para limpiar la tierra profanada.

Obierika, que había estado mirando fijamente el cadáver colgante de su amigo, se volvió de pronto hacia el Comisario de Distrito, y le dijo en tono feroz:

— Este hombre era uno de los más grandes hombres de Umuofia. Lo habéis llevado a la muerte, y ahora habrá que enterrarlo como a un perro... —no pudo decir más. Le temblaba la voz y se le atragantaban las palabras.

— ¡Cierra la boca! —gritó uno de los ujieres sin ninguna necesidad.

— Bajad el cadáver —ordenó el Comisario de Distrito al primer ujier— y llevadlo junto con toda esta gente al tribunal.

— Sí, señor —dijo el ujier con un saludo.

El Comisario se marchó y se llevó con él a tres o cuatro soldados. En tantos años como llevaba trabajando para llevar la civilización a diversas partes de África, había aprendido varias cosas. Una de ellas era que un Comisario de Distrito no debía asistir nunca a tareas tan poco edificantes como la de bajar a un ahorcado del árbol del que colgaba. Tal atención haría que los indígenas le tuvieran poco respeto. En el libro que estaba pensando en escribir iba a insistir en ese aspecto. Al volver al tribunal iba pensando en aquel libro. Cada día recogía más material. La historia de este hombre que había matado a un ujier y se había ahorcado resultaría interesante de leer. Casi se podría escribir todo un capítulo a su respecto. Bueno, quizá no todo un capítulo, pero en todo caso un párrafo bastante largo. Había muchas más cosas que incluir, y había que ser firme en cuanto a enredarse en detalles. Ya había escogido el título del libro, después de mucho pensárselo: La Pacificación de las Tribus Primitivas del Bajo Níger.

CHINUA ACHEBE (Ogidi, 1930), Novelista y ensayista nigeriano en lengua inglesa, de etnia y cultura ibo, Chinua Achebe se inscribe en la primera generación de intelectuales africanos educados en su patria. Su obra describe la irrupción de las costumbres y los valores occidentales en la cultura tradicional africana, así como los conflictos de la sociedad poscolonial.

Su padre, perteneciente a la etnia Ibo, era profesor en una escuela misionera, y aunque trató de inculcarle algunos de los valores de la cultura a la que pertenecía, también era un devoto protestante, y en consecuencia lo bautizó con un nombre cristiano. Sin embargo, durante sus años en la Universidad, Achebe renunció a su nombre inglés y adoptó el nombre indígena por el que desde entonces se le conoce. Del mismo modo, su obra no se redujo a la simple imitación de la literatura europea, sino que avanzó hacia la creación de nuevas formas literarias a partir de la propia lengua inglesa. El resultado fue un inglés entreverado de habla africana, así como una mezcla de lo real y lo mágico.

En la Universidad de Ibadán estudió primero Medicina y después Literatura, y más tarde pasó a trabajar en la radio nigeriana, en la que hizo carrera. Con W. Soyinka, J. P. Clark, A. Tutuola, E. Mphahlele y otros coetáneos fundó el célebre "Mbari Club", que llegó a ser un lugar de animado debate cultural y del que nacería la editorial homónima. Fundó y dirigió la colección "African Writers" del editor londinense Heinemann, que acogió las mayores obras literarias africanas en lengua inglesa, y también dirigió la revista *Okike*.

Durante la guerra civil de Biafra se alineó al lado de su pueblo, es decir, a favor de Biafra; salió destrozado de aquella terrible experiencia y, desde entonces, no volvió a escribir prácticamente nada. Pasó varios períodos, algunos de ellos prolongados, en el extranjero, en la Universidad de Massachusetts y en la de Connecticut. Enseñó literatura en la Universidad de Ibadán y en la de Nsukka.

Achebe es no sólo uno de los fundadores del renacimiento literario nigeriano (que

tuvo lugar a partir de la década de 1950), sino uno de los mejores escritores en lengua inglesa y el más conocido y más leído de los novelistas anglófonos africanos. Narrador de fuerte vena inventiva, creador de un estilo sabiamente articulado sobre los idiomas, los proverbios y los ritmos de la tradición oral ibo, examinó el pasado de su pueblo y lo representó encarnándolo en un clan y en su historia, que se desarrolla en el vasto abanico de una trilogía épico-satírica.

En 1958 apareció el primer volumen de la trilogía, *Todo se derrumba*; (*Things Fall Apart*), que comienza en una época en la que los blancos aún no habían llegado al interior del país. La novela se estructura en torno a la tragedia personal del héroe, el guerrero Okonkwo, quien, debido a una serie de desgraciadas coincidencias y errores fatales, destruye su propia existencia y acaba suicidándose.